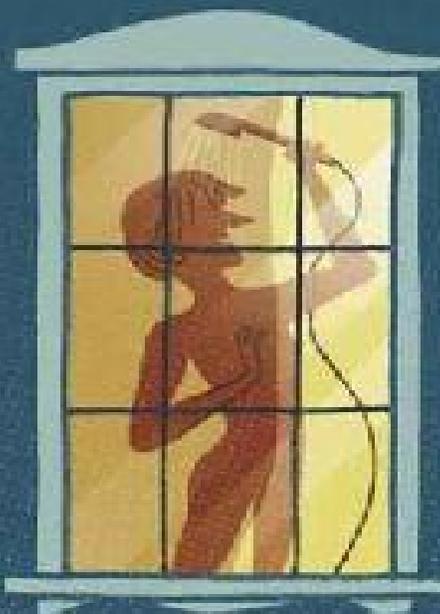


El chico de la ventana del baño

Lady Reynolds



UN FENÓMENO
wattpad



mi

Índice

Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

*A toda la gente que leyó esta novela desde sus inicios.
A mi familia. A mis amigos. A B. D. M.
Ya los lectores que han abierto este libro decididos a pasar
un buen rato. Todo mi amor y gratitud.*

1

—Pues nada, sin chanclas entonces. —Desisto finalmente en mi búsqueda de las chanclas perdidas en el salón, habitación y/o cocina. Todo es de esperar viniendo de mí.

Me meto en la ducha y abro la llave del agua. Espero debajo a que mi cuerpo entero se empape y luego cierro el chorro. Cojo el champú, me lo aplico y lo vuelvo a dejar en su sitio. Cojo el gel y aprieto. No sale. Tengo que comprar gel. Tengo que hacer la compra. Creo que solo tengo kétchup en la nevera.

—Será capullín el gel —balbuceo entre dientes.

Sigo dándole golpes al culo de la botella para que caiga algo de gel y, mientras yo me enzarzo en mi lucha contra un bote de plástico vacío, la ducha del piso de al lado se enciende. Creía que ese apartamento estaba desocupado. Al menos lo ha estado los cinco años que llevo viviendo aquí.

—¡Cae, maldito, cae! —le riño, al bote, por supuesto.

Al parecer, los doce dioses del Olimpo oyen mis plegarias y se apiadan de mí, porque el gel cae. Claro que cae, pero al suelo de la ducha. Esto es un calvario, diría mi madre.

—¡Mierrrrrrrr... coles, jueves y viernes! ¿Es que no sabes caer en la mano de la gente? ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Lanzarme al suelo de la ducha y restregarme contra él?

Lo admito. No tengo paciencia para estas situaciones, y menos en días como el que he tenido hoy.

Al final, solo resoplo mirando la mancha de gel en el suelo. No pienso recogerlo. Sigo intentando que caiga más y el grifo del otro piso se cierra.

—Vamos, el niño ya llega, solo empuja un poco..., solo un poco más —digo al bote del gel. Pero el bote ya no puede más, al parecer.

No es que yo esté loca, es que intento que me haga gracia, ¿vale?

Sé perfectamente que los geles corporales de ducha no procrean ni tienen descendencia.

Después de dejarme la palma un poco colorada, lo dejo estar.

—Pues me ducho con champú, ya ves tú.

Ea, el dicho de toda la vida. Si la vida te quita el gel, pues te duchas con champú.

Me giro a recoger el champú de nuevo y entonces ocurre una desgracia.

Resbalo con el gel que había en el suelo, cayendo así e impactando con lo que se llama la rabadilla, y más abajo de eso, contra el suelo.

—¡Me cago en Dios! —Se me escapa sin poder evitarlo.

Tengo tendencia a ser grotesca cada vez que me caigo, choco y/o tropiezo; cada vez que impacto y me hago daño, mejor dicho. Eso se lo debo a mi padre. No debió haberme educado como si yo poseyera la boca de un camionero cada vez que mi dedo meñique del pie decidía darse un buen golpetazo contra la puerta.

—¿Estás bien? —Se oye de repente, lo que me escandaliza sobremanera.

Quiero decir, cuando te caes en la ducha estando sola, lo menos que esperas es escuchar una voz salida de la nada.

A consecuencia de la extraña voz no identificada que acabo de oír, levanto la mirada al techo, asustada.

—¿Jesús? ¿Eres tú? —Y eso es lo primero que se me ocurre soltar—. Lo siento, no quería cagarme en tu padre o en lo que sea ese tipo para ti, pero es que...

Una risa me interrumpe.

—No soy Jesús.

Le arrugo la frente al techo.

—¿Entonces eres... un arcangelillo de esos? Eh, lo siento, yo no soy virgen, no te valgo.

La risa se vuelve a oír.

—No soy ni Dios ni Jesús ni nada. Soy un chico que intenta darse una ducha y que acaba de oír cómo te dabas el porrazo de tu vida.

Dejo de mirar el techo y observo la ventana que tengo al lado. Al lado, es decir, en la parte superior de la pared alicatada de mi baño.

Pues vaya, va a ser que eso tiene más sentido.

—Ah.

Espera. ¿Acabo de decirle al vecino que no soy virgen? ¿Acabo de llamarlo Jesús el Mesías? Dios Santo, pero ¿se puede saber en qué estaba pensando? ¿Jesús el Mesías hablándome en el baño, en serio?

—Dime, ¿estás bien? —reitera.

Me toco la parte baja de la espalda y hago una mueca. Gracias a esto, mañana voy a tener unas preciosas agujetas. Me levanto y me abrazo el pecho instintivamente, ya que tengo la extraña sensación de estar siendo observada. Es extraña porque en mi baño no hay nadie más.

—Sí, sí, gracias.

—Vale, perfecto —responde.

—Sí... Ajá, gracias.

La ducha del vecino se vuelve a encender, tres minutos más tarde se cierra y luego se escucha un portazo a lo lejos, así que intuyo que es la puerta de su baño.

Bien, chica, definitivamente se acabó el café con ron.

2

La radio está encendida y la puerta del baño, abierta, así que escucho perfectamente a Ricky Martin cantando. El gel nuevo huele a aloe vera y ahora tengo algo más que ketchup en la nevera. La ducha del baño de al lado se enciende, e instintivamente veo la hora en ese pequeño reloj que tengo al lado de mi portacepillos de dientes. Son las nueve de la noche. Cierro el chorro del agua y me quedo callada mientras oigo como el agua sigue cayendo al otro lado. Cuando el agua deja de caer, escucho cómo empieza a cantar la misma canción que está sonando en mi radio y comienzo a reírme.

—¡Por Dios! —exclamo.

Niego con la cabeza y cojo el peine para cepillarme el pelo mojado.

—Te he oído cantar; yo que tú no hablaría —suelta sin que me lo esperara.

Me quedo de piedra. Me ha hablado otra vez. Luego recuerdo lo que acaba de decir y fulmino a la pared, ya que no puedo llegar a la ventana. Acaba de insinuar que canto mal.

—¿Aparte de cantar también te gusta hablar con la vecindad mientras estás en la ducha? —pregunto mientras me peino las puntas.

—Te he oído hablar con el gel; yo que tú no hablaría.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Sabes decir algo más que eso?

El agua se vuelve a abrir de nuevo y, después de un rato, ya no escucho nada más.

—Será maleducado —mascullo mientras me seco el pelo con una toalla, una vez que ya he salido de la ducha—. Al menos podría decir buenas noches.

Camino hacia la puerta del baño y apago la luz para irme.

3

Son las ocho y cincuenta y cinco y no sé por qué he esperado tanto para darme una ducha si llevo rato en casa. Cinco minutos después, se oye el agua de su piso y cierro la mía.

—Buenas noches —me dice en voz alta esperando que lo oiga.

Luego apaga el agua. A lo lejos se escucha el ruido del interruptor siendo presionado y luego una puerta cerrándose. ¿Se ha duchado en menos de un minuto? ¿Eso no es un poco de guarros?

He pasado una semana entera sin pisar la ducha a las nueve de la noche. Al parecer él se ducha a esa hora, y creo que debería tener privacidad. Si no se la doy y oye que estoy ahí, seguro que le da por hablarme.

Pero, lastimosamente para él, esta noche tengo que mandar su privacidad a paseo y meterme en la ducha a las nueve y cinco. Su ducha se detiene cuando la mía comienza a chorrear.

—Buenas noches —saluda.

Lo que yo decía, cuando me oye allí, le da por hablar. Será que no tiene amigos.

—¿Ahora quién es la maleducada? —pregunta después de un buen rato.

Cierro el grifo y cojo el champú.

—No es muy normal que le hable a un completo desconocido mientras estoy desnuda duchándome.

—Suponía que estabas desnuda, no tenías que aclararme esa información —se queja, o al menos a mí me lo parece.

—Todo el mundo se ducha desnudo, no he dicho nada malo.

—Ya, pero yo vivía mejor en la ignorancia.

Arrugo la frente y levanto la vista para mirar la ventana. Tal vez si me pongo de puntillas, alcanzo a ver algo, pero, sinceramente, no gozo de la voluntad para meterme otro porrazo.

—¿Acaso tú te duchas con ropa? —pregunto.

—¿Qué pasa con mi «Buenas noches» aún no correspondido?

—Buenas noches, ¿te duchas desnudo o con ropa?

Su risa comienza a resonar a través de las paredes, y es la primera vez que noto que se trata de una risa bastante vibrante y potente. Y agradable, todo sea dicho.

—No es el tipo de cosas que le digo a una desconocida —evade la pregunta.

—No, porque todo el mundo ya lo da por hecho.

—Entonces, ¿lo único que quieres es que te confirme que ahora mismo estoy desnudo?

Arrugo más la frente. Pongo los ojos en blanco y abro el grifo solo para no poder oír nada más mientras acabo de enjabonarme. Sé que ha añadido algo más, pero, sea lo que sea, yo no lo he oído.

Cuando acabo, vuelvo a cerrar el grifo antes de hablarle.

—No, para nada, lo único que quería con esa pregunta era hacerte ver lo ridículo que es quejarse cuando alguien dice que se está duchando desnudo, cuando eso es lo que todo el mundo hace.

Dicho esto, vuelvo a abrir el agua para retirar toda la espuma de mi cuerpo.

Como estoy tarareando una canción mentalmente y el agua sigue encendida, no me entero de si él se ha ido o sigue ahí.

No quería que me dieran las nueve de la noche en la ducha, pero tenía que depilarme y al final tardé más de la cuenta en hacerlo, así que, a las nueve, aún sigo metida ahí. Su ducha comienza a sonar y resoplo.

—Qué puntual. —El comentario en forma de queja que acabo de soltar se escucha más de lo esperado.

No debería haberlo hecho. Mejor dicho, no sé por qué acabo de hacerlo. No quiero conversar con ese tío en pelotas al que no he visto en mi vida mientras yo también estoy en cueros.

Sin que nadie lo esperase, él se ríe.

—Buenas noches —dice.

—Buenas noches —respondo solo para no volver a empezar como el otro día.

—¿Cansada? —me pregunta, y mi frente se arruga al instante.

Es un impulso, no pienso antes de hacerlo. Cuando algo me sorprende, arrugo la frente.

—¿Por qué lo preguntas?

—Uno: tus buenas noches han sido como si estuvieras estreñida; dos: no le estás hablando al gel, y tres: tampoco estás cantando.

Paso por completo de todo lo que ha enumerado porque... ¿acaba de decirme que he sonado estreñida?

—No conoces mi voz de estreñida.

—Yo no afirmaré eso, teniendo en cuenta que mi ventana da con la ventana de tu baño.

Me paso la lengua por los dientes. He ahí otro impulso. Odio cuando me hacen quedar mal.

—No sufro de estreñimiento.

—Recuerda que prefiero vivir en la ignorancia.

Abro el grifo y comienzo a retirar el champú de mi pelo y el gel de mi cuerpo. Acabo y alargo el brazo fuera de la ducha para coger la toalla.

—¿Por qué siempre te duchas a las nueve de la noche? —le pregunto mientras me envuelvo en la toalla delante del espejo.

—Me gusta.

Arrugo la frente y cojo el peine para peinarme. Hoy las puntas se ven más enredadas de lo normal.

—Eres raro —comento medio burlona, pero sin ánimo de ofender.

—¿En serio?

Abre su grifo y dos minutos más tarde lo está cerrando.

—Sí. Hablas con alguien que no conoces casi todos los días a las nueve de la noche mientras te das una ducha —respondo a su pregunta—. Eso no es demasiado normal.

—Hablar con el gel tampoco.

Eso es verdad. Pero bueno, no es de mí de quien estamos hablando.

—Tú cantas las canciones de la radio de otra persona.

—Si crees que no soy normal, entonces, ¿por qué me respondes?

Me quedo callada mirando el espejo.

—¿Por educación? —respondo después de varios segundos, aunque lo he hecho como si fuera una interrogación más que una afirmación.

—Ah, claro. Yo estoy loco y soy raro, pero tú eres educada.

Se oyen pasos alejándose, luego el interruptor siendo presionado y, por último, la puerta siendo cerrada.

6

Paso tres días duchándome a las nueve de la noche en completo silencio, excepto por el agua y por mi radio, claro. Él no ha entrado a su baño en tres días y no sé si es por lo de la última vez. Al cuarto día estoy en el baño a las ocho y cincuenta y cinco, y me doy cuenta de que poco a poco la costumbre se me ha ido pegando.

—Buenas noches.

Se oye mientras me estoy desnudando y las bragas resbalan por mis piernas ellas solas, ya que acabo de quedarme quieta.

—Anda, cuánto tiempo —suelto.

Una risa breve se oye y luego el sonido de una cortina. ¿Acaso ha puesto cortinas?

—No sabía si te habías mudado o si era cuestión de gustos no ducharte durante tres días seguidos —bromeo, ¿por qué? Ni idea.

—¿Has estado duchándote estos tres días a las nueve de la noche? —pregunta.

Me froto el brazo izquierdo y luego me rasco la nuca, nerviosilla, podría decirse.

—Sí. Aunque parece que tú no, hasta aquí me llega la peste.

Se vuelve a reír.

—Me he duchado, tranquila, pero no aquí.

Me quito el sujetador y lo dejo caer mientras avanzo hacia la ducha.

—¿Estuviste fuera? —me quedo callada. Acabo de caer en la cuenta de las confianzas que me estoy tomando y chasqueo la lengua—. Lo siento, no tienes por qué responderme.

—No, es agradable que no estés gruñona por una vez y quieras charlar. —Su grifo se abre y no me deja replicar—. Sí, estuve fuera de casa —me dice cuando apaga el chorro de agua.

Abro el mío y muevo el cuello para todos lados mientras el agua me cae encima. Cierro el grifo y cojo el champú.

—Ah, vale —dejo caer, no sé qué más decir. No voy a preguntarle adónde fue, eso sería demasiado.

—¿Otra vez gruñona?

—Yo no soy gruñona.

Nos quedamos callados mientras me enjabono, y supongo que él hace lo mismo. Me froto los hombros y entonces caigo en algo.

—Nunca me has dicho tu nombre —le digo.

Se oye un silencio absoluto y entonces pienso que ya se ha ido, así que abro el grifo y tardo lo mío enjuagándome. Cuando lo vuelvo a cerrar, oigo que algo se cae en su baño.

—Me llamo... Esto..., perdona, me están llamando —dice.

Después solo oigo un movimiento rápido que arrastra las cortinas y pasos alejándose. Respiro profundamente y saco el brazo para alcanzar la toalla.

—Qué bonito nombre; qué raro que no aparezca en *Juego de tronos*.

Solo cuatro palabras:

Áxel está en casa.

Abro la puerta del baño cual espía de película e inspecciono todo como si yo tuviera visión de rayos X. Hace mucho que, por decisión propia, dejé de tomar precauciones sobre el tema, así que ahora tengo que hacerme con unos viejos amigos.

Me arrodillo y comienzo a buscar algo por los cajones.

—Buenas noches. —Se oye, proveniente del baño de al lado.

Instintivamente, miro el reloj y veo que son las ocho y cincuenta y cinco. Ni cuenta me he dado.

—Hola —respondo brevemente.

—¿Con prisas? —quiere saber y, a causa de ello, yo arrugo la frente.

Sí, me ha sorprendido la pregunta. A veces me interroga sobre cosas como si me viera. Es capaz de saber cómo estoy con el simple tono de mi voz.

—Sí, mi novio está en casa. —Doy una respuesta rápida que no precisa detalles.

—Oh.

—Y necesito... Oye, puede que esto sea un tanto incómodo, pero... tengo que asegurarme. ¿Os molesta, a vosotros en general, que después de..., ya sabes..., hacer el amor os comencemos a hablar de temas importantes?

Se ríe.

Me esperaba un carraspeo o que balbuceara. O que directamente pasara de mí y comenzara a ducharse.

—Depende. Es tu novio, ¿no deberías saber eso sobre él?

—Ya, bueno... —Agacho la cabeza—. A veces hay personas que te dan la sensación de ser completos desconocidos, a pesar de llevar tanto tiempo juntos —susurro.

—¿Qué?

—Nada.

Oigo cómo la tapa del váter se levanta o se baja, no estoy segura, pero espero que no vaya a mear mientras habla conmigo.

—Más o menos, ¿de qué le vas a hablar? Claro, si quieres decírmelo...

Tomo aire y lo expulso.

—Sospecho que me engaña.

—Lo va a negar.

—¿En serio?

—Bueno, no esperes que te lo admita a la primera —dice, y caigo en la cuenta de que es obvio—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Llevo prisa...

—¿Por qué vas a hacer el amor con él si sospechas que te engaña?

Me quedo callada un largo rato, haciendo que mi cabeza vaya a mil buscando tan solo una razón de peso.

Cierro los cajones, me pongo de pie y apago la luz antes de salir del baño.

Voy de un lado a otro por el pasillo hasta que miro el reloj y la aguja del minuterero da las nueve en punto, entonces abro la puerta del baño, furiosa, y grito:

—¡Lo negó!

—¿Lo negó? —responde de inmediato, sabía que iba a estar ahí.

Me tapo la cara.

—Sí, lo negó, y luego, cuando fui a buscarlo al trabajo para hablar, lo encontré poniéndole la mano en el culo a esa chica mientras intentaba besarla.

—Huy.

—Y encima tuvo el descaro de acusarme de paranoica cuando me enfrenté a él.

Me echo a llorar y cojo una toallita desmaquilladora del cajón para quitarme todo el rímel corrido de la cara.

Ha sido un día duro para una chica con tendencia a maquillarse si al final del día tiene el rímel corrido.

No es que hoy haya estado llorando por todos los rincones, que también: mis pintas se deben a que además ha llovido cuando estaba volviendo a casa. Bueno, no, no ha llovido, ha diluviado.

Ha sido todo tan peliculero que no sé cómo no me he encontrado a todo un equipo de grabación por la acera.

—Fue un estúpido —digo frotándome un ojo.

—¿Lo dejaste?

Me quedo callada.

—Eso creo, no sé si él lo cree.

—No entiendo, ¿no fuiste clara?

—Solo le di una bofetada.

—Ay.

—Merecía más de una —añado.

—No digo que no.

Me dirijo al váter y bajo la tapa para sentarme.

—¿No te estás duchando? —pregunto, ya que me extraña.

Se queda callado.

—Me estaba quitando la ropa.

Me pongo en pie, termino de desmaquillarme, lanzo la toallita al cubo de basura y comienzo a desnudarme.

—¿Pero sabes algo? —Suelto—. Me siento orgullosa de no haberme acostado con él.

Se ríe.

—Tengo que aplaudirte por ello.

Agacho la cabeza y sonrío. Se agradecen bromas inesperadas en momentos turbios.

—Y fue gracias a ti. Me hiciste darme cuenta.

—Él me odiará, entonces.

—Seguro que después de estar aquí se fue con esa. No creo que le afectara la falta de sexo conmigo.

Entro en la ducha y ambos abrimos el grifo a la vez. Mientras el agua me cae en la coronilla, aprovecho para masajearme el cuero cabelludo. No me extrañaría que después tuviera que tomarme algo para pegar ojo. No ha sido un día fácil.

Su ducha se detiene y yo abro los ojos a la espera de oír algo, como si con los ojos se pudiera oír algo.

—Me llamo Thiago.

Cierro la llave y me abrazo el pecho. Pues que nombre más... interesante. Es guapo, se oye bien. Me gusta.

—Yo me llamo Clara.

—Encantado, Clara.

—Lo mismo, Thiago.

He mirado en cada cajón de la cómoda que tengo en mi habitación y en ninguno está la plancha para el pelo. La necesito, tengo que salir y llevar el pelo liso se agradecerá.

Echo un par de vistazos más por mi habitación, ordeno todo lo que he desordenado y me dirijo al baño. Abro las puertas, me hincó de rodillas delante de los cajones del lavamanos y ahí la encuentro. Me hago con unas pinzas que también veo en el mismo cajón y, antes de salir, escucho una risa. No es la risa a la que Thiago me tiene acostumbrada. Bueno, decir «acostumbrada» es decir la misma que escucho habitualmente. No es esa. No es la suya. Es la risa de una chica. Miro la hora y me doy cuenta de que aún son las seis y media. Permanezco allí plantada, escuchando hasta que la puerta de su baño se abre y el volumen de las risas se intensifica, y el número también. Ya no solo es una, ahora son dos.

—Para ya, sabes que no lo aguanto —dice una voz femenina, doy por hecho que la misma que se estaba riendo.

—Sí, definitivamente echaba de menos oír tus quejas. —Ese es Thiago.

Mis ojos se abren como platos y me quedo congelada mirando mi reflejo en el espejo. Debería irme.

La chica se ríe todavía más fuerte. Sé que está muy mal escuchar conversaciones ajenas a hurtadillas, pero me pica la curiosidad.

—Oh, ¡joder, Thiago! —chilla ella, sin que me lo esperara. Su grito, aunque juguetón, ha hecho que yo pegara tal respingo que incluso la plancha del pelo se resbala de mis manos.

Posiblemente ellos hayan oído el golpe que ha hecho la plancha al caer, pero no espero a confirmarlo y salgo a toda pastilla del baño.

Moraleja: no hay que sostener nada mientras escuchas conversaciones ajenas a hurtadillas. ¡No, no, eso no! Definitivamente, no hay que escuchar conversaciones ajenas a hurtadillas. Eso es.

—Mereces salir y divertirte. No puedes estar del trabajo a casa y de casa al trabajo todo el tiempo, Clara.

—El otro día salí... —dejo caer mientras la veo retocarse el maquillaje en mi espejo.

Me mira a través de él con cara de «¿Intentas quedarte conmigo o qué?».

—Eso fue una conferencia —contraataca.

—Pero yo llevaba el pelo liso.

—Era trabajo.

—Bebí alcohol...

—Solo brindaste en el cierre, no intentes hacer sonar como divertido y fiestero lo que no lo fue.

Hace un gestito de victoria con la boca cuando ve que no puedo contrarrestar eso. Paula sigue dando brochazos delicados alrededor de sus pómulos; me hace gracia la cara de idiota que pone al hacerlo. Deja la brocha dentro del estuche y coge su pintalabios.

—Quizá deba apuntarme a yoga, ¿tú qué crees?

Como se está retocando los labios, tarda en responder, pero pone cara de estar considerando la idea.

—¿Hablando con el gel de nuevo? —me pregunta Thiago de repente. No me esperaba que hiciera acto de presencia y que me hablara. Miro la hora. Apenas son las siete menos diez. Paula deja de repasar su pintalabios y me mira con los ojos como platos. Está tan sorprendida como yo la primera vez que Thiago me habló desde la nada.

—¿Quién acaba de decir eso? —me susurra, con cierto temor.

Le digo que baje la voz. Le señalo despreocupadamente la ventana con el pulgar. Ella sigue la dirección que le indica mi dedo con la boca abierta.

—No —respondo—, estoy a punto de salir con una amiga y estaba hablando con ella. Miro a Paula y me encojo de hombros.

—Es un vecino —le susurro.

—Ah, ¿sois amigos? —me pregunta, también susurrando.

Me pienso bien la respuesta. ¿Lo somos? Hablamos casi diariamente ahora, eso hacen los amigos. Podría decirse que cierta confianza hay, eso también es cosa de amigos. Pero ni nos conocemos personalmente ni tampoco nos hemos visto nunca.

—Bueno..., podría decirse que un poco. No nos hemos visto, solo hablamos por esa ventana.

No me doy cuenta de la normalidad que utilizo en mi tono de voz para explicárselo. Caigo en ello cuando veo su cara atónita. Tiene toda la razón, eso no es para nada muy normal que digamos.

—¿Fiesta? —me pregunta él.

—Sí. ¿Estreñimiento? —le pregunto yo.

Se ríe. Me he dado cuenta de que lo único que puedo describir y notar de él es que se ríe. En cambio, él ha percibido cuándo he sido cortante o cuándo he tenido prisa.

—No, acabo de despertarme y necesito afeitarme.

Paula sigue mirándome como si yo hubiera perdido todos los tornillos a la vez. No dice nada, pero su cara la delata. Está flipando en colores.

—¿Te has levantado casi a las siete de la tarde?

—Sí.

Recuerdo a esa chica de ayer y prefiero detener las preguntas.

Prefiero obligar a Paula a que se acabe de retocar en mi habitación que correr el riesgo de que Thiago me pregunte si yo estaba ayer escuchándolo a hurtadillas.

—Bueno, yo me voy ya. Adiós.

Agarro el codo de Paula y lo arrastro hacia fuera, aunque ella empieza a quejarse de que se está dejando su estuche de maquillaje en el baño. Se zafa, lo coge y sale mirando hacia la ventana como si fuera lo más raro que ha visto en su vida.

—Pásatelo bien, adiós.

—Gracias.

Cierro la puerta del baño y pego mi espalda contra ella, suspirando. Estuvo mal escuchar ese aspecto tan íntimo de su vida ayer y ahora tengo cargo de conciencia.

—¿Y cómo que os habláis por las ventanas de vuestros baños? —me pregunta desde mi habitación—. ¿Eres consciente de lo raro que es eso? ¿No tenéis móvil o qué?

Me río mirándola.

—Sé que es inusual, pero bueno. —Me encojo de hombros—. ¿Nos vamos?

—Termino y ya salimos.

Enciendo la luz del baño y agradezco estar ahí a las diez y media de la noche. Abro el grifo del lavamanos, pongo una palma debajo hasta que el agua sale helada y entonces me echo un poco en el cuello para refrescarme.

Me miro en el espejo y suspiro. Hay cierta felicidad, pequeña, pero hay, empañada por las emociones contradictorias que me provoca la decisión que he tomado esta noche.

—¿Qué tal la fiesta?

Miro la ventana, sorprendida. No esperaba que coincidiéramos.

—Eh... Hola. Bien, bien... —Soy breve.

—¿Fue corta?

—Bueno, para mí sí. Yo...

—Clara, ¿con quién hablas? —pregunta Áxel a mis espaldas.

Ladeo el cuello para mirarlo sobre mi hombro derecho y niego con la cabeza. Él se va a la habitación y escucho cómo se lanza a la cama.

Cuántas veces habré escuchado lo mismo. Con el paso del tiempo ya no estoy segura de que me provoque las mismas mariposas en el estómago que antes. Ya no sé si el amor que existe en esta relación es suficiente para continuarla, pero justamente por eso estoy en el baño de mi casa ahora mismo. Porque creo que las personas merecemos segundas oportunidades, y que está permitido perder el tiempo dando segundas oportunidades a quienes quieren darlas.

—¿Estás ocupada? —pregunta Thiago.

—Volví con él.

La forma en que le doy la noticia es tan insípida... Tengo que recordarme a mí misma que no me estoy fallando, solo estoy intentando ver si eso tan importante en mi vida, eso que duró tantos años, aún tiene salvación.

—¿Cómo? —pregunta—. ¿Con tu ex?

Me apoyo en el lavamanos y respiro hondo.

—Sí, él está arrepentido.

—Ya veo.

—Buenas noches, Thiago —me despido, saliendo del baño y presionando el interruptor.

—Adiós, Clara.

—Es absurdo que estuvieras esperando a las nueve para darte una maldita ducha cuando podías habértela dado conmigo —termina de decir, y yo le cierro la puerta casi en las narices para que no entre al baño conmigo.

Áxel a veces llega a ser exasperante. Es muy de él entrar en modo troglodita irracional cuando su opinión no es atendida como él quiere. Exacto, a veces se comporta como un completo crío.

Suspiro pegando la espalda contra la puerta. Me quito la toalla y me meto en la ducha.

—¿Hola?

No hay respuesta. Todo está en silencio.

Me llevo las manos a los hombros y con los dedos los froto en círculos para relajarlos.

—¿Hoy no te duchas, Thiago? Tu mal olor está llegando aquí —bromeo, esperando la respuesta que siempre recibo, pero nada.

Pasan los minutos mientras mi cuerpo entero se empapa bajo el chorro tibio del grifo. Nada, sigue sin hacer acto de presencia. Me echo el champú, uso el bote como micrófono, me aplico el gel y me salvo de milagro de un resbalón fortuito cuando intento atrapar el bote que se me había escurrido. Todo esto sin señales de Thiago.

De alguna forma, su silencio esta noche me hace pensar que lo he decepcionado. O tal vez solo estoy proyectando ese sentimiento en mi vecino. Quizá sea yo la defraudada conmigo misma.

—¿Sabes? Es un poco tonto que te sientas decepcionado con alguien que no conoces. Cada persona toma sus propias decisiones y sabe por qué motivos lo hace.

Sé que estoy sola y que no lo ha escuchado, pero aun diciéndoselo a las paredes me siento satisfecha.

Alargo el brazo para coger la toalla, me envuelvo en ella y salgo de la ducha para volver a la habitación con mi novio.

—Que alguien apague ese cacharro tan ruidoso —digo entre los labios pegados por la baba.

Áxel se remueve y responde con un gruñido.

—Dios..., qué molesto —me vuelvo a quejar.

—Ese cacharro ruidoso es la alarma de tu móvil, lista —me responde Áxel, adormilado.

Mis ojos se abren de un plumazo y miro el techo. Primero resoplo y luego tanteo sobre la mesilla para encontrar mi móvil y detener la alarma. Son las seis y siete de la mañana. Y sí, se acabó lo que se daba. Toca mover el culo.

Como el día anterior no me duché, toca hacerlo esta mañana antes de ir a trabajar. Dejo la cafetera encendida antes de ir al baño, me vendrá muy bien un café para activarme. Tengo una hora en coche por delante. Una hora en el coche de Áxel, mejor dicho, que eso cambia las cosas.

—Buenos días —saluda.

Levanto la cabeza debajo del chorro y arrugo la frente.

—Pero bueno, un día despiertas a las siete de la tarde y otro a las seis de la mañana, ¿qué clase de vida es la tuya? Pobre reloj biológico.

—Tengo la vida de cualquier trabajador —dice, acompañado de una risilla vaga.

Me quedo callada un ratito, detengo el agua y cojo el bote de champú.

—¿Trabajas? Pensé que eras menor de edad —bromeo—. Tienes dieciséis, ¿a que sí?

—Tengo veintiocho.

Abro los ojos. Vaya, de verdad creía que sería menor que yo. No que tendría dieciséis, pero menor que yo.

—Oh.

—¿Y tu edad? No sé tu edad.

—No sabes nada de mí exceptuando mi nombre —digo.

—Te equivocas: sé dónde vives.

Arrugo la frente cayendo en algo. Miro la ventana. Si él sabe dónde vivo, yo también puedo saber dónde vive él.

—Tengo veintisiete —respondo.

—Clara, veintisiete y alojada en el bajo segunda de su edificio.

—Thiago, veintiocho, alojado en Dios sabe dónde y con gran probabilidad de ser un espía.

Se ríe.

—No fue tan difícil suponerlo.

Abre el grifo y yo hago lo mismo. Cuando termino, salgo, me envuelvo en la toalla, me seco el pelo con el secador y me visto.

—Tú vives en el bajo primero de tu edificio —digo.

Se oyen estruendosos aplausos y doy por hecho que se está burlando de mí. Vamos, es que lo está haciendo. Me repaso los dientes con la lengua y cierro la puerta tras de mí.

Son las nueve y dos minutos de la noche cuando entro en el baño decidida a poner las cartas sobre la mesa. Mientras caminaba hacia casa, le he estado dando vueltas en la cabeza. Hacer esto, confrontarlo, es lo mejor.

—No vive nadie —suelto tan rápido como abro la puerta.

La ducha de su baño se detiene.

—¿Qué?

—Tu piso, el bajo primero, no vive nadie. ¿Quién eres? ¿Un ocupa? —Se lo suelto todo de golpe, sin cortarme ni un pelo.

Se oye como manipula el flexo de la ducha y luego un pequeño golpe. Algo se ha caído.

—Perdona... ¿Me has estado espionando, Clara?

—Puedo llamar a la policía. ¿Te llamas... te llamas realmente Thiago?

—Para ser alguien desconfiado que se cree los falsos arrepentimientos a la primera me estás acusando demasiado, solo tengo que responderte que sí para que me creas.

Golpe bajo.

Me ha dejado totalmente fuera de lugar.

—¿Qué? —exclamo, incrédula.

—Nada.

—¡No, no, no! Ahora lo repites si eres tan capaz de hacerlo.

—No quiero. Ya he terminado de ducharme.

—¡Llamaré a la policía!

—¡Acabo de mudarme, Clara! Madre mía, ¡aún no estoy empadronado! —grita de repente, y yo caigo en que eso puede ser totalmente cierto. No había reparado en esa posibilidad.

No hace mucho que lo oigo viviendo ahí, y el papeleo para empadronarse en una casa nueva aquí es realmente lento.

Dios mío, puede que haya metido la pata.

—Eh... yo... yo... —balbuceo.

—¿Tú, tú, qué? ¿Acaso te has cansado de espiar a tu novio y ahora has comenzado conmigo?

—¡Oye, para ya! ¡No estoy siendo grosera contigo!

—Has entrado en mi edificio para mirar el buzón y comprobar algo que a ti ni te va ni te viene. Eso se llama invasión de la privacidad, y desde luego que es un buen motivo para llamar a la policía. ¡Perdona, pero eso es más que ser grosero!

Cierro los ojos con fuerza. Mi intención real no era esa, solo quería saber si era de fiar. Si él estaba viviendo allí de manera legal. Solo estaba asegurándome. Aunque ahora que lo pienso mejor, no debería haberme importado. A mí no me perjudica para nada.

—Buenas noches, Thiago. Siento este enorme malentendido.

Giro sobre mis talones y cierro la puerta tras de mí. No me detengo hasta que llego delante de la cama y me dejo caer boca abajo para luego gruñir contra el colchón.

¡Qué metedura de pata tan bestia, Dios mío!

Entro en el baño huyendo de sus gritos, cierro la puerta, echo el pestillo y me apoyo contra ella. Irremediablemente me echo a llorar. Irremediablemente comienzan a caérseme los mocos. Irremediablemente, Áxel hace caso omiso a mi petición de que abandone mi casa y me persigue hasta el baño.

No me he fijado en la hora, nadie se fija en la hora cuando está en una situación límite. Solo buscaba refugiarme en algún lugar a esperar que se marchara. Pero, ahora que estoy metida aquí, me preocupa pensar que Thiago esté en su baño y pueda escuchar algo de todo este melodrama.

—¡Abre la maldita puerta, Clara! —grita mientras golpea la madera que nos separa.

—¡Vete! —bramo.

Cierro los ojos con fuerza para detener las lágrimas y con el cuello de la camiseta me seco las mejillas mojadas.

—¿En serio? ¿Te has puesto a llorar por un simple mensaje de mierda?

—En ese mensaje ella te preguntaba cuándo volverías a ir a su casa y te decía que te echaba de menos, que te quería mucho —le recuerdo, y mi voz se rompe en el acto—. Sé leer perfectamente, Áxel.

—Estará borracha la pava. —Propina dos manotazos a la puerta—. Está loca, ¡yo qué sé!

Me tapo la cara con ambas manos.

Cojo aire por la boca, lo expulso. Vuelvo a cogerlo y vuelvo a expulsarlo.

—¡Mira, basta ya, se acabó! ¡No voy a creerme ni una mentira más!

—¡No te estoy mintiendo, joder! Abre la maldita puerta y deja que lo arregle como yo sé —dice con todo el cinismo del mundo.

—¡No! ¡Vete de una vez, por favor!

—La abres o la abro yo de una patada, Clara —amenaza.

Me aparto de la puerta, me acerco al lavamanos y me apoyo en él. Mantengo la cabeza gacha porque no quiero mirarme en el espejo. El chico del que me enamoré hace unos años sigue implorando grotescamente que le abra la puerta. Todo indica que esto

no va a ninguna parte, que no tiene futuro, pero es admirable nuestra ridícula creencia de que, por cerrar los ojos, el mundo desaparece tras nuestros párpados.

Qué va. Hacer la vista gorda no equivale a que los problemas desaparezcan. O los resuelves o te quedas con ellos, pero no van a desaparecer solos.

Giro sobre mis talones, me acerco a la puerta y quito el pestillo.

Nadie ha dicho nunca que ver la luz al final del túnel significa que vas a seguirla. Algunas veces sabes bien lo que deberías hacer, pero das media vuelta y haces precisamente lo contrario. Y ahí estoy yo. Estampándome, hostia tras hostia, contra un muro que perfectamente podría rodear y dejar atrás.

Ahora la puerta está abierta. Lo observo, con sus pantalones cortos de deporte, sin camiseta, apoyado con ambas manos en el marco de la puerta, y yo estoy a centímetros, de brazos cruzados, como si eso sirviera de algo después de lanzar por los suelos mi dignidad.

—Ven aquí.

Tira de mí, me abraza y segundos después comienza a manosearme como un baboso y no como mi novio.

Muchas cosas han cambiado entre nosotros; por ejemplo, el trato cariñoso que nos procesábamos. Por ejemplo, el que él se haya vuelto invencible frente a mí. Por ejemplo, el que yo haya olvidado decir no y mantenerme firme en mi decisión.

La tapa del váter está bajada y yo sentada encima mientras las lágrimas me resbalan mejillas abajo en silencio. Esa sensación de traición a uno mismo es una de las peores que se pueden experimentar en la vida. Y no solo es eso, también me siento idiota, utilizada y sucia.

Con las uñas de la mano derecha escarbo debajo de las uñas de la mano izquierda, intentando no sé qué, porque si es distraerme, estoy fracasando vilmente.

Me restriego la nariz para evitar que los mocos me cuelguen hasta la garganta. Los sollozos ya son tantos que han comenzado a difuminarse en el aire, hasta no escucharse nada.

—¿Clara? —Se oye su voz.

Mi instinto me hace levantar la cabeza y mirar el reloj para comprobar que no sea la hora habitual de su ducha.

—No son las nueve, ¿qué haces aquí? —pregunto un poco hoscamente.

Se ríe. Tal vez debería haber pillado la gracia en mi propia pregunta, pero no estoy para esas sutilezas.

—Es mi baño, y a mi organismo no es que le funcione eso de los horarios.

Ah, ahora lo noto. Ha sido una pregunta bastante idiota por mi parte. Sería muy inteligente si evitara volver a decir otra tontería, así que me seco las lágrimas con las palmas de las manos y me levanto para irme.

—¿Estás llorando? —pregunta.

—No.

—Que sepas que tu voz es débil y temblorosa, aparte de llorona cuando lloras, obviamente.

Me encojo de hombros como si pudiera verme.

—Me da igual.

—¿Qué te pasa?

—Nada que le deba contar al chico de la ventana del baño. —La respuesta es cortante, y sé que incluso de mal gusto, ya que nada de esto es culpa suya, pero ser

tajante en las ocasiones en que no quieres hablar con nadie viene muy bien.

—Me llamo Thiago —me recuerda.

—Genial, ahora déjame en paz.

Me dirijo a la puerta, apago la luz, pero antes de que me vaya dice:

—Está bien.

Salgo del baño y cierro la puerta.

Suelto una gran bocanada de aire. No debía haberlo tratado así. Solo estaba siendo amable.

Son las ocho y cuarenta y cinco y me meto corriendo en el baño para darme una ducha rápida antes de que sea demasiado tarde. Y con demasiado tarde me refiero a las nueve en punto de la noche.

—¿Qué tal tu día? —pregunta, dando por hecho que estoy ahí.

Es increíble que esté aquí de nuevo al mismo tiempo que yo cuando precisamente he estado evitándolo. Bueno, no es tan increíble, al fin y al cabo es su baño. Él puede entrar y salir las veces que le plazca.

—¿Qué parte de «déjame en paz» no entiendes? —Vuelvo a ser fría.

Sé que ayer me sentí mal después de haberle respondido de la misma forma, pero eso evitó que siguiera preguntando, y no es que hoy tenga muchas más ganas de charlar.

Lo escucho resoplar fuerte.

—Solo intento ser amable.

—Ya te lo he dicho: ser amable con la vecina que se está duchando en el baño de al lado no es normal.

—Mi vecina se llama Clara, es más corto que todo lo que acabas de decir.

Por más que conscientemente me niego a sonreír, ese simple comentario acaba haciendo que mis labios esbocen una débil sonrisilla. Dejo la toalla en el colgador y me meto en la ducha de una vez por todas.

—¿Estás teniendo días duros, no? —se interesa.

Mis hombros se hunden. La cabeza me pesa sobre el cuello, así que, aprovechando el chorro tibio que cae desde arriba, me relajo moviendo el cuello de lado a lado.

—Sí.

—¿Y eso?

Me quedo callada mientras el agua me sigue cayendo encima. Detengo el agua y agarro el bote de champú.

—Siento que he malgastado años valiosos de mi vida.

Me aplico el champú dándome masajes circulares con los dedos. Thiago no dice nada. Mejor así. Cojo la esponja y le echo gel. Me enjabono tomándome mi tiempo y

luego vuelvo a abrir la ducha para quitarme todo el jabón del cuerpo.

Me doy cuenta de con quién estoy manteniendo esta conversación y me río vaga y tristemente después de cerrar de nuevo el agua.

—Es penoso que te esté diciendo esto a ti, el vecino del baño...

—Thiago —me corta.

—Eso. Es penoso que te lo esté diciendo a ti, Thiago.

—¿Por qué?

—Porque ni siquiera te he mirado a los ojos.

Hay silencio durante un buen rato. Vuelvo a abrir el grifo y agradezco entre dientes que mis músculos por fin se estén relajando. Estaba tensa.

—No es penoso. Yo creo que es original —dice de repente, y yo me echo unas risillas desganadas.

—Ya, claro —ironizo.

—Solo tienes veintisiete años. Sea lo que sea, aún tienes toda una vida por delante, Clara. Mira más allá del tiempo que has perdido e intenta aprovechar el que tienes — me dice con la voz melosa que ponen los amigos cuando te ofrecen un hombro para llorar.

Me miro los pies y estrujo la esponja entre las manos. La sonrisa temblorosa que tengo en los labios demuestra cuánto necesitaba no solo la comprensión de alguien, sino también esas palabras de aliento. Nunca vienen mal, menos aún cuando el autoconsuelo deja de servirte.

A lo lejos algo rompe la magia del momento. Un tono ruidoso comienza a oírse.

—Lo siento, me llaman —se disculpa.

—Adiós.

No logro ser demasiado rápida, por lo que su puerta se cierra antes de que yo diga:

—Y gracias.

Paso siete días enteros sin escuchar nada proveniente del baño de Thiago, y no sé si preocuparme o comenzar a creer que ya no quiere seguir manteniendo esta supuesta y extraña amistad conmigo. Por octava vez en los últimos días, entro en el baño a las nueve de la noche y miro la ventana, como si eso pudiese ayudar a que él apareciera de pronto como por arte de magia o algo así.

—¿Hola? —dejo caer, solo por si a las paredes les da la gana de responderme esta vez.

Sin demasiada fe en recibir respuesta, comienzo a desnudarme, pero me detengo en cuanto oigo el clic del interruptor y más tarde, pasos.

A ver: ¿me paro a pensar en la posibilidad de que sea él o directamente doy por hecho que le están robando?

—Hola —dice de repente, y yo doy un pequeño respingo—. Mira por dónde, justo entro y te oigo.

¡No veas qué susto me has metido!, exclamo para mis adentros.

—Ya veo. —Finjo reírme, porque no le quiero decir que me acaba de dar un susto de muerte—. ¿Qué tal?

—Cansado. Hoy he tenido un día de mierda... —dice, como quien comienza una conversación, y se detiene de repente.

—¿Y eso? —me intereso.

Thiago se queda callado un rato, luego carraspea.

—Esto... ¿De verdad te interesa? No tienes por qué fingir, es aburrido escuchar las...

—Claro que me interesa, hombre —le interrumpo—. Ya he aceptado el hecho de que nuestras duchas son una especie de sesiones terapéuticas, al menos para mí.

Lo escucho reírse. Después de un breve receso en silencio, se anima a contarme:

—He tenido mucho trabajo revisando casos patéticos, un problemilla familiar y discusiones hasta con los botones del ascensor de mi trabajo. —Suspira pesadamente. Entre su edificio y el mío hay distancia, porque debe haberla, pero sí puedo escuchar

sus suspiros profundos—. Me temo que mi vida se está volviendo tan aburrida como la tuya —bromea, o eso espero.

—¡Oye! ¿Cómo sabes que mi vida es aburrida?

—Lo supongo.

Me echo a reír y me meto en la ducha de una vez por todas. Abro el grifo y me coloco debajo, pero antes de continuar, detengo el agua para preguntarle:

—Espera un momento, ¿casos? ¿Eres juez?

Se ríe. Parece que le hace gracia.

—No. Abogado.

Mi boca se abre y miro los azulejos de la pared algo sorprendida.

No es que me sorprenda el hecho de que tenga una carrera universitaria y la esté ejerciendo, no, sino que creo que es el hecho de estar comenzando a conocerlo un poco más.

—Pues qué chulo, ¿eh?

Suelta una tremenda carcajada, que para nada me esperaba.

—Acabas de responderme como si fuera un niño enseñándote un juguete.

Me uno a él en las risas.

—Perdona —digo mientras alcanzo el champú—, yo soy psicóloga infantil.

—Anda, pues qué chulo.

Me vuelvo a reír. Echo un poco de champú en la palma de la mano y me lo aplico.

—Yo que tú no me preocuparía. Ser abogado es demasiado difícil; si fuera tú, me alegraría de tener casos patéticos —lo animo, alzando la voz sobre el ruido del agua de su ducha para que pueda oírme.

—Menos mal que no eres yo —me suelta.

Se me escapa una carcajada. Diez minutos de conversación después nos despedimos y las puertas de nuestros baños se cierran a la vez.

Tengo la mirada perdida en el corcho de los dibujos cuando Marga entra en mi despacho, que eventualmente recibió el nombre de «El reino de Mérida» gracias a Disney y a mi pelo. No me molestó entonces, y ahora menos, cuando los niños del ciclo inicial del colegio me han fabricado un bonito cartel pintado literalmente con sus propias manos. Hay manitas de colores por todos lados; los borrones rojos-anaranjados son los que más destacan.

Marga se ha dejado los nudillos en la madera de la puerta cuando decide carraspear para llamar mi atención.

—¿Tienes una bola de pelo atorada en la garganta, Marga? —me burlo.

—¿Cuándo fue la última vez que pisaste el otorrinolaringólogo, Clara?

Eleva el mentón en señal de victoria y se acerca a mi mesa riendo; yo me uno.

—¿Estabas ocupada?

—No demasiado —respondo, haciendo sonar algunas hojas contra mi escritorio antes de alcanzar el archivador verde de mi izquierda para guardarlas.

En primaria siempre deseé hacer eso en mi propio despacho, y practicaba a solas en el escritorio de mi cuarto para cuando llegara el día.

—Bien, perfecto.

—Desahógate, Margarita —digo mientras me levanto.

Voy hacia la estantería y coloco el archivador en el espacio vacío. Recojo otros dos con la etiqueta de «Ciclo superior» y vuelvo a mi sitio.

—Maite me dijo que te dijera que se pasaría antes de la hora de comer para charlar sobre el alumno nuevo.

—Perfecto, gracias —digo, encendiendo el ordenador.

—Hoy a la entrada de los niños llamé a la madre de Patricia.

Sonríó ladeadamente sin mirarla. Me ha hablado de esa alumna cada vez que los zapatos han sido el tema de conversación.

—Patricia, la niña de los zapatos rojos.

—Sí, ella.

—Y bien, ¿qué te dijo?

Aparto los dedos del teclado y centro mi atención en Marga. Es una excelente profesora, orgullosa abuela de dos niños y mi suministradora de café todos los miércoles por la mañana.

—Dice que todo empezó hace tres semanas, justo cuando Patricia comenzó a dejar de usar los zapatos del uniforme. Me contó que fue cuando se acercaba la boda de su hermana y estaban revisando el armario de Paty. Al hacerle probar los zapatos, le dijo a su hija que ya tenía que regalarlos porque se le habían quedado pequeños, y Paty empezó a llorar y a patalear. Ya te lo he dicho, es una niña muy buena..., pero en cuanto le hablas de quitarse esos zapatos... Ay, señor.

Pone los ojos en blanco, dándome a entender la escena que monta la pequeña.

—Tiene cinco años, ¿no?

—Sí, fue la que trajo pastelitos a los profesores por su cumple.

Sonrío.

—Recuerdo quién es.

En un post-it azul de mi mesa anoto cuatro cosas: Paty, cinco años, hija única, zapatos rojos.

—¿Sabes qué le toca a la siguiente hora?

—Tiene clase conmigo, es toda tuya.

—Perfecto.

Vuelvo mi atención a la pantalla del ordenador cuando me avisa de que tengo correo pendiente. Por debajo de las pestañas logro ver a Marga dejar tres caramelitos sobre mi mesa y luego sonreírme.

—Bueno, solo era eso, querida mía. —Se levanta y señala hacia la puerta—. Voy a preparar mi clase.

—¡Que te vaya bien, Margarita! —Cojo un caramelo y lo alzo—. Gracias.

Me dedica un guiño desde la puerta.

—Dulces para momentos agrios de la vida.

Se aleja dejando la puerta entreabierta, como sabe que me gusta, y yo dirijo la mirada hacia los caramelos. Marga ha sido una muy buena compañera desde que comencé a trabajar en el colegio católico hace dos años. Nadie de aquí sabe nada de mi vida, nada más allá de los temas intrascendentes, quiero decir; pero Marga me notó decaída cuando tuve esos días de bajón por mi relación con Áxel. «Intuición de una madre, que todo lo sabe», dijo cuando le pregunté por qué insistía tanto en si yo estaba bien.

—Qué señora —suelto, y me pongo a revisar el correo.

Cuarenta minutos después, Marga vuelve a repiquetear mi puerta con sus nudillos.

—Hola, Clara. Te traigo compañía, te presento a Patricia —dice entrando con las

manos apoyadas sobre los hombros de Patricia para infundirle confianza.

—Genial. —Me levanto y camino hacia ellas—. ¿A ti te parece bien quedarte a charlar un ratito conmigo, Patricia?

La niña, que mantiene las manos detrás de la espalda, asiente obedientemente. Su uniforme está muy bien planchado y sus trenzas, inmaculadas.

Yo, de pequeña, lo que menos mantenía en orden era mi pelo.

Marga nos deja con una sonrisa y yo invito a Patricia a sentarse. Lo primero que le pregunto es si la clase que iba a recibir y que está perdiendo por estar aquí conmigo, le gusta. Ella asiente como si la vida le fuera en ello. Marga me ha dicho que es muy aplicada. Eso doy por hecho que se debe a sus padres.

—¿Qué has desayunado en el patio, Patricia? —le pregunto despreocupadamente mientras hago ver que organizo el escritorio.

—Manzana y uvas.

—¿Ah, sí? ¿Qué has hecho con la piel de la manzana y las pepitas de las uvas?

Veo por encima de la mesa cómo balancea los pies, ya que no llega al suelo, por la altura de la silla en la que la he sentado.

—Mi papá me ha preparado el almuerzo en un tupper. La manzana estaba pelada y a trocitos y le había quitado las pepitas a las uvas.

—Oh, qué bien.

Apoyo los codos sobre la mesa y de repente hago una mueca fingida. La niña me mira con atención y preocupación a la vez.

—¿Sabes qué, Patricia? Hoy llevo unos zapatos que me están haciendo mucho daño, ¿crees que debería quitármelos?

La niña se agacha para mirar por debajo de la mesa. Luego me mira a mí y se encoge de hombros. Repito la mueca y entonces se anima a decir:

—Si te hacen tanto daño... —asiente—, mejor quitártelos, o te harás una pupa.

Le sonrío y le señalo un bolso que está encima de un armario bajo, en un extremo del despacho.

—¿Te importaría pasármelo, por favor?

Niega con la cabeza y, de un brinco, ya está en el suelo. Dos pasos bastan para que se queje en silencio del dolor que le provocan los zapatos rojos.

Cuando regresa a mi mesa, me pasa el bolso y de prisa vuelve a sentarse para aliviar el dolor.

—Me gustan mucho tus zapatos.

Sonríe mostrándome todos los dientes.

—A mí también —responde de manera cómplice.

—Pero parecen pequeños para ti, ¿no te hacen daño?

Tímidamente responde que sí asintiendo.

—¿Por qué no haces lo mismo que yo y te los quitas?

De inmediato niega con la cabeza y me mira como si yo estuviera loca.

—¿Y eso? ¿Acaso quieres hacerte una pupa?

Sé que es consciente de la posibilidad de que le salgan llagas —ella antes me lo ha dicho a mí—, así que iré por su mismo camino.

—No, pero es que...

Espero a que continúe, pero no se anima.

—¿Pero es que qué? —insisto.

Mantiene la cabeza agachada, mirando sus bonitos zapatos color rojo chillón.

—Me gustan muchísimo.

—¿Ah, sí? ¿Muchísimo?

Asiente con convicción.

—Pero te hacen daño, ¿verdad?

Asiente de nuevo, más tímidamente.

—Entonces lo mejor es quitártelos. Seguro que puedes ir a tiendas a mirar otros más bonitos...

—Pero es que me gustan estos, son míos.

—Ya lo sé, Patricia, pero...

—En mi foto favorita salgo con ellos.

Le sonrío con ternura.

—Y dime, ¿cuántos años tenías en esa foto?

—Era mi cumpleaños. —Levanta cuatro dedos de una mano—. Estaba cumpliendo cuatro años.

—Ya has crecido, ahora eres toda una niña de cinco años. Necesitas otros zapatos de tu número.

—Pero yo los quiero mucho, me gustan mucho y quiero seguir teniéndolos.

—Está bien, entonces, ¿qué te parece guardarlos en tu armario para que los puedas tener siempre?

Niega con la cabeza y se cruza de brazos.

—No, porque si no me los pongo, mi mamá los va a regalar, y yo los quiero, son míos.

Me echo hacia atrás para recostarme en el respaldo de la silla y hago rodar un boli sobre la mesa bajo la palma de la mano.

—Pero es que, si te los sigues poniendo, llegará un momento en que te dolerá demasiado y tendrás muchas pupas. No podrás caminar con ellos puestos porque tu pie será más grande, ¿te gustaría romperlos sin querer?

Niega velozmente, asustada ante esa posibilidad.

—Pues me temo que si te los sigues poniendo, te harán mucho más daño, porque tus

pies son más grandes que los zapatos, y sin querer podrías romperlos al caminar.

Patricia mira dolorida sus zapatos, por lo que presiento, imaginándolos rotos. Su cara muestra la decepción que le provoca que sus pies sean más grandes que los zapatos, pero la manera insistente en que ha comenzado a morderse el labio inferior habla por sí sola. No aguanta más la incomodidad que le causan sus zapatos apretados, y ahora menos, cuando ha oído que le pueden hacer pupas o que podrían acabar rotos.

Mientras analizo las respuestas que está dando Paty con las expresiones de su rostro, mi mente me transporta a casa de Áxel; junto a él, más concretamente. El lugar parece haberse quedado pequeño para mí, ya no es cómodo ni agradable, ya no es un refugio ni menos aún un hogar. Sencillamente siento como si ya no fuera para mí. Áxel me aprieta y me estoy asfixiando.

Son las nueve y veinte de la noche. Me estoy secando el pelo después de haberme duchado. Todo lo que hago siempre, vamos; todo menos que hoy Thiago no ha aparecido. Yo doy por supuesto que de nuevo se debe al trabajo que tiene y la serie de cosas que lo mantenían ocupado. De todas formas, habría agradecido charlar con él. A alguien le tenía que contar yo la oferta de 2x1 en geles de ducha que he encontrado hoy en el súper al volver del hospital después de la sesión con el grupo de ayuda para personas con problemas alimenticios. Ha sido un día completo. Colegio, comida con Marga, yoga, el hospital y una compra rápida en el súper.

Apago el secador y enrolló el cable a su alrededor. Mientras ordeno los cajones del lavamanos, oigo el crujido familiar de una puerta abriéndose. Podría decirse que se me iluminan los ojos, pero eso sería exagerar.

—Pero mira por dónde... ¡Hola, Thiago! ¿Qué tal? —lo saludo con más euforia de la que soy consciente.

—Buenas noches, Clara. Lo siento, pero hoy no tengo tiempo.

Su respuesta fría y cortante me deja de piedra, completamente muda. Ha sido borde, una faceta que nunca había mostrado conmigo y, por ende, me deja sorprendida.

—Adiós —se despide secamente, antes de hacer sonar el interruptor al apagarse.

Hay pasos y luego oigo la puerta cerrarse.

Mi voz interior se lanza a justificar su comportamiento por mil razones. Estrés, preocupaciones, demasiado trabajo, demasiados problemas..., cansancio. Todo lo podría justificar perfectamente, pero hay un pero, y es que yo no le he hecho nada salvo saludarlo lo más jovialmente que he podido. Las cosas se pueden decir de muchas maneras.

Pero, en fin, reconozco que yo también me pasé de borde con él días atrás. Tal vez me merecía que me lo devolviera para estar en paz.

—Bueno, a leer y a dormir se ha dicho —digo a las paredes, porque allí solo estamos ellas y yo.

Estoy en esos típicos días en los que deseas ser cualquier otro ser menos una mujer. Incluso te preguntas si habría sido mejor nacer con un miembro entre las piernas, como los chicos; vamos, que la cosa es seria.

El dolor que me provocan los cólicos es sobrenatural. Desearía estar tumbada en mi cama ahora mismo, pero no, estoy en el baño, preparándome para ir a un indeseable bar a ver un dichoso partido de fútbol. Gustosa iría otro día del mes, pero hoy lo único que quiero es quedarme en casa, leyendo o viendo una película con una taza llena de té.

Cuando el dolor se intensifica, me veo obligada a doblarme sobre el estómago y apoyar la frente en el borde del lavamanos. No me puedo mantener erguida sobre los pies sin que me duela. Comienzo a respirar pausadamente, a ver si así se me calma un poco, pero es poco probable.

—Joder, Clara, vamos a llegar tarde por tu culpa. ¡Mueve el culo! —me chilla Áxel desde fuera del baño.

Cojo aire y lo suelto, y voy repitiendo el proceso.

Si él pasara por esto... Si tan solo lo viviera una vez, entonces cerraría más la boca y me comprendería un poco más.

—Pero, bueno, ¿se puede saber por qué tardas tanto? El partido va a empezar y dije que estaría en el bar antes de la hora. ¿Por qué coño sigues ahí metida?

Abre la puerta, porque no la he cerrado del todo, y se coloca a mi lado poniendo los brazos en jarra en modo gruñón.

—¿Qué te pasa ahora? —pregunta.

—Me duele...

—¿El qué?

—El vientre. Estoy con...

—Mierda, ¿tenía que ser ahora? —se queja, antes de que yo le diga de qué se trata.

Lo miro de reojo por el lado que alcanzo a verlo. Me parece tan mezquino por su parte la manera en la que se está comportando...

—Oh, perdone usted, mi señor, ¿le parece mal que me haya venido la regla justo esta

semana? Mil disculpas, la próxima vez se lo consultaré antes para ver si le viene bien, con su apretada agenda. —Le tuerzo el gesto y vuelvo a mirar al suelo—. No es culpa mía. Si te molestaras en preguntarme cómo me va, sabrías que me vino ayer y que esta vez está siendo una de esas tan dolorosas.

Se restriega la cara, frustrado, y mira el reloj de su muñeca.

No le importa lo más mínimo lo que me está pasando o lo mal que me esté sintiendo físicamente, a él lo ciega el fútbol y su afán por reunirse con esos amigos que lo alientan a seguir comportándose como un idiota.

—Vamos a llegar tarde, ¿no puedes echarle huevos y aguantar? —se atreve a preguntar.

Más cínico no puede ser.

Me muerdo el labio inferior conteniendo la rabia y me yergo, aunque el dolor me mate. Lo miro duramente y señalo la puerta.

—¡Vete! Vete a ver ese estúpido partido de fútbol con los imbéciles de tus amigos, vete. No quiero que llegues tarde por mi culpa.

Áxel mira la puerta y comienza a andar de allá para acá dentro del baño, como si se le estuviera escapando de las manos la posibilidad de llegar a ver en algún momento ese partido. Se detiene y me mira en el reflejo del espejo antes de levantar el dedo a modo de advertencia.

—Luego no fastidies con que nunca quiero salir contigo. Luego no fastidies, Clara —me advierte, se da media vuelta y se va.

Cuando oigo la puerta principal cerrándose me echo a llorar y vuelvo a inclinarme en el lavamanos para que el dolor no sea tan intenso. Miro la hora en mi muñeca, van a ser las ocho de la noche.

—¿Thiago? —pregunto a la ventana.

Sollozo en silencio, secándome la nariz con papel higiénico para que no moquee. Llevo cuatro días sin oírlo y hoy parece que tampoco va a ocurrir el milagro de que aparezca. Ya me había acostumbrado tanto a que pasara que, cuando no sucede, se echa de menos.

Me doy por vencida al primer intento, giro sobre mis pies y me voy a mi habitación, a ver si recostada de alguna forma estratégica no me duele tanto, ya que al parecer la bendita pastilla no hace nada de efecto.

Tengo ganas de mear. Tengo ganas de mear. ¡Tengo ganas de meaaaaar, Dios santo!

Llevo cinco malditas horas queriendo ir al baño. Para empezar, a última hora tuve que asistir a una reunión con los padres de un alumno y su profesora, luego acabé en un atasco que paralizó el tráfico media hora, lo que me hizo llegar a casa cuarenta minutos tarde, y por si fuera poco, yo, Clara, la todopoderosa que cree que puede contener la vejiga, me paré en un supermercado a hacer la compra del mes de camino a casa. Por querer matar dos pájaros de un tiro, voy a terminar derribando el árbol, aplastada y con los pantalones mojados.

Por fin logro llegar a casa, suelto las bolsas de la compra en el suelo, que me han dejado los dedos morados. Ruego a los doce dioses del Olimpo para que los huevos no se hayan roto, pero eso, a decir verdad, me importa poco ahora. Lo primordial es llegar al baño sin mojarme los pantalones.

Cuando creo que ya estoy a punto de conseguirlo, oigo algo que me deja paralizada. Termino de abrir la puerta y escucho atenta.

—¡Oh, Diiiiioooooos...! —Se oye retumbar por las paredes de ambos edificios.

Pero..., pero ¿qué demonios está pasando ahí?

Miro la ventana y me pregunto si esos gemidos provienen del baño de Thiago.

—¡Sí, sí, sí!

Creo que me pongo blanca y roja en el mismo segundo debido a la vergüenza. Hago amago de dar media vuelta sobre mí misma para irme, pero recuerdo las terribles ganas que tengo de mear.

Dios, no aguanto. Estoy a punto de hacérmelo encima y ellos... están ahí... haciendo sus cosas... ¡y yo tengo ganas de mear!

—Mierrr... coles —maldigo mientras me pienso si hago pis en un momento o espero a que ellos terminen.

—Oh, por Dios, ¡Thiago!

—Joder, esto va para largo —murmuro, comenzando a apretar las piernas con fuerza —. ¿Pero ese tío qué tendrá ahí, la torre inclinada de Pisa o qué? ¡Menuda forma de

hacerla chillar!

Me quejo mientras me muevo nerviosamente. ¿Meo o no meo? ¡Ah, Dios, que se me escapa el pis! ¡Ya está, voy a mear!

—¡Oh, joder! —gime ella, que no sé quién es, pero al menos sé que es chica.

Mala idea. Abortamos la misión.

Doy la vuelta hacia la puerta, pero entonces me entran más ganas. La idea de ir a la cocina y sentarme en el fregadero sacude mi mente. Pero no, yo aún conservo mis cuatro dedos de frente, y si no he meado en el fregadero de pequeña, no lo voy a hacer ahora de adulta.

—Ay, que no aguanto... ¡Piedad! —susurro, a Dios supongo.

Esta situación es penosa. Estoy en mi propio baño, congelada, mientras me aguanto las tremendas ganas de hacer pipí solo porque los vecinos están montándose en el piso de al lado.

¡A la mierda con todo, haré pis! Corro los tres pasos que hay hasta el váter, levanto la tapa, me bajo los pantalones y me siento.

—Hostia, menos mal —suelto casi involuntariamente.

—¡Hostia, sí! —grita ella.

—Por Dios —digo, queriendo hundirme en el retrete para no estar en este lugar ahora mismo.

¡Esto no es normal! ¡Estoy meando, joder! ¿Es que acaso no tienen más sitios en la casa para hacer ese tipo de cosas? A mí la cama me sirve, ¿a ellos no? Hay que tener un instinto muy nómada para elegir el baño, con lo resbaladizo e incómodo que debe de ser.

Cierro los ojos cuando empiezan a oírse sus voces fusionadas, casi balbuceando.

—Pero ¿cuántos litros llevo dentro? —me quejo en voz baja mirando el techo, interpelando a Dios por haberme hecho con tanta capacidad en la vejiga. Por más que aprieto, esta no parece vaciarse nunca.

—Oh, Dios... Oh, madre mía...

—Esto tiene que ser una broma, chaval —mascullo escondiendo la cara entre las manos.

No puede ser que alguien provoque orgasmos como esos..., ni siquiera con la cosa más grande del universo. Y en tal caso, si fuera tan grande, creo que ella estaría gritando de dolor, no de placer.

—Acaba ya, acaba ya, por favor —ruego a mi vejiga, pero sigo sentada ahí, oyendo toda la banda sonora de una película porno mientras intento mear.

—Joder, joder, joder... ¡Te quiero!

Mi pulso se detiene por lo que acabo de oír. A la vez, el chorro entre mis piernas también cesa.

¡Jooder! ¡Lo que le ha soltado! Si es su novia, vale, es aceptable, pero si no lo es..., como que... ¡Clara, tú a lo tuyo!

Estiro del papel higiénico y cuando acabo me pongo de pie de un salto y tiro de la cadena. Me importa un pimiento que se enteren de que estoy aquí, lo único que quiero es salir pitando.

Ya en la cocina, mientras me lavo las manos con el jabón para platos, observo las bolsas desparramadas por el suelo, seguidamente miro el reloj y me doy cuenta de que todo eso ha pasado en menos de cinco minutos.

¡La eternidad que se me ha hecho a mí!

Han pasado tres días y aún me sigo sintiendo culpable cada vez que entro en el baño. Si hubiese podido esperar —si hubiese podido aguantar, mejor dicho—, no habría entrado en el baño hasta asegurarme de que habían acabado. Ya son dos veces que escucho ese tipo de situaciones tuyas tan íntimas, y las dos veces he dejado evidencia de que estaba ahí, escuchando cual cotilla de pacotilla. De verdad, no puedo sentirme peor.

—¿Clara? ¿Chica, sigues viva? No te he oído en años, ¡tu mal olor me está intoxicando el aire!

Abro los ojos como platos y me quedo muda. Levanto los brazos en un intento de procurar que nada se caiga para que no me oiga allí, pero es que ya me ha oído.

—¿Hola? —sigue insistiendo.

Me pongo nerviosa. Bueno, la posibilidad de que me pregunte si hace tres días yo estaba en el baño escuchándolo a hurtadillas por segunda vez es lo que me pone nerviosa. ¿Qué le respondería si llegase a preguntar, que estaba a punto de hacerme pis encima?

—Hola —suelto.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Pareces afónica.

Debido a su comentario, carraspeo para aclararme la voz.

—Oh, no, no. Estoy muy bien. —Miro alrededor contemplando los azulejos. Me siento un tanto incómoda—. ¿Y tú? ¿Hoy sí tienes tiempo?

Recuerdo bien la última vez que hablamos. Me dijo un poco de mala manera que no tenía tiempo. Días más tarde, entro en el baño por un ataque de incontinencia urinaria y lo que oigo es que está haciendo gemir a una chica como si le fuera la vida en ello.

O sea, vamos a ver, no tengo derecho a reprocharle nada, aunque acabo de caer en que es eso lo que acabo de hacer. Es su vida, es la vida del vecino del bloque de al lado, a mí no me concierne para nada.

—Sí... Sí tengo tiempo. —Carraspea—. Eh, oye... La forma en que te hablé...

—No, no, por favor. Tranquilo. —Me río para hacerle ver que no importa—. No pasa nada, no tienes por qué disculparte.

—Por supuesto que sí. Fui grosero sin que hicieras nada más que saludar. Te debo una disculpa.

—Está bien, todo olvidado.

—Bien —dice tan bajo que incluso me cuesta oírlo—. Tuve un día duro y estaba agobiado.

Añade tan vagamente ese último comentario que no sé si le apetece que le pregunte sobre el tema. Sea como sea, me lanzo.

—¿Y eso? —indago con el tono adecuado para que note que solo estoy siendo amable, no una cotilla.

—Rompí una relación de seis años —suelta sin rodeos.

La cara que se me queda lo dice todo: no me esperaba eso, la verdad. Ni tampoco que me lo contara.

—Vaya —comento simplemente. No sé qué más decir.

—Sí, vaya —repite.

—¿Ella o tú? —Reparo en lo que acabo de preguntar y sacudo la cabeza—. Qué manera tan bonita la mía de no parecer una cotilla. Si no quieres, no respondas.

—Ella.

—¿Se... se puede saber por qué? —se le escapa una risilla—. No creas que soy una metomentodo, pero es que, no sé, te conozco desde hace poco, lo sé, pero me pareces genial. Eres atento, agradable, gracioso... Bueno, no te he visto, pero tu voz sí que es sexy. No... no entiendo por qué una relación de tanto tiempo ha acabado. —Me quedo callada de golpe—. ¿Y a ti qué te importa, Clara? Tú no tienes que entender nada. Repetimos: es su vida, no te incumbe—. Lo siento, sí soy una metomentodo, al parecer.

Se vuelve a reír.

—No pasa nada.

A continuación abre el grifo de su baño y entiendo que no me va a responder. Tampoco tiene por qué hacerlo.

Recojo la toalla de encima de la tapa del váter y la deposito en el lavamanos. Comienzo a desabrocharme el reloj y a quitarme la camiseta y las mallas de yoga. Cuando ya me he soltado el pelo, retiro la cortina para entrar en la ducha.

—Lo que pasa es que... —comienza a decir, y yo detengo la mano que iba de camino a coger el grifo; él, por su parte, cierra el suyo—. Todo eso, lo de atento y demás, no lo era con ella.

—¿Eso es lo que te ha dicho ella? —pregunto—. Porque creo que está equivocada. Si eres así conmigo, la vecina del baño de al lado, no quiero ni pensar cómo serás con tu novia de seis años, que debes de quererla a rabiar.

Lo oigo suspirar pesadamente. Si no quisiera hablar del tema conmigo, ya me lo habría hecho saber, ¿no?

—Intenté salvar lo nuestro. Aunque no tenga por qué prometértelo, te lo prometo. Me esforcé, viajé hasta donde estaba, fui a por ella... Pero, no. Solo no —dice con ese tono que usamos las personas cuando recordamos cosas tristes.

—¿Solo no? —pregunto arrugando la frente.

—Ella tenía razón, yo no era lo que necesitaba, ya no. No era atento con ella y se merece a alguien mejor.

—Pero ¿tú la quieres, la amas? Son seis años, Thiago.

—La quiero, pero la quiero lo suficiente para no tenerla en mi vida. Perdí el amor por ella. Es..., como te lo diría, demasiado perfecta. Creo que me cansé de tener a alguien perfecto que no muestre sentimientos, pero que sí los quiera ver, y entonces dejó de funcionar.

Me quedo callada.

Es triste, por él, por ella, por su relación, por sus seis años juntos. Todo tirado por la borda porque el amor se acabó. Estas cosas pasan, pero eso no quita el hecho de que sea triste. La manera en la que se refiere a su relación con ella habla por sí sola. Sí la quería de verdad.

Después de unos minutos en completo silencio, caigo en algo.

—¿La chica que...?

—Era ella —confiesa, sin que yo finalice la pregunta.

Inmediatamente recuerdo el «Te quiero» con voz femenina que se oyó ese día. ¿De verdad han terminado? Madre mía, qué berenjenal.

—Lo siento. —Solo se me ocurre decirle eso en ese momento.

—Estará bien. Hay más gente en este mundo, yo solo fui seis años de su vida, entiendo que no quisiera gastar ni un día más con alguien que ya no era para ella.

No digo nada más. Permanezco en silencio. Él parece tener los pies en la tierra en lo referente a este asunto.

—Encontrará a alguien adecuado para ella, la conozco bien.

El agua de su baño comienza a oírse de nuevo y es cuando se sobreentiende que la conversación ha terminado.

Sentada desde el suelo admiro mi trabajo. Podría decirse que estoy exhausta, porque llevo desde las siete en pie moviendo cosas y limpiando, pero no es exhausta como me siento. Me siento satisfecha.

Hoy no he ido a trabajar. Necesitaba un tiempo con las telarañas de mis paredes y mis pensamientos completamente a solas y, cuando fueron horas decentes, la compañía de la radio.

Miro por debajo de mi cuello, la vieja camiseta de Áxel es lo que he estado usando para mi día de limpieza a fondo. Recuerdo perfectamente habérsela robado por necesidad hace algunos años, porque él, por iniciativa propia, jamás me la habría ofrecido. Áxel no pertenece al grupo de novios de película que te dejan su ropa y te cubren con su chaqueta cuando tienes frío. Vamos, para Áxel «tener detalles de cortesía con tu novia» es chino mandarín indescifrable.

Me levanto, apago la radio y me dirijo al baño para volver a sentarme en el suelo apoyándome en la pared.

La conexión se establece, pero él tarda en contestar.

—¿Áxel? —pregunto secamente.

Esta vez no le he llamado amor y creo que lo ha notado.

No creo que necesite usar mi faceta cariñosa para lo que tengo que decirle.

—Hola, estoy trabajando, ¿qué sucede?

¿Trabajando? Sí, claro. Y mi tía Juana es la reina del país.

Sé de sobra que sus padres tienen el dinero necesario para poder permitirle a su hijo pasarse la vida entera rascándose el culo. Ya no me trago eso de que trabaje, lo único que hace es jugar con esas maquinitas, gritar a los demás lo que deben hacer y ser un imbécil.

La única vez que lo vi trabajar en serio fue cuando no le cuadraban las cuentas para comprarse su segundo coche.

—Acabo de limpiar la casa, el baño reluce como los chorros del oro —le comento, esperando a que me sorprenda.

Pero no lo hace y eso no me decepciona, ya me lo esperaba.

Lo escucho resoplar y seguidamente soltar una risilla perezosa.

—¿Y qué me importa eso, Clara? —suelta en tono burlón.

Claro, qué le va a importar a él. A los sinvergüenzas todo les parece indiferente, todo y todos menos ellos mismos.

—¿No te importa lo que hago? Creo que me merezco un «Muy bien, Clara. Yo meo en ese baño cuando me da la gana ir a tu casa y llamarte mi novia».

Vuelve a resoplar, pero esta vez mucho más fuerte, como si quisiera hacerlo más evidente.

—¿Me llamas para discutir? ¿Ya estás de nuevo con esas mierdas?

Me río un poco. Me hace gracia que tenga tanta confianza en que yo nunca vaya a dejar de actuar como una tonta.

—No, que va. Te llamo porque he decidido que te quiero fuera de mi vida, Áxel. Ahora.

Escucho cómo algo se mueve ruidosamente al otro lado de la línea y creo que acaba de ponerse de pie. Claro, cómo no, de nuevo estaba de sol y playa. No me sorprende.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¿Y ahora qué coño te has fumado? Espera a que hoy nos veamos y hablemos.

—Si quieres hablar, allá tú, pero creo que lo harás solo, porque no pienso hacerte caso. He tomado una decisión.

—Clara, joder. No estoy para bromas absurdas.

Dejo escapar una breve carcajada y él se queja de que me ría.

—¿Que yo quiera dejarte es absurdo? Claro que sí, Áxel. Adiós, que te vaya bien.

Maldice en voz alta, así que muevo la mano para alejarme el móvil de la oreja y, aunque no lo tenga cerca, oigo perfectamente cómo estampa el puño —creo— contra la mesa.

—Voy ahora mismo a tu casa —me avisa antes de colgar.

Yo, con toda la parsimonia del mundo, me levanto para poner a lavar su camiseta, ducharme y cambiarme de ropa. Quiero que salga de mi vida y quiero que lo haga al completo, así que eso implica devolverle lo único que me ha dado durante estos cinco años juntos: su camiseta. Que ni siquiera me la regaló, repito: se la robé.

Áxel ha sido un mentiroso al decirme que vendría a mi casa «ahora mismo». Son las diez y diez de la noche, nueve horas han pasado y aún no se ha asomado por aquí, y no sé qué pensar. Lo conozco y sé que tarde o temprano va a presentarse en mi casa para pegar gritos o intentar llevarme a la cama. Así cree que lo soluciona todo, pero desde hace un tiempo eso para mí dejó de significar algo. Lo que pasa es que, si aparece, me temo que será borracho, y no puedo evitar sentirme amenazada ante esa posibilidad.

—¿Clara a estas horas en el baño? No puede ser. ¿Indigestión? —Me sorprende Thiago.

Estoy tan a la mía que incluso me ha asustado que me hablara de repente, como si eso no fuera lo que ha estado haciendo desde hace ya un tiempo.

—No... No sé muy bien qué hago aquí, pero creo que me estoy escondiendo —confieso, y me sale una risilla nerviosa.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Escondiéndote de qué?

—Pues verás... Mi novio, mi exnovio, que quede claro —puntualizo—, ha dicho que iba a venir... y sé que vendrá, siempre lo hace, lo que pasa es que me asusta que venga borracho.

—¿Y por qué no llamas a la policía, Clara? —sugiere tan rápido como yo termino de hablar.

—No creo que... No sé, no lo veo necesario. Quizá solo sean suposiciones mías. —Entrelazo los dedos de ambas manos y me paseo arriba y abajo dentro del baño—. Creo que voy a necesitar tu ayuda —digo de repente.

Tal vez sean los nervios, tal vez un poco de miedo. En realidad son ambos, no quiero volver a ceder como otras tantas veces y repetir lo mismo de nuevo. Es un círculo vicioso, un bucle del cual quiero salir. Es enfermizo, y ya que he abierto la puerta para salir, no me puedo quedar contemplando el más allá desde el portal. Tengo que cruzarlo de una vez por todas.

—¿Mi ayuda? —pregunta. Lo noto confuso.

No le culpo, yo tampoco sé muy bien cómo quiero que me ayude.

—Sí, siempre... siempre dice, recuerda o hace algo que me desmoraliza por completo y me arrastra de nuevo a lo mismo. Necesito que me ayudes.

—¿Quieres... quieres que vaya a tu casa? —dice titubeante.

En ese preciso momento el timbre de mi puerta me hace dar un respingo, de tan fuerte como ha sonado. Estoy segurísima de que se trata de Áxel, ya que no espero a nadie más a esta hora.

Es momento de recuperar el valor que he tenido horas antes para llamarlo y romper con él. Es hora de echarle ovarios y expulsarlo de mi vida.

—No da tiempo, tú solo apóyame en lo que voy a decir, ¿de acuerdo? —suelto rápidamente a Thiago, mientras comienzo a salir del baño para ir a abrir la puerta.

—Claro. Adelante.

Cierro los ojos y respiro hondo cuando lo oigo aceptar. Cuando ya estoy en la puerta, presiono el botón del interfono. No me ha hecho falta preguntar: me ha soltado un «Abre» apenas he descolgado el telefonillo.

Avanza hacia mi puerta después de salir del ascensor. Su rostro lo delata: se ha ido de copas con sus fieles y mal influyentes amigos. Trae la misma cara de «Aquí estoy yo, ¿qué?, ¿pasa algo?» que le pone ese par de copas de más.

Me cruzo de brazos y levanto ligeramente el mentón. Los nervios, la inseguridad y los miedos que surgen acojonan, pero en estas ocasiones hay que hacerse el fuerte. Aunque sea mentira al principio, mejor es mantenerte firme que derribarte tú mismo.

—¿Qué es eso de que quieres que te deje, Clara? —me pregunta a la cara, apoyando ambas manos en el marco de la puerta.

Mis cejas se elevan sin poder remediar la sorpresa.

—¿Perdona? ¿Que tú me dejes? Te he dejado yo, Áxel —le digo yendo hacia el baño, donde me he dejado doblada su camiseta ya limpia.

Esto es increíble. Tiene la cara de venirme con eso, cuando es perfectamente consciente de que yo soy quien está poniendo fin a esta relación.

—Lo que sea. —Manotea en el aire y luego se apoya con las dos manos en el marco de la puerta del baño.

Comienza a silbar la canción de la introducción de *Los Simpson* y a zapatear con un pie al mismo tiempo. Sí, está borracho.

Mira la camiseta que tengo en las manos, sonrío y se toma las molestias de señalarla con un dedo.

—Te la di yo cuando hicimos el amor por primera vez —dice.

Mi estómago se encoge y me provoca náuseas, no por el recuerdo, sino por la rabia que me da que ni siquiera sea capaz de recordarlo tal como fue y se lo esté inventando. Además, confío en que Thiago siga en su baño, y no me apetece que escuche las bobadas que inventa Áxel para, según él, enternecerme.

—¡Venga ya!, ¿en serio? Ni siquiera recuerdas por qué tengo tu maldita camiseta.

—Bueno, qué más da. —Vuelve a manotear en el aire como si estuviera espantando una mosca—. Ahora déjate de tonterías y ven conmigo a la cama.

—¡No! —me niego, pero ha sonado demasiado fuerte como para haber sido solo mi voz. Me parece que Thiago también ha respondido lo mismo.

Áxel me mira extrañado porque, al igual que yo, también ha notado que alguien más ha intervenido, la única diferencia es que él no sabe de quién se trata.

—No pienso irme a ninguna parte contigo, ahora ten esto. —Le paso la camiseta, pero no la coge—. Cógela y vete.

—Yo he venido a hablar —dice, y se ríe.

—No quiero hablar contigo, y menos borracho. Además, ahora va a venir Thiago y no quiero que estés aquí.

Áxel enarca ambas cejas y coloca los brazos en jarra. No se esperaba eso.

—¿Quién cojones es Thiago?

—Mi vecino, un amigo con el que trabajo.

—¿Y a qué va a venir a estas horas a tu casa?

—A terminar algo del trabajo, pero eso a ti no te incumbe.

Su cara se pone tan roja como el magma de un volcán, y al segundo, como respuesta a lo que le he dicho, lanza un puñetazo contra la puerta del baño. Yo me estremezco y amago con encogerme, pero no lo hago. No me va a intimidar, por muy agresivo que quiera ponerse.

—¿Me has estado poniendo los cuernos, Clara?

Su cinismo puede conmigo. Levanto un dedo señalando hacia fuera.

—Serás cínico, ¡vete ahora mismo! ¡Vete!

Le propina otro golpe a la puerta. Este se oye más fuerte, al parecer, porque Thiago se manifiesta.

—Clara, ¿estás bien?

A Áxel se le abren los ojos como dos platos y balbucea algunas palabrotas. Ha captado que la voz no puede provenir de ningún otro sitio que no sea la ventana, así que la señala.

—¿Ese es el tal Thiago? —Se abre paso dándome un empujón para que me aparte, y se dirige directo a la ventana—. ¿Eres tú el pelmazo del vecinito? —suelta.

—¿Eres tú el grano en el culo de su exnovio? —salta Thiago, y me tapo la cara con las manos. Áxel tiene tendencia a rebotarse a la primera.

—Qué hijo de puta. —Se ríe, despreocupado—. Ella es mía, ¿entiendes eso? Es mi novia, no te acerques a ella o...

—¡Cállate! —intervengo yo.

No veo intención alguna por su parte de marcharse de mi casa, así que tengo que ponerme más severa. Miro a mi alrededor y cojo lo primero que me parece más adecuado para echarlo de allí: el desatascador de váter. Lo levanto como si fuera un bate y lo amenazo con él.

—¡Fuera de mi casa ahora mismo, Áxel!

Áxel arruga la frente, totalmente fuera de lugar, y me mira como si, de los dos, yo fuera la borracha.

—¿O qué? ¿Tienes un desatascador de váter y no dudarás en usarlo?

—¿Crees que no duele un golpe con esto? La goma quizá no mucho, pero sí el palo de madera. Todo duele con la fuerza adecuada.

Áxel levanta los brazos.

—Venga ya, Clara. Déjalo ya.

—¿Acaso estás sordo, tío? Vete de su casa ahora si no quieres que llame a la policía

—vuelve a intervenir Thiago.

—Te voy a machacar cuando te pille, pedazo de mierda —lo amenaza Áxel.

—No seas ridículo, ni siquiera lo conoces —le digo yo, sin dejar de amenazarlo con el desatascador—. Vamos, fuera de mi casa ahora mismo.

Áxel se me queda mirando un rato considerable sin decir nada. Espero que esté captando en mis ojos que esta vez sí es la definitiva, que no voy a dar mi brazo a torcer. Gruñe y me señala con un dedo de manera amenazadora.

—¿Te crees que me chupo un dedo? Sé perfectamente por qué me estás dejando... — Mira hacia la ventana—. Eres una puta, Clara.

—Ahora el que quiere machacar a un pedazo de mierda soy yo —suelta Thiago.

Recojo su camiseta con una mano, sin bajar el desatascador. Se la lanzo a la cara y le vuelvo a señalar la puerta principal.

—Déjalo, Thiago. —Tomo el mando de la situación, apretando el desatascador con más fuerza—. Piensa el ladrón que todos son de su condición, ¿no? —le digo a Áxel—. Mejor vete ahora mismo, porque que me insultes en mi propia casa es lo último que te voy a permitir. ¡Vete ya!

Áxel me sostiene la mirada fijamente durante unos segundos, se agacha a recoger su camiseta, se la echa al hombro y comienza a recular lentamente. Sabe muy bien que yo nunca habría sido capaz de engañarlo, incluso después de que él sí lo hiciera. Sabe que yo soy diferente a él, pero quería rebajarme a su nivel para no sentirse tan miserable.

—Te acostaste con ese cabrón —murmura, caminando por mi salón hacia la puerta.

—No —digo, yendo tras él con el desatascador en la mano—, yo no soy la misma clase de persona que tú eres. Te merecías un respeto como mi pareja y siempre te lo mostré. Es cosa tuya si tú no hiciste lo mismo conmigo, pero eso no te da derecho a creer que actué igual que tú. No me acosté con él, pero ahora soy libre y él es una persona maravillosa. Puedo hacer lo que me plazca de ahora en adelante.

Se queda con esa cara de querer replicar pero no poder hacerlo. Sonrío satisfecha y le señalo la dirección con el desatascador. Sigue andando hasta que se detiene, sacude la cabeza como si fuera estúpido lo que acaba de pasársele por la mente y sigue caminando hasta que abre la puerta para irse.

—Que te vaya bien, Áxel —digo—. Adiós.

Él ni siquiera responde y cierra la puerta tras de sí. Con eso acaba todo. Por fin estoy fuera del yugo de Áxel. Por fin soy libre, sin compartir mi vida con una persona tóxica. La sensación es liberadora.

Me apoyo en una pared del pasillo cerca del baño para acabar de creermelo que lo he hecho por fin. Desde allí oigo a Thiago diciendo:

—Clara, ¿estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —confirmo regresando al baño.

—Me siento orgulloso de ti, que lo sepas. Al llamarlo «grano en el culo» sospecho que me quedé corto, pero no he visto a ese tío para llamarlo algo más hiriente.

Me echo a reír por su comentario, hasta que me fijo en que sigo con el desatascador en la mano, entonces me doblo por las carcajadas.

—¡No te lo vas a creer, Thiago! ¡Lo amenacé con el desatascador del váter!

Él comienza a reírse, y su risa resuena por las paredes. Hoy más que nunca me parece una risa preciosa, de esas que Áxel olvidó compartir conmigo. Pero ya he terminado con él, ya no tengo por qué seguir recordando ese tipo de cosas. Es hora de hacer una purga general en mi vida.

—¡Olé por tus ovarios, olé por ellos!

Me río.

—Oye, Thiago, gracias, ¿eh?, gracias por no dejarme plantada. Me has ayudado a echarlo más rápido. Seguro que se habría quedado armando bronca una hora hasta aceptarlo y marcharse.

Resopla.

—Pues qué coñazo puede llegar a ser ese tío. ¿Qué viste en él?

Me miro al espejo y suspiro, dejando caer los hombros. Lo que vi en él hace tanto tiempo es lo que ha estado manteniendo nuestra relación en pie durante tantos años.

—Antes era un chico adorable..., pero cambió desde que conseguí acabar la carrera.

—Suspiro—. Lo que pasó es que él quería que nos casáramos, que yo no trabajara y que dejara mis estudios. Áxel dejó la carrera en el último año, yo lo apoyé en todo, pero no pensaba apoyarlo dejando mi carrera también solo porque él quisiera. Soy de las que creen firmemente que dejarlo todo para depender de un hombre es atarse a sí misma contra un árbol, sin estudios, sin trabajo, sin dinero, sin ser nadie prácticamente, pero él no respetaba mi opinión.

—Otra pregunta: ¿viste si tenía cerebro?

Me echo a reír.

—Lo tenía, pero siempre fue un niño mimado por los ricachones que tiene por padres. Por eso nunca quiso que yo trabajara, para mantenerme él y tenerme comiendo de su mano, pero eso es lo que nunca llegué a aceptar.

—Me alegro, no merecías dejar tus planes de futuro, tus proyectos, solo porque él lo decidiera —dice—. Áxel no te merece, Clara.

Suspiro y dejo el desatascador de una vez por todas de nuevo en su sitio.

—Por cierto, creo que te he interrumpido antes al pedirte que me ayudaras —digo—. ¿Pensabas ducharte?

—Sí, tengo mucho calor.

—No me digas que has estado envuelto en la toalla todo el rato...

Me río.

—Sí... Lo he estado. —Se ríe.

—Vaya. —Me muerdo el labio inferior, apenada—. Lo siento. Ya te dejo darte esa ducha.

—¿No te quieres unir? En tu ducha, claro. —Se ríe más.

—¿Eh...? Me encantaría, pero hoy no he ido a trabajar y tengo que prepararme para mañana, además ya me he duchado antes, pero gracias por la oferta.

—Está bien. Pues hasta mañana, Clara.

Sonríó yendo hacia la puerta.

—Gracias de nuevo, Thiago. Hasta mañana.

Hace veinte minutos desde que salí de casa, o sea que ya son las seis de la mañana. Han pasado dos semanas completas desde que saqué a Áxel de mi casa amenazándolo con un desatascador, y desde ese día la única sensación permanente que he tenido ha sido la de vitalidad. Me siento como una de esas flores de la casa del pueblo de mi madre que reviven cuando ella va después de algún tiempo y las riega.

Tengo todo el trabajo al día, sigo con las clases de yoga y ahora me ha apetecido salir a correr antes de ir a trabajar; todo ello ha ayudado a que mi sensación de vitalidad vaya en aumento.

Paro de correr cuando me voy acercando a un banco de madera para estirar un poco más los músculos de las piernas. Lo he hecho antes de empezar a correr, pero me apetece repetirlo.

El grito de Michael Jackson me hace saltar de repente cuando empieza a sonar «Smooth Criminal» en mi iPod. Sin vergüenza alguna me pongo a bailar después de soltar un *wuu-huu* eufórico. Por si acaso vaya a aparecer alguien y me vea bailar, comienzo a trotar de nuevo, con Michael Jackson en los oídos.

Inevitablemente, la canción me trae recuerdos de largos viajes en coche con Áxel durante los primeros años de nuestra relación. Aquellos eran buenos tiempos. Creo que conservo un vídeo en mi viejo portátil, si no lo he borrado ya, de Áxel cantando esta canción mientras conducía, dándole temerariamente golpes al volante en mitad del coro donde dice: «*Annie are you ok? Will you tell us that are you ok*». Era toda una puesta en escena cantar esa canción con él.

Cuando me doy cuenta, ya he corrido dos calles más y voy chasqueando los dedos de vez en cuando. Me pregunto cómo alguien que significó tanto para mí, que me hizo muy feliz tiempo atrás, puede llegar a cambiar tanto un día, hasta volverse irreconocible.

El amor se acaba, tal vez no para todos, pero hay casos en los que sí termina. Áxel y yo fuimos uno de esos casos. No había nada que hacer, salvo entender que ya no funcionábamos juntos y que uno de los dos estaba sufriendo, así que era hora de dejarlo ir.

Me detengo de repente y apoyo las manos en las rodillas, recuperando el aire. Me quedo mirando un coche que está detenido delante de un semáforo en rojo, y levanto la vista para observar el cielo, que poco a poco se va aclarando más. Estoy sudada y sin aire, pero vital. Me siento vital. Y no paro de repetirlo.

La canción termina por segunda vez, ya que la he repetido antes, y con ella se van mis ganas de seguir pensando en el viejo Áxel, en ese que me tenía tan enamorada. Todo con él ha terminado, y aunque significó cinco buenos y malos años para mí, es hora de pasar página y seguir viviendo mi vida de la mejor manera posible.

Abro la bolsita de los cacahuets y me quedo observando el interior.

—Si pruebo tan solo tres míseros cacahuets, ya puedes ir rezando para que no entre en coma. —Oigo decir a Thiago en mi cabeza. Pongo los ojos en blanco y me río secretamente al recordarlo.

Qué hombre más exagerado, por favor. Golpeo levemente la bolsita sobre mi palma para que caigan algunos que me pueda llevar a la boca. Sacudo las palmas entre sí para quitarme la sal y sigo pasando los informes al ordenador. Marga me ha hecho el favor de traerme los cacahuets desde la máquina dispensadora que hay en la sala de profesores, y también algunas chocolatinas. Una canción de Ha-Ash está sonando en la radio, creo que es «Lo aprendí de ti», porque no para de repetirlo aunque no esté muy atenta.

—Madre mía con la locutora de la radio... —Me río—. Lleva un día...

Me quito las gafas y me presiono el puente de la nariz: la vista me está ardiendo, así que necesito dejar de mirar la pantalla un rato. O tal vez se trata de que no tendría que quedarme hasta las tantas siguiendo series online.

Bebo un poco de agua y como algunos cacahuets más. Thiago dice que es alérgico a ellos. También dice que los conejos, sobre todo los grises, le dan yuyu y que no soporta el regaliz para nada. También odia *Crepúsculo* y toda la saga, cosa que me hizo enfurecer cuando me lo dijo, y que lo último que quería hacer en su vida era escalar un pino usando una falda escocesa; bueno, no, eso me lo he inventado yo. Me dijo que quería viajar y probar comida, que quería tener una cocina grande solo para comprarse una nevera enorme donde pegar los imanes que fuera comprando en cada país. Ah, sí, también dijo algo de escribir un libro solo para tenerlo en la biblioteca de su casa y no volverlo a leer en la vida.

Podría parecer que me he ido a tomar una Coca-Cola con limón en la terraza de mi pueblo con él, pero no, no es así. Sé todas esas cosas sobre Thiago por haber pasado casi todos los días dándonos una ducha juntos, aunque no literalmente. Es de locos incluso pensarlo. ¿Cómo será contarle esto a alguien? Me encierran en un psiquiátrico

si lo hago, no lo dudo.

—Tal vez podríamos pasar al plato fuerte... —Se rio—... Y quedar un día de estos. —Lo recuerdo proponiéndomelo hace dos noches.

Me quedé en completo silencio, repitiendo las palabras en mi cabeza para verificar si había oído bien.

—¿Hablas de salir por ahí?

—Claro, a tomar algo y a charlar. Ponernos cara.

—Yo cara ya tengo —bromeé—. Que tú no la hayas visto aún es otra cosa muy distinta.

Recuerdo haber cerrado el grifo para que nos pudiéramos escuchar mejor. Recuerdo que no paraba de reírse por cualquier tontería que yo dijera; estaba bastante contento hace dos noches.

—¿Cuándo te vendría bien?

—¿Qué tal el viernes de la semana que viene? —sugerí.

—Por mí, genial —respondió, con un tono dispuesto y decidido—. Podemos marcar un punto de encuentro.

—En el parque a dos calles de aquí, tirando por la farmacia, ¿qué tal? —solté sin pensarlo demasiado—. Después podemos buscar algún sitio donde tomar algo.

Dejó escapar una breve y jovial risita antes de aceptar.

Vuelvo a mirar la bolsita de los cacahuets y luego contemplo todo mi despacho, silenciando mis pensamientos para oír la canción que está sonando ahora: «Ni rosas ni juguetes», de Paulina Rubio.

—Que Dios se apiade del corazón roto de la locutora, y que los oyentes recen para que no se ponga a llorar en mitad del programa —me burlo, pero sin poder resistirme comienzo a cantar.

*Te puedes ir, no me importa tu billete
No hay rosas ni juguetes que paguen por mi amor
Te puedes ir a la China en un cohete
Ve y búscate una tonta que te haga el favor.*

Vuelvo a ponerme a pasar informes mientras canto la canción. Marga se asoma y, usando un bolígrafo como micrófono, canta conmigo el «para ti yo soy mucha mujer» de la estrofa. Acabamos compartiendo risas cómplices y luego señala hacia la puerta con un pulgar.

—¿Quieres ir a tomarte un café después de salir?

Le guiño un ojo antes de hacerle saber que encantada de la vida iré a tomarme ese café con ella.

—Eh, Marga, cambia la emisora antes de irte, porfa. La locutora acabará por sumirme en la más profunda depresión.

Marga suelta una carcajada.

—Ya veo, no hace falta que me lo jures. —Pulsa dos botones y se queda callada—. ¿Esto te suena bien?

—Sí, gracias. —Le lanzo un beso y ella agita una mano despidiéndose al salir de mi despacho sin cerrar la puerta del todo.

Cuando se va, me vuelvo a llevar un puñadito de cacahuets a la boca y entonces recuerdo que el viernes que viene he quedado con el vecino del baño del bloque que tengo al lado del mío, Thiago, vamos. Pensar en eso me hace esbozar una sonrisa.

Ya es jueves. Mañana es viernes, como todo el mundo que vio *Barrio Sésamo* de pequeño sabe. En principio mañana había quedado con Thiago para conocernos e ir a tomar algo por ahí, pero me temo que voy a declinar su oferta a tan solo veinticuatro horas.

Me emocionaba la idea, lo juro. Bueno, ¿a quién engaño? Mi instinto gallina ha despertado y el tema me provoca un nudo en el estómago. No lo conozco, no lo he visto en mi vida, puede que me haya estado mintiendo todo este tiempo y no tenga veintiocho años, o algo peor, que esté casado y sea padre de cuatro hijos.

Sé que me estoy poniendo en el peor de los casos y que estoy siendo pesimista, pero todo puede pasar. He cometido grandes estupideces a lo largo de estos veintisiete años, como, por ejemplo, estar durante cinco años con un completo cabeza hueca. La idea de volver a tropezar en la misma piedra me pone en alerta.

Tal vez este no sea buen momento para conocernos y «ponernos cara», como dijo él. Quizá deban pasar un par de meses más. Independientemente de que Thiago me pueda gustar o no y de que yo aún no me sienta curada al cien por cien de mi relación con Áxel, algo me dice que escuche a mi instinto y le diga que posterguemos esa cita. Él ha despertado sentimientos en mí, buenos sentimientos, que en principio se identifican como una amistad inusual, como esa que tienes con una amiga en Australia a la que nunca en tu vida has visto en persona, pero puede que dichos sentimientos se estén redireccionando hacia otro camino, el cual aún no quiero abrir para nadie. No porque me sienta rota y no tenga esperanzas de volver a mantener una relación amorosa con alguien, no, sino porque siento que necesito un tiempo para mí, para aclarar mis prioridades y mantenerlas por encima de todo. No quiero volver a vivir lo que me ocurrió con Áxel: con el paso de los años me fui perdiendo a mí misma y, aunque mostraba los dientes defendiendo mis metas, mis sueños y mis elecciones, nunca logré mantenerlas como lo que eran, lo más importante para mí. Y de eso me doy cuenta porque siempre las fui postergando para «más adelante», y al final cumplía menos de la mitad, dejando así que Áxel gobernara mi vida.

Fue un error, quiero aprender de él y para eso necesito tomarme un tiempo, y algo me hace pensar en que, al conocer a Thiago, tal vez van a resurgir viejos sentimientos que no me van a dejar finalizar ese proceso correctamente.

He dejado la puerta del baño abierta para escuchar cualquier movimiento que provenga de dentro y así poder disculparme con Thiago por no poder ir mañana.

Algo se cae a lo lejos, y como el ruido proviene del baño, yo me apresuro a entrar. Nada más encender la luz, escucho sus pasos y su ducha.

—Thiago, ¿estás ocupado? —pregunto, cruzando las manos delante de la boca.

El agua deja de oírse desde su baño. Genial, creo que iba a ducharse.

—No, no, dime, Clara. —Carraspea—. Hola, por cierto. —Se ríe.

—Hola, ¿qué tal? —Me río también.

—Bien... ¿Me querías decir algo o solo saludarme?

—No, no, verás... —Me rasco la nuca, un poco nerviosa—. La cosa es que mañana no puedo quedar contigo.

Hay un corto silencio que se me hace eterno. ¿Se lo estará tomando bien?

—Huy, ¿se puede saber por qué?

Me llevo un mechón detrás de la oreja y después coloco mis manos sobre la cintura. Miro mis chanclas de florecitas. A ver, ¿qué le cuento yo?

—Es una urgencia a la que no podía negarme. —Carraspeo para intentar conseguir que mi voz sea más creíble, o eso creo—. Una amiga está embarazada y...

—¿Me estás diciendo que mañana va a dar a luz?

Me quedo tonta. Escuchándolo de otra persona parece una excusa estúpida.

—Bueno, no estoy diciendo que mañana vaya a dar a luz, sino que tiene el pronóstico de parto en estos días, y su marido por trabajo ha tenido que viajar y se ha retrasado su vuelo de regreso, así que...

—Entiendo —dice simplemente.

—Lo siento de verdad —me disculpo. Más que no ir, me duele el mentirle.

¿Pero qué le voy a decir, que necesito tiempo y que aún no me siento preparada para conocerlo porque creo que me puede gustar? A veces las personas debemos mantener nuestras cosas en secreto porque no siempre es buen momento para confesarlas.

—Tenía muchas ganas de conocerte. Más adelante quizá, ¿te parece bien?

—Tranquila, me parece genial. Puedo esperar.

Miro a mi alrededor y suspiro profundamente.

—Gracias por comprenderlo. —Sonrío, aunque sé que no me puede ver—. Te prometo que tendremos esa cita más adelante.

—Te tomo la palabra entonces. —Se ríe y me quita un peso de encima.

Ya estaba pensando que se había molestado por posponer la cita, pero parece que no. Le vuelvo a dar las gracias y me despido, saliendo del baño para que pueda seguir

con su ducha. No me quiero quedar, por si acaso hablar más de la cuenta hace que me delate a mí misma.

No paro de dar vueltas en la cama, con la lámpara de la mesilla de noche encendida, mirando el techo y preguntándome si de verdad no podía intentarlo, si de verdad hacía falta posponer la cita. El noventa y cinco por ciento de Clara Martín me responde que sí, pero el otro cinco por ciento restante me mantiene en la duda.

Miro el reloj de mi mesilla. No es tan tarde como para ya estar acostada y a punto de dormir. Al otro lado, Thiago se está duchando. Me siento en el borde de la cama y me quedo mirando las zapatillas.

—Tal vez una ducha me relaje —digo, poniéndome de pie.

Cuando entro en el baño no hago ruido, no hace falta que se entere de que voy a darme una ducha ahora, aunque eso sea básicamente lo que hemos hecho siempre, avisarnos.

Me quito el pijama y lo dejo doblado en el lavamanos, descorro la cortina y entro. Después busco la temperatura adecuada del agua. Cuando estoy completamente empapada, me froto los ojos y me quedo mirando la alcachofa de la ducha. La descuelgo y, sin pensarlo dos veces, la llevo justo delante de mis piernas para que el chorro del agua me dé justo en medio. Apoyo la espalda en la pared y me muerdo el labio inferior justo cuando la ducha del otro baño se detiene.

—¿Clara? —Oigo preguntar a Thiago—. ¿Estás ahí?

Miro el techo y hago una mueca de fastidio por haber sido interrumpida, sin embargo no me aparto el chorro de en medio de las piernas.

—¿Sí?

—Ya decía yo que me había parecido oírte —confirma.

—Sí, acabo de entrar, ¿tú ya te ibas?

—No, aún no.

—Ah, genial. ¿Qué tal el día? —me intereso, aunque me temo que no le voy a prestar mucha atención.

—Muy bien, acabo de llegar del gimnasio y esta ducha me está devolviendo la vida.
—Se ríe.

La información que me acaba de dar me saca de órbita. Inmediatamente mi cabeza se centra en gimnasios, en chicos macizos sudando mientras levantan pesas con camisetas sin mangas, marcando músculos y con esos pantalones deportivos que les quedan tan bien. Mi mente imagina mil cosas por segundo, y no me quejo.

Imaginar a un chico moreno, alto, buenorro, con camiseta negra, pantalones grises de deporte, que lleva unos guantes puestos mientras golpea un pobre saco de boxeo nunca fue, ha sido o será motivo de queja de esta servidora.

—Y... ¿qué has hecho en el gimnasio? —pregunto, con la oculta intención de seguir fantaseando gracias a la ayuda de mi imaginación.

Me explica toda una serie bien organizada de ejercicios para tonificar. Creo que me pierdo con sus explicaciones de para qué es bueno hacer cada cosa, yo ando a la mía, procesando solo la información que me interesa ahora mismo.

Mientras él habla y yo murmuro algo de vez en cuando para que no piense que lo he dejado solo, me lanzo a esbozar una vaga descripción de Thiago en mi cabeza. ¿Alto, bajo, altura estándar? ¿Moreno, rubio, pelirrojo, pelo negro? Y los ojos, ¿cómo, marrones, verdes..., azules?

—Oye, y ¿cuánto tiempo hace que vas al gimnasio, desde este enero para quemar los kilos de más de la Navidad? —me burlo.

—No. —Se ríe—. En este llevo muy poco tiempo, desde que me mudé casi. En el anterior llevaba cuatro años yendo.

Así que algo sí es seguro: está en forma.

Echo hacia atrás la cabeza para apoyarla contra la pared, al igual que la espalda, y cierro los ojos, relajándome.

—¿Tú haces deporte? —me pregunta.

—Bueno, a veces salgo a correr —digo un poco de manera entrecortada— y yoga, ajá. Practico yoga.

Suelta una carcajada.

—¿Has fumado algo? Tienes una voz de ida total.

—¿Yo, drogada? —pregunto a la vez que me carcajeo.

Se me pasa por la cabeza confesarle que llevo un rato con el chorro de la ducha dándome justo entre las piernas y que lo he estado usando a él en parte para fantasear. Se me ocurre también decirle que he estado imaginándolo en el gimnasio, haciendo todas esas cosas que ha dicho que normalmente hace, sudando y posando para mí, pero ahí es cuando me doy cuenta de que estoy actuando como una perturbada. Caigo en que yo no soy así de lanzada y que esto no podría pasar a menos que fuera un universo paralelo o... un sueño.

—¿Te gustaría venir a hacerme compañía más de cerca, Thiago? —le pregunto con una voz estúpida y melosa.

Por su lado se escucha una risa cómplice y juguetona.

Pero... ¿qué está pasando aquí? ¿Por qué estoy actuando de esta manera tan impropia en mí?

—Claro. Si me esperas, ahí me tendrás.

—Perfecto, yo te espero...

Pego un grito ensordecedor, como si fuera alguien cayendo por una cascada, y abro los ojos. Pataleo para comprobar que estoy sentada sobre alguna superficie sólida y no agua. Estoy en mi sofá, con algunos cojines esparcidos por el suelo, con calor y sudando un poco.

—¡Menos mal! —Respiro, llevándome una mano a la frente.

Solo era un sueño, Clara. Nada de lo vivido anteriormente ha pasado en realidad, solo estabas soñando.

Me paso una mano por la boca para secarme la baba y luego me fijo en que la tele sigue encendida. Están pasando una película basada en una de esas novelas rosas que se han puesto muy de moda últimamente. No me extraña nada haber tenido tal sueño si me he dormido mirando algo como eso.

Me toco la frente de nuevo, comprobando mi temperatura, y luego las mejillas.

—Ay, Dios, qué vergüenza. —Me río.

La próxima vez que me aburra y decida hacer zapping, cogeré *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* y me lo releeré, porque definitivamente es mejor desvariar confundiendo molinos de viento con gigantes que teniendo sueños como esos.

Han pasado cuatro semanas ya desde que postergamos la cita, y estoy a nada de empezar las vacaciones. Este fin de semana es el último que tendré libre, porque el que viene estaré hasta arriba de trabajo cerrando el curso en el colegio y el siguiente después de ese tal vez me vaya al pueblo con el resto de mi familia. De hecho, esta semana iré un par de días para celebrar el noventa y siete cumpleaños del abuelo.

Nada de esto supondría un contratiempo, porque es lo que he hecho todos los años, si no fuera porque no quiero hacer esperar más tiempo a Thiago. Hemos seguido hablando como siempre, nada ha cambiado, incluso podría decirse que nos llevamos cada vez mejor. Considero que ya es el momento perfecto para quedar y vernos. Así que voy a aprovechar que él está duchándose mientras yo me cepillo los dientes.

—Eh, Thiago, tengo algo que preguntarte —digo, sacudiendo el cepillo una vez que ya lo he lavado.

Thiago cierra el agua de su ducha y responde:

—Escúpelo —bromea, o hace el intento, diría yo, ya que me estaba lavando los dientes un segundo antes.

Abro el primer cajón y cojo una goma para el pelo para hacerme una coleta, ya que he planeado salir a correr esta tarde.

—¿Te apetece quedar este fin de semana para tomar algo y así ya conocernos por fin? —Escucho un murmullo débil que no puedo descifrar proveniente de su ventana. Tal vez me ha dicho que no puede y no lo he oído bien—. ¿Qué? —pregunto.

—Por mí genial, tengo este fin de semana todo despejado.

Me río, vaya coincidencia. Parece que los astros se han alineado a nuestro favor, o como sea la frase que dice la pitonisa del canal 13.

—Perfecto. ¿Qué tal este sábado a las siete de la tarde?

—¿Donde habíamos quedado la última vez? —pregunta.

—Sí, ahí mismo.

—Bien, me lo apunto —bromea—. ¿Estás segura de que ninguna otra amiga tenga que dar a luz ese día?

Estallo en una carcajada que me hace soltar todo el pelo que llevaba recogido para hacerme la coleta. Empiezo de cero otra vez, refunfuñando.

—Sí, estoy noventa y nueve coma nueve por ciento segura de que no tengo otra amiga con previsión de parto para ese día, tranquilo. Esta vez sí iré, esta vez me tendrás ahí sí o sí.

Se ríe.

—Genial entonces.

Acabo de hacerme la coleta mientras le cuento mis planes de salir a correr, él tiene los suyos para ir a cenar con un compañero de trabajo y su mujer. Me dice que tenga cuidado, no me vaya a comer el suelo de la acera por ir corriendo despistada, como me pasó en la ducha. Después de explicarle cómo ocurrió realmente ese resbalón, le deseo que disfrute de la cena con sus amigos. Finalmente, nos despedimos y cada uno sale de su baño listo para cumplir sus propios planes.

Es sábado por la tarde, más específicamente, sábado a las 16:20 de la tarde, y yo ya estoy lista. ¿Quién dijo que las mujeres tardábamos una eternidad en arreglarnos? Bueno, quien lo dijera llevaba razón, porque me he cambiado la ropa cuatro veces durante tres horas. No estoy segura de si eso me provoca llanto o risa, pero me quedo con lo último. Lo mejor es que, después de todo el lío que he montado, me he quedado con unos vaqueros claros, una camiseta que pone «YO COMBINO CHANCLAS CON CALCETINES, DON'T JUDGE ME» y unas deportivas. Me he probado ya cinco veces la chaqueta de mezclilla para asegurarme de que me queda mejor llevarla puesta que en el brazo. En fin, que estoy de los nervios. Quiero parecer yo: ni demasiado yo ni alguien muy alejada de mí. Quiero ser Clara Martín tal cual.

Cuando me estoy retocando el pintalabios, el timbre de mi puerta suena. Eso me deja bastante fuera de lugar, porque no espero a nadie. La idea de que Thiago haya venido a recogerme me emociona, pero es lo menos probable. ¿Áxel, tal vez? No creo que sea tan, tan, tan tonto como para venir hasta aquí para que lo vuelva a atacar con el desatascador del váter. ¿Quién puede ser, entonces? A mis amigas les había dicho que iba a salir. Me acerco a la puerta con la duda y, apenas abro, veo una figura femenina que ni en sueños habría adivinado que pudiera estar ahí.

—¿Mamá?! —exclamo, completamente atónita—. Pero ¿qué...?

—Hola, cielo. ¿Ya estás lista? —dice tan campante.

Me mira de arriba abajo escaneando cada centímetro de mi ya nervioso ser y sonrío muy contenta.

—Huy, pero qué guapa te has puesto para viajar en tren, Clarica. Hace unos días decías que no te apetecía y hoy mira... Toda arreglada y así.

Sin dejarme replicar, mi madre entra en casa a toda prisa buscando algo.

Ay, Dios. No, no, no. Ahora esto no. ¡Tengo que ir a ver a Thiago! ¡A conocerlo! Él ya debe de estar donde hemos quedado.

—Mamá, pero..., pero ¿qué haces aquí? —pregunto por fin.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¡Pues venir a por mi hija!, ¿te parece poco? —contesta

medio mosqueada, como si mi sorpresa le molestara.

Escudriña toda la casa, aún buscando algo, y frunce el ceño al no dar con ello. Yo también miro por el salón, pero me pongo a dar brincos de nerviosismo.

—Tengo una cita, mamá... —murmuro.

—¿Con ese imbécil de tu novio?

—¡No! Áxel es historia... Ahora yo...

—¿Y por qué no me lo has contado, señorita? ¡Venga, otra cosa más que celebrar en los noventa y siete del abuelo! ¡Por fin, hija, por fin! —Levanta el brazo con la palma abierta mientras dice esta última frase tan típica de ella.

—Mamá, yo... Yo ahora no puedo irme. He quedado con...

—¿Tu nuevo novio?

Me sigue interrumpiendo, sin dejarme acabar nada de lo que intento decirle. Es desesperante tener a María del Carmen Jiménez como madre en estas situaciones, porque parece que intentas hablar debajo del agua, sin que se te oiga ni se te entienda nada.

—Muy bien, hija, pero ya lo llamarás desde el pueblo y te disculparás o lo que quieras por no haber podido ir —dice, sacudiendo una mano y restándole importancia—. Pero vayámonos ya, chiquilla, que el tren sale en una hora.

Me da la espalda y se dirige a mi habitación sin atender a razones.

—¿En una hora?! —grito frenética mientras comienzo a seguirla.

No me creo lo que me está pasando. ¿A cuento de qué mi madre se toma la libertad de secuestrarme de esta forma, poniéndome contra la espada y la pared? ¡Que ya tengo veintisiete años, por favor!

—Mamá, de verdad, que ahora no puedo irme.

—Que sí, ya verás como no se enfada. Una llamadita y lo arreglas. Venga, coge la maleta que el taxi está abajo esperando mal aparcado.

Me pongo nerviosa y me tiro del pelo mientras me muerdo el labio. Luego comienzo a mordirme la punta de la uña del dedo pulgar, mientras zapateo. Lo podría llamar si tuviera su número o alguna forma de contactar con él, pero no. No tengo nada.

—Mamá, te dije que iría al pueblo en un par de días, no hoy.

—Claro, hija, claro. Pero si nadie te viene a buscar, tú, por ti misma, no vas. Que te conozco, que la ciudad te tiene embobada y te olvidas de tus raíces. ¡Pues no! Ahora nos vamos y cuando puedas ya llamarás a ese chico para darle explicaciones. Además, vas a ver a tu familia después de un año, no es ningún pecado.

Abre las puertas de mi armario y da con la maleta ya hecha. Le había escrito para decirle que iría al pueblo en dos días y que ya tenía la maleta hecha y el billete comprado. Pero, por lo visto, y ya como algo típico de esta Maricarmen en particular, no ha creído ni una palabra.

—Venga, recojamos tus cosas y directitas para el taxi —me apremia.

Mira mis deportivas y asiente satisfecha antes de decir:

—Buen calzado para el viaje, y que no te vea yo combinando chanclas con calcetines, Clara —me regaña.

Me cruzo de brazos y me siento en la cama cual niña pequeña enrabiada, mientras mi madre hace el gesto de sacar la maleta del armario.

—¡Dale vida al cuerpo, hija! ¡Venga! —me dice al verme sentada, apurándome.

—No pienso ir —digo, tajante.

Pero, con esta Maricarmen en particular, una no puede ser rotunda en sus propias decisiones. Cuando ella ya ha dicho derecha, será derecha. Y si tú quieres izquierda, pues te aguantas.

—¿Cómo que no piensas ir? —dice amenazadoramente mientras coloca las manos en la cintura.

«Soy mayor de edad y hace tiempo que decido por mí misma y me mantengo yo sola», pienso en responderle, pero no me sale.

—Tu abuelo va a cumplir noventa y siete años, y no quería decírtelo, pero no hace más que preguntar por ti. Últimamente ha estado bastante enfermo, sabes que apenas te vea le devolverás la vida... ¿Y tú qué es lo que quieres hacer? Quedarte aquí. Dime, ¿de quién has aprendido a ser egoísta?

Suspiro pesadamente, mis hombros se caen y cierro los ojos. Mi abuelo ya tiene una edad —no mucha gente llega a esa edad, mejor dicho—. Estar enfermo es algo habitual en él, y sé que le dará una alegría inmensa ver a su nieta favorita —la única, mejor dicho— aparecer por allí sin esperarlo.

—Está bien. —Suspiro de nuevo, sin más opción que la resignación—. Vámonos.

Mi madre asiente como señal de que hago lo correcto. Agarro la maleta y, sin mirar atrás, prácticamente corro hacia la puerta.

Tres semanas. Thiago debe de odiarme, pienso mientras miro a mi abuelo profundamente dormido en esa camilla de hospital. Por suerte, lo malo ya ha pasado y le darán el alta en dos días. El hecho de que su salud empeorara tres días después de que yo llegara al pueblo hizo imposible que me marchara, y sus constantes recaídas me han seguido impidiendo volver a casa. De todas formas, ya no tengo nada que hacer allí. Llamé al colegio para justificar mi ausencia en el cierre del curso y lo entendieron. Me justifiqué con las amigas con las que había hecho planes y también lo entendieron, pero estoy segura de que hay alguien que no lo entenderá: Thiago. Tres semanas sin señales de vida, sin una disculpa por dejarlo plantado, sin nada de nada; eso cabrea sobremanera.

Coloco el marcapáginas donde he dejado la lectura y cierro el libro. Me acerco a la ventana y veo el reluciente sol brillando. Es bueno volver de vez en cuando a casa. No a las cuatro paredes donde creciste, que también; yo me refiero a algo más abstracto. A la sensación de hogar que te transmiten esas personas que significan tanto para ti.

La puerta de la habitación se abre y me vuelvo para mirar. Es Santi con dos cafés en las manos.

—Ten. —Me lo extiende y bebe un sorbo del suyo.

—Gracias.

—¿No tienes la sensación de estar encerrada dentro de una de estas habitaciones de hospital? —pregunta, mirando alrededor.

Niego ligeramente y señalo al abuelo.

—Me centro más en él.

—Ya está mucho mejor. —Sonríe.

—No empieces —le advierto.

—Tú eres su suero de la vida, Clara —se burla, y pongo los ojos en blanco.

—Tú eres la niña de sus ojos —replico.

—Solo porque soy tu hermano pequeño.

Bufo y le aparto la mirada brevemente. Detesto que mi hermano haga ese tipo bromas

sobre que es a mí a quien quieren más, porque desde pequeño el tema ha sido insoportable para él. Se sentía desplazado y no era agradable.

—Por cierto, a mamá se le ha escapado en el coche que ya no estás con Áxel —suelta de pronto.

Yo asiento lentamente, dándole la razón a mi madre. Con todo el tiempo que ha pasado, ya hasta había olvidado su nombre. Ese es el efecto que tienen las cosas realmente importantes, que te hacen olvidar lo irrelevante.

—¿Qué te hizo? —pregunta.

Se me escapa una risita.

—Qué no me hizo, dirás. —Tomo asiento, me froto una pierna con la palma abierta y lo miro—. No era para mí, dejó de serlo hace tiempo y solo tomamos, bueno, tomé la decisión de dejar lo nuestro. Es todo.

—¿Y él lo aceptó sin más o te ha seguido persiguiendo?

Niego con la cabeza.

—Le dejé bien claro que ya no tenía hueco en mi vida y captó el mensaje, gracias a Dios.

Santi se ríe.

—Áxel era un grano en el culo, Clara.

Me río.

—¿Y me lo dices ahora?

—Dile a tu hermana mayor y enamorada que su novio es un gilipollas, te va a mandar a talar pinos a Cuenca.

Me roba una carcajada con su ingenio para soltar frases cómicas en momentos inesperados. Tomo una gran bocanada de aire y la suelto, después alargo un brazo para acariciarle el pelo, ya que se acaba de sentar a mi lado.

—Te he echado de menos —confieso.

Me guiña un ojo. Este pelirrojo con pecas y ojos verdes es de los que aman en secreto, de esos que te sonríen para decirte que te quieren y te guiñan un ojo para reconocer que han estado muriéndose por verte de nuevo.

—¿Tienes algo que contarme? —pregunto.

Despreocupadamente, niega con la cabeza. Luego me cuenta un par de cosas superficiales y tal vez se le escapa una risita nerviosa y traviesa cuando menciona alguna anécdota de la capital. Al parecer hay algo, o alguien, que le roba sonrisas con tan solo mencionar la capital.

Me cruzo de brazos y lo escucho sin que note que lo estoy pillando de lleno, mientras él con sus miradas y gestos se delata. Cuando el abuelo despierta, nos sentamos a su lado a esperar que las horas pasen mientras nos cuenta lo último que ha pasado en el pueblo durante todo este año de ausencia.

El abuelo está sonriendo con todas sus fuerzas por la compañía tan joven que tiene delante, mientras espera la comida sentado en el sofá. Mi madre se ha ofrecido a cuidar al niño de la vecina mientras esta iba a otro pueblo a comprar algo. Según parece, no es la primera vez, porque el niño se ve bastante familiarizado con el sitio y la gente de casa. Cuando mi hermano y yo hemos llegado de la playa, nos hemos encontrado con el panorama de que había un niño de un año agitándose y atado en un cochecito con un chupete en la boca y que, de repente, pegaba berridos juguetones que hacían reír a todos, incluso a él mismo.

—¿Cómo se llama el pequeñín? —pregunta mi hermano.

—Thiago —grita mi madre desde la cocina, y a mí se me cae la toalla que estaba a punto de tender en el cordel del patio.

Sin recogerla, vuelvo al interior de la casa y le pido a mi madre que repita el nombre del niño, por si acaso soy yo quien ha oído mal.

—Thiago —repite—, como el hijo de Messi.

Me quedo atónita y me acerco para mirar al niño. No tiene nada de especial. Quiero decir, es como cualquier otro bebé de un año: pequeño, regordete y muy lindo. Pero su nombre, su nombre me hace mirarlo como si fuera un experimento de laboratorio.

—Es muy vivo el chavalín —comenta mi abuelo al darse cuenta de que lo miro mucho.

Le acaricio la mejilla y él se balancea más, estirando los brazos para que lo saque de su cochecito. Le quito los seguros y lo cojo en brazos. Él me lo agradece columpiándose con más euforia. Me siento al lado de mi abuelo y hago jugar al niño en mis piernas para entretenerlos a ambos.

—¡Santi, tiende todo lo que había en la mochila, porfa! —grito a mi hermano, que resopla como en los viejos tiempos, pero va a hacerlo.

En ese momento entra mi padre con una botella de vino bajo el brazo y dos barras de pan. Me ve y alza las cejas, avisando de que va a soltar una de las suyas.

—Te queda bien un bebé —dice, y luego se carcajea—. Pero tú eres demasiado lista.

Me guiña un ojo y desaparece camino de la cocina.

—No le hagas caso, está chalado —dice, cómplice, mi abuelo.

Más tarde mi padre se une a nosotros en el salón, dándome primero un beso en la frente y sacudiéndole el pelo al pequeño. Este le echa los brazos y él, sin dudarlo, lo coge para hacerlo saltar hasta el techo, momento en que mi madre le ordena que no lo haga.

Es curioso, y a la vez gracioso, cómo la vida se las ha apañado para hacerme llegar hasta el pueblo de mis raíces a un Thiago.

Hogar, dulce hogar. «¡Por fin en casa!», exclamo para mis adentros.

Me encantaría echarme en la cama y dormir diez horas seguidas ahora mismo, pero mi familia acaba de pasar por el súper para comprar cosillas para picar y mi padre está a punto de traer una tarta. Hemos planeado una comilona por mi cumpleaños mientras viajábamos, y veo feo quitarles la ilusión después de que hayan venido conmigo hasta aquí para pasar juntos el fin de semana de mi aniversario. Aunque ya hicimos una barbacoa en honor a mi vigésimo octavo cumpleaños la semana pasada en el pueblo, a ellos —más que a mí, todo sea dicho— les hace ilusión verme soplar las velas el día que toca.

—¡Me hago más vieja! —me quejo entrando en el baño para retocarme el maquillaje. Santi asoma por la puerta y señala mi reflejo en el espejo.

—Tienes las mismas arrugas que el abuelo.

Me vuelvo para fulminarlo con la mirada y él se encoge de hombros.

—Eh, que era un halago —se mofa, y se aleja riendo.

Aprovecho para cerrar la puerta por si acaso se le ocurre volver a importunarme de nuevo. Una vez sola en el cuarto de baño, descorro la cortina y miro fijamente la ventana cerrada. Me pongo de puntillas en un extremo de la ducha que es más alto que el resto y, estirando el brazo, abro la ventana, luego salgo de la ducha para no resbalar.

—Thiago, ¿estás por ahí?

Como era de esperar, no tengo respuesta alguna, y creo firmemente que, incluso si estuviera en el baño, pasaría de responderme. Todo el tiempo que ha pasado sin saber por qué no aparecí en nuestra cita, o por qué le dejé de hablar de repente, o por qué desaparecí durante semanas ha sido suficiente para estar cabreado o directamente olvidarme.

Yo entendería que él llegara a pensar que me burlé de él, prometiéndole algo que no pensaba cumplir. Pero si tuviera la oportunidad de explicarle lo que pasó, por qué me fui sin avisar, me sentiría mucho mejor. Entonces ya solo dependería de él creerme o no.

Cojo una brocha y, con movimientos suaves y circulares, entono mis pómulos y, seguidamente, las mejillas. Me echo una capa de máscara de pestañas y me retoco el pintalabios, todo sin exceso para que luzca natural.

—Estás loco —dice alguien por ahí, y mi peine termina en el suelo del sobresalto.

El interruptor se oye al presionarlo y luego pasos. Hay dos personas hablando al otro lado. Recojo el peine y me quedo en silencio, prestando mucha atención.

—¿Por qué estoy loco, a ver?

—¿Cómo se lo sueltas así? Se ha quedado con cara de tonto, pobre. —Se ríe, y mi buen dotado oído me confirma que esta segunda voz es de una chica.

El corazón me da un pequeño salto mortal nada más pensar en que la otra voz, la masculina, sea la de Thiago. Pero ¿de quién más puede ser? ¿Hay una chica con él? ¿Su exnovia? ¿Una chica... nueva? ¿Quién?

—Bueno, ha sido una reacción normal. Yo me esperaba que se desmayara —dice Thiago, aunque mi cabeza intenta a toda costa convencerme de que esa no es su voz.

Ambos comparten carcajadas cómplices y más tarde comienzan a murmurar.

—¿Sabes qué? —dice ella.

—No.

Uno de los dos se ríe, creo que es ella otra vez.

—Cuando yo te digo: «¿Sabes qué?», tu obligación es responderme: «¿Qué?» —dice la chica—. Después de tantos años aún parece que nos acabáramos de conocer.

—Vale, vale —la detiene él—. ¿Qué?

—Me has quitado las ganas de decírtelo. —Se ríe—. Pero va, te lo digo: te quiero.

—Es un lugar precioso el baño para decirlo, ¿eh?

—¿Por qué tienes que arruinarlo todo, pedazo de insensible?!

Se oye una estruendosa carcajada, pero después de eso ya no soy capaz de escuchar más. Mi corazón se ha detenido en cuanto ella le ha dicho «Te quiero».

Está más que claro que Thiago está con alguien. Sospecho que ha vuelto con la que fue su novia durante seis años.

Me quedo mirando el neceser de maquillaje un rato largo, sin saber bien qué sentir o cómo reaccionar ante la inesperada noticia. Parecen felices, alegres, joviales y cómplices. Suenan como una pareja muy sana y feliz. Soy consciente de ello, pero no sé cómo procesarlo. Supongo que me tengo que alegrar por Thiago, ya que ha logrado salvar y encauzar su relación.

Recojo todo y lo guardo en los cajones, sin darme cuenta de que los ojos se me han empañado un poco. Con un trocito de papel higiénico, seco esas lágrimas antes de que destrocen mi maquillaje.

Hago una respiración profunda mirándome al espejo y, después de tomarme un minuto para volver en mí, salgo con una sonrisa de oreja a oreja, contenta por tener a

mi familia conmigo y por saber que Thiago está feliz.

—¿Nestea o Coca-Cola, Clara? —pregunta mi padre.

—Coca-Cola, porfa.

Me sonrío pasándome un vaso lleno de líquido negro, ya que se esperaba mi respuesta.

—Acabo de llamar a casa, el abuelo está bien —informa mi madre volviendo de la terraza con el móvil en la mano—. Tu tía te dice feliz cumpleaños.

Asiento como diciendo que luego le escribiré para darle las gracias y saludarla. Mi madre y mi otra tía, la que ha venido con nosotros, Flora, se meten en la cocina para servir la paella que hemos comprado de camino a casa. Mi hermano está trasteando en la tele y mi padre organizando el pisco labis en la mesa.

—¿Sabes lo que dicen de las treintañeras solteras en mi pueblo, Clara? —dice mi hermano, acercándose a mí con las manos escondidas detrás de la espalda.

—Santiago... —advierte mi padre.

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos.

—Para tu información, acabo de cumplir veintiocho hoy, no los treinta, y tu pueblo es el mismo que el mío. —Bufo—. Pero, de todas formas, dime qué dicen.

Antes de responder, saca una mano y me enseña una cadena muy fina colgando.

—Que no pueden abrir un tarro de pepinillos.

Pese a que el chiste es malo de narices, me río con él. Me acerca el colgante y lo deposita en mi mano. Lo observo por un segundo hasta darme cuenta de qué se trata.

—¿Recuerdas que te lo rompí en tu comunión y nunca encontramos el dije?

Lo miro sonriendo y asiento.

—Bueno, este es otro, pero se parece bastante. Ábrelo.

Lo miro con atención. Es un camafeo dorado con la C en relieve. Lo abro y me quedo observando una foto en miniatura igual a la que nos hizo nuestra madre en un estudio de fotografía cuando yo tenía ocho años y Santi, cuatro. Sonrío como si me hubiesen grapado las comisuras al cartílago de las orejas.

—¡Me encanta! —digo saltándole encima—. ¡Muchísimas gracias, Santi!

—Solo has tenido que esperar veinte años. —Se ríe—. Ten, aquí está la cajita esa que viene.

Me río aún más por su intento de mantenerse al margen de la emotividad de la situación, pero qué remedio, así es mi hermano.

—¡Mira, papá! —grito, levantando el colgante en el aire para enseñárselo. Mi padre sonrío y asiente.

—Muy bonito.

—¿Me lo pones, Santi? —le pregunto pasándoselo para que no se atreva a negarse.

No lo hace, y me lo cuelga en un santiamén. Después me voy dando brincos cual niña

de cinco años hasta la cocina para enseñárselo a mi madre y a mi tía. Ellas admiran el regalo y a ambas les encanta también.

Cuando estamos a punto de sentarnos alrededor de la mesa para comer, el timbre suena.

—Yo abro —dice Santi.

—Bien, yo sigo sirviendo —avisa mi madre.

Yo me levanto de mi sitio y me dirijo a la entrada para ver quién es, ya que no espero a nadie. Al acercarme poco a poco, voy fijándome en que se trata de alguien a quien no he visto en mi vida. Es un chico alto, con el pelo oscuro, negro, diría yo a primera vista, ojos claros —los cuales descubro que son azules en cuanto me acerco más a la puerta— y guapo, muy guapo. Incluso, tengo que decirlo, me recuerda al Hombre de Acero.

—¿Sí? —pregunto en cuanto me acerco a mi hermano, que mantiene la puerta abierta.

El desconocido se queda mirándome fijamente durante un rato antes de reaccionar. Parece que pasan mil cosas por su cabeza en ese pequeño instante.

—Creo que me he equivocado —se disculpa. Entonces reconozco su voz.

Es la voz de Thiago, esa misma voz con la que llevaba hablando desde hace tanto tiempo a través de la ventana del baño. ¡Dios bendito, es él!

—¿Thiago, eres tú? —pregunto, y él conecta su mirada con la mía, pero no le da tiempo a responder porque mi madre nos apremia desde dentro.

—Anda, ¿quién es el joven? —pregunta mi tía, asomándose.

Mi madre aparece detrás de ella y termina de arruinar las cosas, cómo no, sin informarse primero.

—¡Oh, vaya, el nuevo novio de Clara ha venido!

—Mamá, por... —La voy a interrumpir, pero ella sigue a lo suyo.

—Pasa, por favor, pasa —dice, y Santi se aparta para que Thiago entre.

Él nos observa rápidamente a todos como diciendo: «¿Dónde me he metido?», y paso a paso se va adentrando en mi casa, aceptando representar así un papel que no le corresponde. Todos me dejan atrás, y Thiago aún no ha tenido la oportunidad de confirmarme si de verdad es él.

¡Dios mío, en qué lío lo acaba de meter mi madre, pobre!

Él no le ha llevado la contraria a mi madre cuando esta lo ha presentado ante todos como mi novio. Es más: está siendo muy amable y simpático con los presentes cuando lo han saludado uno por uno y luego lo han invitado a sentarse a la mesa. No puedo permitir que siga sufriendo una actuación en la que no ha pedido participar, así que antes de sentarnos a comer, me disculpo con todos y lo conduzco conmigo a la terraza.

—Oye, Thiago, siento todo esto. —Me lanzo a disculparme—. Mi madre a veces pierde el control de las cosas y... terminan ocurriendo situaciones como esta. Lo siento, de verdad.

—Tranquila, tienes una familia muy maja —dice para intentar hacerme sentir mejor.

—No entiendo cómo ha podido pasar esto, que tú acabaras apareciendo en mi casa de repente justo el día que regreso del pueblo.

—Y justo en tu cumpleaños, dirás.

—También —asiento—, ¿por qué..., por qué has decidido venir?

Abre la boca, boqueando, y se rasca la nuca algo nervioso.

—Bueno, verás... Me dejaste plantado hace un mes, y después de no localizarte nunca en el baño, pensé que te había ocurrido algo, así que he intentado pasarme por aquí en varias ocasiones desde hace una semana. Esta es la tercera vez, aunque las otras dos no había pasado más allá de la portería. Hoy la puerta estaba abierta, así que subí.

—Guau —digo, sin saber qué más decir—. Te debo una larga explicación.

—Sí, eso estaría bien. —Se ríe, aunque no de manera jovial.

—Verás, yo...

El tono de un móvil nos interrumpe y, en cuanto me pongo a buscar de dónde proviene el ruido, él contesta. Es su móvil, lo están llamando.

—Perdona, ¿eh? —se disculpa.

Yo le digo que no pasa nada y me aparto un poco para darle privacidad.

Tal vez sea su novia, que se está preocupando porque tarda demasiado en volver a casa con ella.

Mi corazón me traiciona un poco al provocarme ese escalofrío que me recorre entera

ante esa posibilidad.

Thiago es simpático y guapísimo, aparte de una persona estupenda, como ya sabía de antes. Si hace un mes yo hubiera asistido a esa cita..., ¿qué cosas podrían haber pasado entre nosotros dos? Pensar en ello hoy no sirve de nada porque ya no puede pasar nada entre ambos, salvo seguir manteniendo una amistad. He llegado demasiado tarde a su vida.

—Lo siento, me encantaría quedarme, pero tengo que irme —me informa, metiendo las manos en los bolsillos delanteros del pantalón, como si le supiera mal.

Sonríó tímidamente y niego con la cabeza, restándole importancia, como si mis ilusiones no estuvieran chocando como meteoritos contra el suelo.

—Tranquilo, no te preocupes. No pasa nada.

—Me sigues debiendo una explicación —recuerda.

—Claro, en cuanto tengas tiempo, contacta conmigo y hablaremos.

Sonríe a medias y, asintiendo, comienza a alejarse. Me quedo mirando inmóvil su espalda e, igual que en las películas de amor imposible, él se gira una última vez.

—Feliz cumpleaños, Clara. Disfruta de tu día.

Me lanza un guiño que me derrite internamente, pero por fuera guardo la compostura como un soldado de la Guardia Real Inglesa. Se sigue alejando hasta que ya no lo veo, escucho a mi familia de fondo y decido que necesito unos minutos antes de entrar allí.

Como era de esperar, todos me preguntan por qué Thiago se ha ido tan rápido, y en vez de decirles la verdad, les digo que era porque tiene mucho trabajo pendiente. Ya les contaré la verdad en algún momento, algún día, a lo largo del siglo.

Mi padre me pone cara de incredulidad con la historia que les cuento, pero tampoco dice nada. Comemos, soplo las velas mientras me cantan el cumpleaños feliz, tomamos un café, vemos una película todos juntos en el salón con palomitas que ha preparado Santi y luego se marchan, ya que están cansados por el viaje, cosa que mañana repetirán ya que tienen que volver a casa, excepto Santi. Él tiene otro destino.

A las nueve y media de la noche, habiendo cenado algo ligero muy temprano, siento la necesidad de darme una ducha. Es una ducha rápida, sin la compañía habitual que tenía antes y sin sorpresas. Debo confesar que esperaba que él entrara en cualquier momento a su baño y que todo fuera como antes, que conversáramos y riéramos como siempre, pero no ha podido ser.

Antes de salir, oigo que alguien presiona un interruptor.

—¿Clara?

Es él.

Tengo el corazón atorado en la garganta, pero antes de que se me salga por la boca, respiro profundamente.

—¿Sí? —respondo con voz débil.

—Sé que te parecerá algo tarde para esto, pero quiero hablar contigo. No debí irme, pero tenía que hacerlo. Lo siento.

—No te disculpes más, ya me lo dijiste —le recuerdo, repasando el borde del lavamanos con un dedo mientras con la otra mano sujeto la toalla—. Y no pasa nada, ya hablaremos.

—¿Crees que podríamos hablar ahora? —propone de repente.

—¿Ahora? ¿Te refieres a que yo te invite a mi casa para charlar? —pregunto, fuera de lugar.

Con la rapidez con la que se ha marchado de mi casa no me esperaba que ahora quisiera con tanto ahínco hablar conmigo.

—¿Quieres que te explique por qué he desaparecido durante tanto tiempo, no?

—Ajá, pero no hace falta que sea en tu casa si no quieres. Puedes venir a la mía.

Carraspeo casi sin querer, porque sentía que me iba a atragantar con mi propia saliva. ¿Me acaba de invitar a su casa a esta hora? ¿Para charlar? Ay, la virgen. Ni siquiera sé cómo interpretar eso.

—¿A tu casa?

Inmediatamente recuerdo que él ha vuelto con su novia y que por lo tanto ella estará en casa con él. No sé si es buena idea conocerla de esta forma, pero si él me invita, debe de ser porque ella ya está enterada de nuestra peculiar amistad. Además, si yo lo invito a mi casa a esta hora, su novia podría malinterpretar mis intenciones, y prefiero ahorrármelo.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—Mañana salgo de viaje, ¿podría ser ahora mismo?

Ahora mismo. Dios santo. Pensé que no lo diría en serio.

—¿Tantas ganas tienes de saberlo? ¿Realmente es necesario ya?

—Claro que sí, ¿por qué no lo sería? —pregunta.

«¿Porque tú ya tienes novia y debería importarte un pepino la razón por la que yo no tuve esa cita contigo?», digo en mi cabeza.

—Bien, vale.

—¿Eso es un sí? ¿Te espero? —se asegura.

—Sí. ¿Era bajo primero, no?

—Sí.

—Bien, allí estoy en un rato.

Todos en casa están más que fritos. Me guardo las llaves en el bolsillo trasero de los vaqueros y cierro la puerta tras de mí sin hacer mucho ruido. Antes estaba celebrando veintiocho años, ahora voy a hablar con un vecino a las diez de la noche y no precisamente de asuntos de calderas o tuberías. Vamos, un planazo. Toda veintiochoañera que se precie debería probarlo.

—Allá vamos, Clara —me reconforto a mí misma mientras camino por la acera hasta doblar la esquina.

Recuerdo haber estado ya en su edificio antes, para mirar el buzón. Recuerdo también que lo acusé prácticamente de ser un ocupa y que luego salí mal parada a causa de mis nefastas dotes como detective.

Cuando ya estoy frente al edificio, lo contemplo de arriba abajo, apretando los puños para controlar las ganas de dar marcha atrás. Finalmente me acerco a la portería y, después de unos segundos, le echo agallas y aprieto el timbre del bajo primero.

Llevo puesta la camiseta que me compré en el pueblo, la que pone: «¡QUE LAS FUERZAS DE ESTE PUEBLECITO DONDE DIOS PERDIÓ LA CHANCLA TE ACOMPAÑEN!». Ahora vamos a ver de cuánta fuerza se trata.

—¿Sí?

—Hmm... Soy... Soy... Soy Clara, Thiago.

Se supone que debía decir eso, ¿no?

—Sube, Clara —dice, y luego se escucha el sonido de la puerta abriéndose. ¡Que las fuerzas del pueblecito me acompañen!, ¡por Dios, que lo hagan!

Prefiero subir por las escaleras no vaya a ser que la suerte del pueblo sea mala y me deje encerrada diez horas en el ascensor solo por querer subir un piso, ya que es el bajo del edificio. Llego a la susodicha planta y me froto las palmas al ver la puerta entreabierta frente a mí.

—¿Hola? ¿Puedo pasar? —pregunto, empujando poco a poco la puerta para acabar de abrirla.

Oigo pasos y al segundo veo a Thiago viniendo hacia mí por un pasillo. Lo poco que llevo visto del piso me parece superencantador, pero no he venido aquí a ver lo mona que es su casa.

—Pasa, pasa —dice cordialmente.

—Gracias.

Él cierra la puerta tras de mí, y siento cómo el aire se carga y casi se vuelve incómodo.

—Bueno... —Choco levemente los pies, un poco nerviosa.

—Clara —me interrumpe.

Lo miro a los ojos con desconcierto. El tono que ha usado para interrumpirme me ha puesto en alerta. No le quito ojo, a la espera de que diga algo más, preguntándole con la mirada qué es lo que pasa.

Muy aparte de eso, otra parte de mí se queda prendada por el bonito tono de azul que tienen sus ojos.

—Sí, dime, ¿qué pasa?

—Hay algo que debes saber... —dice, tanteando el terreno para soltarme una que creo que es gorda.

Es gay. Ay, santo Jesús, que nos ha salido gay. Ay, por Dios... Ay, por Dios... ¡Clara, Clara, Clara! ¡Qué tonta! Te gusta un chico al que no le gustan las chicas. Espera, entonces..., ¿su novia? ¿Y las cosas que hacían en el baño? Pero ¿qué...?

¡Que el mundo pare que yo me bajo!

—El... el... ¿el qué? —balbuceo.

Él estira un brazo indicándome que siga andando. Lo hago. Camino hasta su salón de forma robótica y ni me paro a contemplar lo moderna que es la casa cada vez que voy adentrándome más.

—Verás... —comienza a decirme y yo me vuelvo para mirarlo de frente.

Juro por todos los santos habidos y por haber que está a punto de darme un patatús por la incertidumbre de no saber qué pasa y qué es lo que me quiere decir.

—Clara...

Me llama otra voz y doy un respingo. Me doy la vuelta y veo a otro Thiago. ¡Hay dos! ¡Hay dos, madre santa de la virgen María!

Los miro a ambos, como si fuera una ilusión óptica, y luego reparo en el segundo. Este tiene varias diferencias. Remarco: varias diferencias. La primera: lleva tatuajes. La segunda: parece mucho más bajo, pero mucho más bajo. La tercera: parece más bajo porque está sentado en una silla de ruedas.

Repito: ¡QUE PAREN EL MUNDO QUE YO ME BAJO!

—Qué... qué... pero... qué... —comienzo a balbucear sin dejar de mirar a Thiago 1 y Thiago 2 en silla de ruedas—. ¿Qué... qué está pasando aquí? ¿Tienes un gemelo, Thiago? —pregunto al Thiago número 1. Él niega con la cabeza.

—No soy Thiago. Soy Thaddeus, el hermano gemelo de Thiago. Él es Thiago —me explica, señalando al chico en silla de ruedas.

Abro los ojos como nunca en mi vida lo he hecho y voy girando el cuello lentamente hasta ver al chico de ojos azules, pelo negro, tatuado, segunda versión posible para el papel del Hombre de Acero e increíblemente guapo que está sentado en esa silla de ruedas. ¿Él es Thiago? ¿Mi Thiago? ¿Por qué siento que el corazón se me está haciendo trizas ahora mismo? ¿Por qué siento que mi cerebro está rodando por mis pies justo en este preciso momento?

—Thi... ¿Thiago? —pregunto casi sin voz y con los ojos ardiendo, las lágrimas a punto de saltárseme.

—Hola, Clara.

Me sonrío. No sé si es porque tengo el cerebro a la altura de los pies, pero creo que su voz se escucha diferente en persona. En un primer momento me pareció que la voz de Thaddeus, el que puede caminar, era la misma que la que había escuchado siempre por la ventana, pero ahora creo que estoy completamente confundida.

Una puerta se abre de golpe y aparece una chica bastante arreglada y dispuesta a salir, por lo que se ve. Ella nos mira a todos y repara en mí, sobre todo en mis ojos casi llorosos, y luego se dirige a los dos hermanos:

—Pero ¿qué pasa aquí? —pregunta, tan sorprendida como yo, aunque creo que ella está sorprendida por ver a una extraña en su casa.

Al parecer, todos en esta casa estamos jugando al Quién es quién. Para empezar, no sé quién es la chica morena de ojos verdes que tengo delante, ni estoy segura de saber cuál de los hermanos es Thiago. Ella no sabe quién soy yo y parece que tampoco se aclara sobre quién es quién de los dos hermanos. ¡Vamos, un completo lío!

—¿Qué pasa aquí? —repite la pregunta, sin dejar de mirarnos, sobre todo a mí.

El colapso en mí se hace evidente cuando no puedo controlar más las lágrimas y rompo a llorar de manera desconsolada. Aparte de sentirme confundida, me siento triste al descubrir la realidad de Thiago de ese modo, y que él nunca me lo dijera, después de creer que éramos buenos amigos.

—Yo... Yo... Yo no sabía que tú..., que tú, Thiago... —balbuceo entre sollozos, como si tuviera espumarajos en la boca.

Dudo que alguno de los tres esté entendiendo algo de lo que digo, sobre todo la chica, porque no para de arrugar la frente.

—Pero ¿qué te pasa, cariño? —me dice, caminando hacia mí con los brazos abiertos para consolarme, como si me conociera de toda la vida.

—E... e... es que yo... Yo... Él... Él nunca me dijo que... —No puedo terminar la frase porque no paro de llorar y sollozar.

Pensé que teníamos confianza el uno con el otro, ¿por qué nunca me dijo que estaba en silla de ruedas? ¿Por qué me lo ocultó? ¡Eso era algo importante, joder!

—Claudia, cariño, ella... —comienza a decirle Thaddeus, el chico que puede caminar de los dos. Ella se aparta un poco de mí y lo mira con el ceño fruncido.

—¿Me acabas de llamar cariño? ¿Qué te pasa? —le suelta.

Su frente se arruga más cuando mira a Thiago. Observa la silla con aturdimiento y se tapa la cara.

—Pero ¿qué narices estáis haciendo con...?

Thaddeus le tapa la boca antes de que acabe de hablar y entonces llega mi turno de arrugar la frente, confundida. Y vuelta a lo mismo; a no entender ni jota. ¿Qué está pasando, por Dios?

—Pero ¿qué haces? Suéltame... —chilla ella, apartándose de él—. A ver, primero: ni se te ocurra volver a hacer eso —advierte a Thaddeus—. Segundo...

Sacude la cabeza como si no entendiera nada y abre los brazos señalando alrededor. Si me mirara al espejo, diría que ahora mismo ambas tenemos la misma cara de no entender nada.

—¿Qué está pasando aquí?

Mira al chico lleno de tatuajes, pelo negro, ojos azules, segunda versión posible del Hombre de Acero que está sentado en una silla de ruedas, y arruga más la cara.

—¿Thaddeus? —dice, sin más.

¿Thaddeus? Yo también lo miro con la frente muy, muy, muy arrugada, tanto que si la llego a arrugar más, me desaparece de la cara. Él traga ostensiblemente. ¿Qué narices...? ¿Por qué ella acaba de llamar Thaddeus al chico que está en la silla de ruedas? ¿Quién se supone que es Thiago?

Dejo de mirarlo a él para mirarla a ella.

—Él es Thiago —digo, muy segura de lo que me han dicho. Ella me mira confusa y niega con la cabeza.

—No, él es Thaddeus —dice, refiriéndose al mismo chico que yo, al que está lleno de tatuajes y sentado.

Yo acentúo aún más mi expresión y coloco las manos en la cintura.

—Él es Thiago —repito.

Ella imita mi gesto.

—¡Que no, mujer, él es Thaddeus! —Y dale que dale.

Señalo al chico que sí puede caminar y digo:

—Él es Thaddeus. —Señalo al chico en silla de ruedas y añado—: Él es Thiago, mi amigo.

Ella los mira a los dos y luego a mí. Abre la boca lentamente y los fulmina a ambos, como si hubiera acabado de entender algo que yo aún no alcanzo a comprender. Todos juegan con ventaja.

—¡Seréis cabrones, pedazo de inmaduros! —exclama la chica de la nada.

Veo que el chico de la silla de ruedas mira a su gemelo frunciendo los labios como si se aguantara una carcajada. Entonces me detengo unos segundos y reparo en él. Siempre se duchaba puntual y nunca tardó todo lo que una persona en silla de ruedas tardaría en darse una ducha, y no creo que en el mes que no hemos hablado se haya quedado en una silla de ruedas. Y, aunque eso pudiera ser posible, él es abogado, ¿qué abogado lleno de tatuajes está hasta arriba de trabajo como lo estaba Thiago? No lo digo por prejuicios propios, hablo de los prejuicios de la sociedad. No mucha gente está dispuesta a poner casos importantes en las manos tatuadas de un abogado lleno de tinta.

Miro al chico que está de pie, limpio de tatuajes y tragándose una sonrisita de maldad lo mejor que puede.

—¿Me has engañado? —pregunto, incrédula.

Al segundo, ambos se doblan y comienzan a partirse de la risa. Abro la boca,

confusa, y miro a la chica. Ella pone los ojos en blanco y resopla.

—Cariño, creo que los hermanos T acaban de gastarte una broma pesada —me informa.

Yo, aún incrédula ante lo que está pasando, los miro a ambos.

—¿En serio? ¿Esto ha sido una broma? ¿Ha sido una puñetera broma todo el rato? ¿Y habéis tenido tanta sangre fría, hasta el punto de haberme hecho llorar?

El supuesto Thiago en silla de ruedas se levanta sin dejar de reír y toca mi hombro.

—Lo siento, de verdad —se disculpa. Yo, furiosa, le aparto la mano de mi hombro. No dice nada ante mi gesto y señala a su gemelo—. Él es Thiago, yo soy Thaddeus y, como puedes ver, los dos podemos caminar perfectamente.

Mis ojos son dos lanzallamas y apunto a Thiago, al verdadero, al que se está riendo ahora mismo, al que fue a mi casa y se hizo pasar por mi novio delante de mi familia. Tengo tantas ganas de estrangularlo que pueden conmigo.

—¡Serás...!

Avanzo hacia él amenazadoramente y, antes de pensar en propinarle un puñetazo en alguna parte de su cuerpo, me muerdo el labio inferior y gruño. Él me mira e intenta dejar de reír.

—Lo siento, pero me debías esto, Clara —dice, y mi mandíbula choca contra el suelo de su casa.

—¿Qué, qué, perdona? —salto.

Se yergue, ya que estaba riendo con las manos apoyadas en las rodillas, y vuelve a ser más alto que yo. Doy un paso atrás, pero mantengo mi postura de «no me toques que muerdo». ¡Estoy que echo humo!

—Me dejaste plantado, te fuiste un mes y me tenías hablando con tu maldito váter. Pensé que te habías ido con el imbécil de tu ex otra vez, me hiciste pensar mil cosas, ¡joder, Clara, esto me lo debías! —dice, y escucho cómo la risa de su hermano aumenta.

—¿Eres Clara? —me pregunta la chica, la miro y relajo mi postura tensa porque con ella no estoy enfadada, así que no hace falta que le ponga cara de perro con pulgas.

—Sí, soy Clara.

Apenas lo digo, ella sonrío y me abraza sin aviso previo.

—¡Clara, por fin! ¡Yo soy Claudia, la prometida de Thaddeus! ¡Llevo queriendo conocerte desde que llegué aquí!

¿Qué, qué? ¿Conocerme?

De nuevo, y para variar, no sé qué está pasando a mi alrededor. Mejor sería que me sentara en el sofá y me pasaran un documental. Terminaríamos antes.

—¿Qué? —verbalizo la pregunta que no paro de repetir internamente.

Me señalo, confusa. Muy confusa. Extremadamente confusa.

—¿A mí? ¿Me querías conocer a... a mí?

Ella da un paso atrás y asiente como un muñequito de esos que mueven la cabeza de manera constante cuando le das un golpecito leve.

—Sí, a ti. Thiago me habló de ti. Hace un mes lo ayudé con...

Se queda callada de repente. Miro sobre mi hombro y veo a Thiago haciendo señas para que no me diga nada más.

—¿Lo ayudaste con qué? —insisto. Ella sacude la cabeza y me vuelve a mirar.

—Pues con la cita. Será lo que sea y tendrá labia y toda esa palabrería, pero no se acordaba ni de cómo se decía «Hola» en español.

El otro gemelo, el tatuado, Thaddeus, asiente dándole la razón a Claudia.

—Yo... Yo no acudí a esa cita —confieso, cabizbaja y sintiéndome muy culpable de nuevo.

—Lo sabemos —responden ambos, Claudia y Thaddeus.

—¿No teníais que irnos a alguna parte o algo así? —dice Thiago de repente detrás de mí.

Ellos se miran, Thaddeus cabecea hacia alguna parte y ella asiente; supongo que están hablando en algún tipo de código secreto. Intenté establecer algo así mil veces con Áxel, pero el tío era más muermo que... ¡Ay, ese tío era retrasado mental y ya está! ¡Ni muermo ni nada! ¡Retrasado mental!

Espera... ¿A qué viene ahora sacar a relucir a Áxel?

—Tiene razón, tenemos que irnos —dice Claudia, frotándose un brazo—. Cuando vuelva charlamos, ¿vale? En serio, tenía ganas de conocerte. Me han dicho que eres divertida, y yo necesito una tía en esta familia con la que charlar de cosas de chicas. ¡Aquí son todos tíos!

Yo abro la boca para decirle que yo no pinto nada en esta casa y menos en esta familia, pero ella es más rápida y me abraza. Me abraza como si el hecho de haberle

dicho que yo soy la tal Clara de la que Thiago le habló hace que me quiera. No entiendo lo que piensa esta chica de mí, pero creo que está confundida.

Es gracioso esto. Estoy segura de que ni Dios ni Satanás saben qué puñetas pasa aquí.

—Adiós, Clara. Por cierto, ¡tu camiseta es una chulada! —dice, acercándose a Thaddeus para cogerlo de la mano. Me da la espalda y, antes de llegar muy lejos, se vuelve a dar la vuelta y señala a Thaddeus y luego a ella misma antes de añadir:

—Thaddeus y Claudia. —Señala a Thiago y luego a mí—. Thiago y Clara.

Sonríe, y Thaddeus pone los ojos en blanco.

—¡Aiiiiiiiiissssss, combinan! ¡Me gustas cada vez más!

—Claudia, vale ya —le dicen ambos hermanos al mismo tiempo.

—Adiós, Clara. Y lo siento, de verdad —se disculpa Thaddeus, creo que con una cara sinceramente arrepentida, pero qué sabré yo. Luego señala a su hermano y se encoge de hombros—. Si lo matas, no importa. La versión que vale la pena siempre he sido yo.

Después de eso y de que Claudia se ría dándole un manotazo, desaparecen por el pasillo. Yo me quedo más confusa que antes y empiezo a darme la vuelta poco a poco para mirar a Thiago.

—¿Quieres que...?

—¡No! —espeto, levantando una mano e interrumpiéndolo antes de dejarlo acabar.

—¿Dónde está el baño? —pregunto.

Él señala el pasillo. Echo a andar abriendo puerta tras puerta. Lo primero es la cocina. Es una cucada de cocina, ojalá yo tuviera una así. Lo segundo es un despacho: se nota que Thiago es abogado. La tercera puerta da a una habitación tan oscura que no puedo ver nada. La cuarta da al baño por fin y me meto dando un portazo. Estoy a oscuras, así que comienzo a acariciar la pared para encontrar la luz.

—¿Clara? —me llama Thiago.

—Necesito un minuto para calmarme, gracias.

—¿Qué? Pero... Pero si estás en el baño. ¿No prefieres venir a sentarte en el sofá?

—El sofá no tiene un agujero donde liberar el contenido de tu vejiga, ¿o el tuyo sí? Suelta una carcajada estruendosa.

—Está bien, te espero en el salón. Intenta no escaparte por la ventana —se burla.

Me he lavado las manos ya tres veces solo para no salir a dar la cara. Qué poderoso puede llegar a ser mi instinto gallina, ¿eh? Me mantiene encerrada en un baño que no es el mío, sin dejar de presionar el dispensador del jabón porque me quiero mantener ocupada. Pero seguir resistiéndome a salir es de tontos, sabiendo que por fuerza en algún momento lo tendré que hacer.

Me acabo de secar las manos contra los muslos y abro la puerta para asomarme y comprobar si sigue ahí. Pues no, no está. Avanzo por el pasillo acariciando la pared con un dedo mientras. Está sentado en el borde del sofá, con las piernas abiertas y los codos apoyados en las rodillas; la tele está encendida, pero casi insonorizada.

Me apoyo en una de las sillas que hay alrededor de la mesa del comedor y resoplo como diciendo: «Hale, ya estoy».

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto después de unos segundos en silencio.

—¿El qué? —Me mira.

—La broma. —Lo miro también como diciendo: «¿Qué otra cosa, si no?»—. ¿Por qué me has gastado una broma tan pesada? ¿Tienes problemas para superar la infancia y madurar? Soy psicóloga infantil, puedes contármelo... —Hago un intento por bromear, pero no me sale muy bien.

Creo que se ríe o tose, no estoy muy segura de qué ha sido eso.

Mueve una mano indicándome que tome asiento en el sofá, pero niego con la cabeza. Entonces señala la silla en la que estoy apoyada. La arrastro hacia atrás y me siento en el borde, como él.

—Ya te lo he dicho. —Sonríe—. Mi álter ego no me dejaría en paz jamás. —Se ríe él solo—. Me la debías.

Como si fuera lo más ilógico que hubiera escuchado en mi vida, enarco una ceja en su dirección.

—¿Solo por dejarte plantado?

—Y por abandonarme un mes. ¿Acaso te parece poco?

—No pude avisarte.

No pude, mi madre me secuestró prácticamente. Pero eso es algo que no le voy a decir, o se reirá de mí aún más de lo que lo ha estado haciendo hasta ahora.

—Podías haber acudido a la cita y decirme que te ibas.

—No pude ir, Thiago. Créeme.

—Bueno, lo que sea. Igualmente ya no estoy enfadado contigo —dice, y se queda tan pancho.

—¡Claro que no! La bromita ya ha sido suficiente para estar en paz.

Miro hacia otra parte en ese breve momento de silencio que se ha abierto entre los dos. Thaddeus se ha debido de llevar la silla de ruedas cuando ha bajado, porque ya no la veo donde estaba.

—¿De quién era la silla de ruedas? —le pregunto, ahuyentando un silencio incómodo.

—No lo sé. Volvía de tu casa y la vi en la portería, supongo que ahora mismo alguien la estará buscando.

Me muerdo el labio para no reírme, pero fracaso en el intento, al igual que él.

Dios santo, está muy mal reírse de esto. Pobre del que la haya estado buscando.

—¿Y Thaddeus?

—El tonto que no sabía de qué iba la cosa y se separó, ¿qué pasa con él?

Me quedo un rato callada, con el ceño levemente fruncido mientras mi cerebro procesa sus palabras e intenta entenderlas. Finalmente, estallo en risas cuando lo entiendo.

Thiago sonríe satisfecho cuando ve que he descifrado su retorcido chiste.

—Muy poca gente lo pillá —agrega.

—Fuera bromas ya —ruego, secándome una lagrimilla que se me ha escapado—. ¿Por qué te ayudó con la broma? ¿Qué le he hecho yo a él?

—Nada, simplemente lleva ayudándome en todo desde hace veintiocho años. Se lo pedí y accedió.

El corazón se me entenece.

—Qué bonito —digo para mis adentros con voz acaramelada.

—Ya —asiente Thiago, burlón, mirándome con una ceja más alta que la otra.

No era consciente de que acababa de verbalizar ese pensamiento.

—¿Y Claudia? —pregunto rápidamente para tapar mi pequeño bochorno.

—Ella es la chica a la que logró convencer de que valía la pena estar toda una vida a su lado. —Se ríe, y yo, aunque me resisto, acabo haciéndolo también.

—O sea, que sí son pareja.

—Sí, llevan diez años juntos. Han roto más veces de las que puedas contar con mis dedos y los tuyos juntos, pero bueno, ahí van.

—Eso es... bonito —asiento, mirando a lo lejos una foto enmarcada.

—Ya, ya. Nada deja de parecerte bonito, Clara.

Paso por completo de su comentario y sigo haciendo preguntas con las manos entrelazadas y atrapadas entre las piernas.

—¿Por qué dijo ella que aquí erais todos tíos? ¿Tienes más hermanos?

Niega con la cabeza y sigue mi línea de visión hasta dar en el punto que me mantiene atrapada.

—No, pero mis padres están divorciados y mi madre vive en Japón con su pareja. El único con el que nos vemos a menudo es con mi padre, por eso dice que todos somos tíos.

—¿Y con tu exnovia? Ella era chica, ¿verdad?

Lo oigo reírse entre dientes y entonces lo miro.

—Sí, pero nunca se cayeron bien. Claudia siempre pensó que ella me manipulaba.

—Oh —murmuro—. Parece que Claudia os quiere muchísimo.

Suspira mirando al suelo y luego se humedece los labios con la lengua.

—Ella solo tiene a Thaddeus. Bueno, solo nos tiene a los tres. A Thaddeus, a mi padre y a mí. Sus padres murieron en un accidente con su hermana hace muchos años.

Abro la boca, sorprendida y abrumada. No me esperaba para nada esta confesión.

—¡Dios santo, pobre mujer! ¡Qué mal! —Me tapo la boca, pensando en lo difícil y duro que debe de ser sufrir una desgracia de esa magnitud.

—Lo sé. Lo bueno es que ahora tendrá a otra persona que la quiera —me dice sonriendo.

No capto si debo sentirme aludida o no, pero no creo que se esté refiriendo a mí. No porque no esté dispuesta a ser su amiga y a crear lazos con ella, sino porque su cara de felicidad repentina al decir eso lo delata.

—¿Quién?

—Están embarazados. O eso es lo que me han dicho —me suelta así, sin más, y abro la boca todo lo que puedo. Suelto un pequeño chillido y aplaudo como una lela.

—¿Ella está embarazada? —pregunto, muy contenta, como si se tratara de una de mis amigas de toda la vida.

—Eso espero, como el embarazado sea mi hermano tenemos un pequeño problema.

Me echo a reír.

—Eso es genial —digo—. Enhorabuena, vas a ser tío.

—Gracias...

Otro silencio incómodo amenaza con aparecer y carraspeo mirando alrededor. Tiene una casa muy bien decorada, me gusta.

—¿De verdad..., de verdad creíste que había vuelto con Áxel en todo ese tiempo que desaparecí? —pregunto, recordando que antes me confesó que había llegado a pensar eso.

Se me queda mirando fijamente durante unos segundos hasta rascarse la barbilla y asentir.

—Pues sí. ¿Has vuelto con él? —pregunta, fingiendo cara de horrorizado.

Me río.

—No, no, para nada.

—Perfecto. Una preguntita de nada, ¿tienes cámaras en tu baño?

Lo miro alarmada.

—No, ¿por qué?

—Mejor. —Se ríe—. Por nada, simplemente porque sería vergonzoso que vieras las grabaciones y me escucharas hablando solo.

Ambos nos reímos.

—Y... ¿se fue, sin más? —pregunta Thaddeus, con cara de Neandertal. Nunca he visto uno, pero me apostaría una cerveza a que tenían el mismo aspecto que él ahora mismo.

Asiento.

—Joder, Thiago. Tú pierdes chicas más rápido que las llaves de casa.

Lo fulmino con la mirada y él se encoge de hombros.

—Eso no me ayuda. Sobre todo porque nunca pierdo las llaves.

Se echa a reír.

—Entonces tu problema con las pérdidas solo se basa en las chicas.

—Eso no es cierto. Mantuve a una durante seis años.

El golpe de algo se oye desde la cocina y ambos miramos. Claudia entra y sale desaforada como si estuviera peleando con el monstruo de alguna película de terror allí dentro.

—O sea, solo uno, Thiago, solo te pido un favor en la vida, y es que mantengas a una chica en casa solo unas horas hasta que yo vuelva, y lo que haces es dejar que se vaya —me recrimina Claudia a todo pulmón desde la cocina.

Thaddeus se ríe de mí, dejando claro con ello que voy a recibir una regañina, como si yo fuera un chiquillo de seis años y hubiera roto el jarrón de su madre. Claudia tarda en aparecer en el salón, pero cuando lo hace trae cara de pocos amigos.

Miro su vientre y lo señalo.

—Enfadarse es malo para el bebé.

—¿Se puede saber por qué se fue? —pregunta, inquisitiva, haciendo caso omiso a mi recomendación.

—No lo sé, solo dijo que tenía que irse. No la iba a secuestrar en casa, Claudia.

Ella me atraviesa con la mirada.

—Pero... pero... ¿has esperado tanto tiempo para conocerla y luego dejarla ir? O sea, no es que sea tu ex o cualquier otra chica. ¡Es Clara!

Arrugo la frente.

No es que le vea la diferencia. ¿Qué tiene Clara que la haga especial?

—No me mires así, porque sabes que ella es especial para ti —dice.

Arrugo aún más la frente y niego con la cabeza.

—Aterriza, Claudia. No es más que mi vecina. —Me encojo de hombros—. Solo se trata de amistad... Es divertida, me cae bien, pero eso es todo. No es como si nos hubiéramos enamorado a través de la ventana del baño.

Suelto una risita socarrona, burlándome de la tontería que acabo de decir, y Thaddeus me mira como si acabara de darle al botón de autodestrucción de la bomba más grande del mundo.

—¿Cómo qué no, pedazo de ciego? ¿Acaso te crees que yo iba a querer conocer a cualquier tipeja de la que me hablaras? —pregunta Claudia retóricamente—. No. Sabes perfectamente que nunca me cayó bien tu ex. En cambio, cuando llegué aquí solo me hablaste de una chica, de la condenada vecina de tu baño y, para serte sincera, tenía pensado llamar a un psicólogo, pero no lo hice. ¿Y sabes por qué? Porque descubrí que esa chica te interesaba, te gustaba.

Thaddeus se levanta del sofá, donde se había sentado segundos antes, y poco a poco se va alejando, en previsión de cualquier reacción contra él.

—¿Qué...? —comienzo a decir, pero me interrumpo a mí mismo riendo—. Claudia, ¿cómo me iba a gustar Clara si nunca la había visto? ¿Tú oyes lo absurdo que...?

Da un paso hacia delante y me tapa la boca.

—¿Es que no lo ves?

Su voz tiembla. Me está mirando con esos ojitos de gatito recién nacido. Oh, no. Ay, no, joder. Va a llorar. Va a llorar la muy lista. Porque eso es lo que es: lista. Sabe que cuando llora me ablanda, como a Thaddeus cuando le sonrío.

—¿Es que no te has dado cuenta? —pregunta, quitándome a la vez la mano de la boca—. Cada cosa que me has contado de ella, cada descripción de su voz, su personalidad, su risa, cada rasgo que me diste. Thiago, ¿acaso no te das cuenta? Te gusta como es Clara, no lo que ves de Clara.

Parpadea para controlar el agua que se acaba de reunir en sus ojos y me abraza.

—Te quiero como el hermano que nunca tuve y te conozco bien, porque eres mi familia. Sé lo que siempre has buscado en una mujer y sabía perfectamente que tu ex no tenía nada de lo que tú necesitabas.

Se aparta para mirarme. La línea del recorrido de una lágrima ha quedado dibujada sobre su mejilla izquierda.

—A veces no se necesitan los ojos para encontrar el amor. —Se aparta y se limpia las lágrimas antes de añadir—: Y eso tú lo sabes mejor que nadie, Thiago.

Me siento tentado de poner los ojos en blanco. Ella y todas esas frases cursis de sus libros... Pero, como sé que se va a enfadar si lo hago, me resisto y simplemente la abrazo.

—Son casi las dos de la madrugada, ¿de verdad creías que la iba a retener aquí durante todo este tiempo?

Claudia niega con la cabeza.

—No, retenerla no. Tenía la esperanza de volver y encontraros partiéndoos de la risa, como me contaste que hacíais cuando hablabais en el baño. Esperaba que no quisiera irse, no que charlara y tomara algo contigo y luego se fuera corriendo.

Le sonrío a medias y le remuevo un poco el pelo.

—Creo que me dijo algo de que Cenicienta era su prima... no estoy seguro.

Claudia me propina un puñetazo juguetón en el costado y se aleja llamándome idiota. Thaddeus aparece en el plano encogiéndose de hombros como si dijera con el gesto: «¿Qué quieres que haga? Ella tiene razón. Eres idiota».

O quizá eso es lo que me estoy diciendo a mí mismo.

«¿Sabes cuántos nutrientes contiene la pasta de dientes? Cero. Así que, nunca, nunca de los nunca que nunca ha habido te tragues la pasta de dientes. ¡Nunca, ¿me oyes, Clara?! ¡Nunca vuelvas a tragarte la maldita pasta de dientes! ¡Ni siquiera cuando oigas los inesperados “Buenos días, Clara” de Thiago! ¿Está claro, Clara?», me chilla mi propia conciencia mientras yo intento no morir ahogada en mi propio baño por ingesta de pasta de dientes.

—¿Estás... estás bien? ¿Llamo a urgencias? —pregunta él. Yo sigo escupiendo en el lavamanos la pasta que me he tragado—. Pensé que ya te habrías acostumbrado. No sé, llevamos con esto siglos.

Abro el grifo y me enjuago la boca.

—Quizá... —Toso—. Quizá a las nueve en punto de la noche, no a las seis de la mañana mientras me lavo los dientes.

Se ríe.

—¿Eso que noto es... enfado? Porque, sinceramente, me encantaría saber por qué estás enfadada, yo no fui quien te echó antes de ayer de mi casa deprisa y corriendo.

Me quedo callada y me miro al espejo sin dejar de pensar en la forma apresurada en que decidí irme de su casa. Después de llegar a la mía, me bebí el café de la compasión y me despedí del sueño; solo pude revisar y revisar el trabajo acumulado que tenía. Y, bueno, ¿para qué negarlo? También pensé en que los ojos de Thiago eran de un azul realmente favorecedor.

—No, no estoy enfadada. Esta es mi voz por las mañanas —miento un poquito.

No es que esté enfadada con él, sino conmigo misma por haber hecho caso de mis impulsos y haberme ido de esa forma tan repentina, que no era para nada necesaria.

Con voz muy baja le escucho decir: «Ya, claro».

—Ya, ¿y la voz de enfadada cuál es?

—Oye, ¿tú no tenías que viajar hoy? ¿Por qué no intentas prepararte para el viaje y descansar un poco?

—Solo fue una excusa para que vinieras antes de ayer. —Se ríe—. No tengo ningún

viaje.

Me quedo callada, negando con la cabeza y apretándome el puente de la nariz.

—Menudo tío estás hecho, Thiago.

—¿Cómo se supone que me tengo que tomar eso?

Inspiro fuerte por la nariz y luego libero el aire por la boca.

—Thiago, tengo que ir a trabajar. Que tengas un buen día —digo, más cortante de lo que esperaba sonar.

—Clara, solo una pregunta.

—Dime.

—¿No te da la sensación de estar actuando de una manera un poco cobarde e infantil?

Me miro al espejo y deajo caer los hombros.

Sí, yo también me he dado cuenta de que he estado evitándolo ilógicamente.

Resoplo.

—¿Siempre has sido así o esto solo te ha pasado conmigo? —añade.

—No, no... No sé por qué he actuado así, y lo siento, de verdad. No es algo habitual en mí...

Quiero seguir disculpándome, pero él se adelanta.

—Bien, no pasa nada, hay mil formas de volver a empezar. ¿Te apetece volver a salir hoy, después de trabajar?

Anteayer hice caso a mis impulsos y, sin pensármelo dos veces, decidí que tenía que irme de su casa cuando las cosas estaban muy animadas, cuando estábamos manteniendo una conversación superficial que por momentos se volvía profunda, pero que en ningún momento llegó a ser incómoda. Lo cierto es que me intimidó la posibilidad de que pudiéramos llevar aquello a algo más, así que decidí prevenir. En ese momento solo pensé en que acabábamos de iniciar una buena amistad y que ambos hacía un tiempo habíamos terminado dos relaciones de años. Dar un paso en falso, crear malentendidos, me pareció una malísima idea. Era tarde y yo hice bien en volver a casa.

Mi primera respuesta ante su pregunta es un sonoro sí, de modo que no espero más y acepto.

—Me parece un buen plan, sí.

—Genial. ¿Conoces el bar Las tapitas de Pancho? Está a...

—A dos manzanas, sí.

—Vale, ¿te parece bien ahí?

—Sí, estaré allí a las siete.

—Por mí, fantástico.

—Bueno, ahora sí tengo que irme o llegaré tarde.

—Claro, ¡ten un buen día!

Sonríó tan exageradamente que parece que mis labios amenazan con salirse de mi cara.

—Gracias. Igualmente, Thiago.

Me hago una coleta alta, me abrocho los vaqueros y aliso las arrugas de mi camisa holgada verde-agua de Mango. Es mi favorita, todo sea dicho. Me pongo algo de crema hidratante, nada de maquillaje, excepto la máscara de pestañas y el protector labial. Finalmente, miro la hora en mi reloj de pulsera. Ya son las siete menos diez y solo tengo que coger las llaves para salir. Llevo un par de billetes en un bolsillo y el móvil en otro.

Recorro en menos de siete minutos el par de manzanas que hay hasta llegar a Las tapitas de Pancho y, desde fuera, detrás de las puertas de cristal, miro cada rincón del establecimiento asegurándome de que el Hombre de Acero no ha llegado antes que yo.

En efecto, no está allí.

—¿Qué tal, Pancho? —saludo con un movimiento de cabeza al tomar asiento en la barra y dejar el móvil sobre ella.

Él está secando un plato de aperitivos cuando saluda en mi dirección.

—¿Quieres que te ponga un café?

Niego con la cabeza y con dos dedos le indico la cantidad de agua que quiero que me ponga. Lo hace y se va a atender al señor que acaba de llamarlo entre risas.

Pasan los primeros quince minutos, y aunque intento entretenerme cotilleando en el móvil, mi pierna derecha ya ha comenzado a saltar nerviosamente. Mi cuello de vez en cuando se da la vuelta para mirar a la puerta y comprobar que nadie está a punto de entrar.

«Se le habrá hecho un poco tarde. No desesperes, Clara, por Dios», me digo a mí misma levantando un dedo en dirección a la mujer de Pancho para pedir.

¿La espera realmente sienta así de mal? Porque ahora mismo quiero darme con una sartén en la cabeza. Yo lo dejé plantado a él, normal que se enfadara y más tarde me lo hiciera pagar de la manera en que lo hizo.

Llevo cuarenta y cinco minutos sentada en la barra y sigo sin ver a Thiago asomar la nariz por aquí. Me duele el cuello de darme la vuelta cada vez que escucho a alguien abriendo la puerta.

—Pancho, otra, porfa —pido.

El hombre regordete que está detrás de la barra apoyado en los codos me mira con desdén.

—Llevas tres cervecitas, Clara. Y has ido tres veces al baño. Mejor sigue esperando con agua.

Lo fulmino con la mirada por su atrevimiento.

Está bien, yo a veces me he divertido a su costa, riéndome de su notable caída de cabello y sus entradas, pero él también ha contraatacado metiéndose con mi color de pelo, entre otras cosas. Esta vez yo no le he hecho nada.

—Ponme otra, por favor. Y deja de acosar a tus clientes —bufo.

—Vamos, ni siquiera te gusta el sabor de la cerveza —me recuerda.

Levanto la botella de cristal vacía.

—¡Otra, vamos, vamos! —lo apremio.

Me llama algo entre dientes, seguro que «zanahoria» y algún que otro adjetivo malsonante, y finalmente me coloca otra cerveza delante.

Pasan diez minutos más y sé que él no va a aparecer, así que pido la quinta cerveza. Quizá si me emborracho, ya no recuerde la tremenda humillación que siento. Los minutos pasan y pasan hasta que Pancho vuelve a estar delante de mí.

—¿Cómo has dicho que era el tal Thiago? —pregunta, descansando su peso sobre un codo apoyado en la barra.

—Alto, guapo, con el pelo negro y ojos azules.

—Ya, si me sonaba a mí. Es un tío muy alegre cuando se deja ver por aquí.

Me encojo de hombros acabándome lo que me queda de la última cerveza que ha caído en mis manos hace un rato y comprobando una vez más la hora en la pantalla del móvil y en el reloj.

—Y, por cierto... —Se inclina un poco hacia mí como si me fuera a confesar un secreto que nadie más puede oír. Yo me echo un poco hacia delante, poniéndole la oreja para oírlo mejor—. Acaba de entrar.

No he escuchado nada de lo último que me ha dicho, solo soy consciente de que me aparto y suelto una carcajada dando algunos golpes en la barra.

Al parecer, el alcohol ya ha encontrado la torre de control de Clara.

—¡Quién es ese hombre, que me mira y me desnudaaaaaa...! —canto a todo pulmón, dándolo todo.

No me acuerdo demasiado bien de la letra de la canción de *Pasión de calamares*. Realmente no estoy segura de que fuera así el nombre, pero bueno, ahí vamos. La gente parece que se divierte y yo también quiero divertirme.

—Clara, baja de la barra. Mañana te arrepentirás de esto. —Oigo que dice el chico que se parece al Hombre de Acero, y le guiño un ojo.

—¡Ni una sola palabra, ni besos ni miradas apasionadas, ni rastro de los besos que antes me dabas... hasta el amanecer, eh, eh, eh!

Me hago con el bote de la pimienta y lo aferro entre mis manos. No recuerdo la última canción que estaba cantando, así que vuelvo a la de *Pasión de calamares*.

—¡Una fiera inquieta, que me da mil vueltas y... que... no recuerdo lo que viene despuééééés!

Todos se ríen y aplauden. Yo, por mi parte, comienzo a agitar un brazo en el aire.

—Clara, por favor —dice el tipo de antes. Lo miro y arrugo la frente.

—Señoras y señores, les presento a mi calamar. Le falta el caballito, quitarse la camiseta y llevar un sombrero de vaquero, pero bueno, me sirve igual.

Alguien grita algo así como «¡Es gavilán, no calamar, mujer!», y todos los allí presentes ríen más cuando señalo a Ti... ¿Cómo se llama? Estoy segura de que comenzaba por Ti. ¿Tirado? ¿Timado? ¿Tipazo? ¿Ti...? Por Dios, ¿quién tiene un nombre que comienza con Ti? ¿Es que acaso su madre lo odiaba?

—¿Soy tu qué? —pregunta él arrugando la frente mientras me agarra los brazos para ayudarme a bajar. Yo me niego. Desde aquí todos se ven más bajitos y yo soy enorme. Tan enorme como... ¡su torre inclinada de Pisa!

—¡Ese hombre se ducha conmigo todos los días! —grito, sin dejar de señalarlo—. Y no veáis, su novia..., bueno, su ex, flipaba con la torre inclinada de Pisa. Sus gritos no me dejaban ni mear en paz, era incomodísimo.

Las carcajadas del bar entero me hacen sonreír, satisfecha. Están pasando un buen

rato gracias a mí y es la leeeeeche.

—No nos acostamos, o sea, no llegamos a hacerlo porque me fui corriendo de su casa, pero estoy segura de que lo que él tiene se parece mucho a la torrecita esa de Italia. Venga ya, ¿pero a que se parece al Hombre de Acero? Tiene un aire...

—¡Clara, vale ya! —me interrumpe.

—Ups, creo que se ha enfadado. —Me tapo la boca con el pimentero, que no suelto —. El Hombre de Acero con el pajarito como la torre inclinada de Pisa se ha enfadado —digo a todos, escondiéndome detrás del pimentero y cerrando los ojos para que no me pueda ver.

—Creo que es hora de irse. Ya te has divertido mucho por hoy.

—¡Nooooo! Yo quiero marrrrcha. Huy, ¡yo quiero marcha, marcha! ¡Yo quiero marcha, marcha! Tú quieres... ¡marcha! ¡Venga, a mover el esqueleto! —grito, comenzando a cantar la canción de... esos animalitos que se escapan del zoo. Sí, sí, 101 dálmatas, esos mismos.

—Se acabó —dice, y cuando me doy cuenta estoy montada en el hombro de alguien y viendo como toda la gente del bar abuchea y protesta porque ya no canto.

Jo, qué mal, yo quería cantar.

—Espeeera, calamar, ¿dónde vamos? Yo puedo caminaarrrrr sooooola —aviso sin dejar de arrastrar las palabras.

—Te llevo a casa.

Me niego rotundamente y comienzo a patalear hasta que me deja en el suelo.

—No quiero ir a casa, en mi casa está mi baño y en mi baño está mi vecino. Y creo que se va a enfadar porque... —Me quedo mirándolo por un buen rato—. Te pareces un montón a mi vecino, ¿lo sabías?

Se restriega la cara con las manos y luego me mira y sonrío.

—Sí, creo que lo conozco.

—¡Pff! La he liado con él. —Me tapo la cara con las manos—. Es... pues... en realidad no recuerdo ni cómo se llama.

—Thiago.

—¡Eso! —coincido, chasqueando los dedos.

Miro toda la calle, porque de repente hemos aparecido en la calle, cosa que me ha parecido alucinante. Creo que tiene poderes mágicos o algo por el estilo. Huy, que me he liado. Quería decir... Miro toda la calle y me fijo en el bordillo de la acera. Camino hasta él y me siento. El chico me obliga a levantarme y me lleva hasta la portería de un edificio y me hace sentar en el escalón.

—Al menos aquí los coches no pueden atropellarte los pies.

—Huy —suelto antes de partirme de la risa—. Pues tienes razón. ¡Qué despistada estoy! Perdona, ¿eh?

—¿Qué decías de tu vecino? —pregunta mientras se sienta a mi lado.

Me paso los dedos por el pelo y resoplo.

—Pues... que creo que la he jodido. Él es... fantástico, genial, alucitupendo...

Ambos nos miramos como si algo hubiera sonado mal. Su frente se arruga y, después de unos segundos, me doy cuenta de que esa palabra quizá no exista.

—Ay, creo que quería decir alucinante y estupendo, pero me ha salido alucitupendo.

—Me río mucho de mi error, pero mucho, mucho—. Sí, señor. Thiago es alucitupendo.

Él también se ríe, pero solo un poco.

—¿Y por qué crees que tu vecino es alu... citupendo?

Lo miro con una ceja enarcada como preguntando con ello: «¿Me estás vacilando?».

—¡Pff! ¡Pues porque sí! No todos los vecinos te ayudan a echar a tu novio pesado de casa a través de la ventana que tienes en el baño, ¿sabes? No todos los vecinos de la ventana de tu baño te preguntan si estás bien después de resbalarte con el gel o acceden a... Ah, espera, creo que eso fue un sueño. En fin, que no todos te preguntan qué tal te ha ido el día o te hacen reír siempre que pueden. O... espera, creo que he alterado el orden de los hechos.

Se ríe.

—Da igual.

—Bueno, él es alucitupendo por todas esas cosas y porque es... muy guapo — confieso.

—¿Es guapo?

—Ya lo creo. —Levanto la vista mirando el cielo oscurecerse sobre nosotros—. ¿Puedo contarte algo?

—Claro —responde de inmediato.

—Hace unos días me fui de su casa corriendo porque tenía el mal presentimiento de que esa noche podría acabar de la forma equivocada.

Dejo de observar el cielo y miro mis piernas estiradas en la acera al lado de las suyas. Cuando le echo un vistazo, tiene la frente llena de arrugas.

—¿Tú no notas también que ahora estoy mucho más seria? Qué raro... —digo mirando a alguien que pasa por delante de nosotros.

—¿A qué te refieres con que podría acabar de la forma equivocada?

Respiro profundamente y guardo silencio mientras los coches están detenidos en un semáforo en rojo. Cuando este cambia de color, todos arrancan y lo único que hago es observarlos.

—¿Sabes de esas cosas que te pasan sin querer en la vida y que, después de un tiempo y aunque para los demás y para ti mismo sean las cosas más raras del mundo, no quieres perderlas? —Se queda callado, mirándome atento como si tuviera un moco colgando. Me rasco la nariz por si acaso y prosigo—: ¿No te ha pasado? Bueno, no pasa nada, ya te pasará. A mí me pasó. Un día me resbalé en el baño y mi vecino me preguntó si estaba bien. En ese momento pensé que era Cristo revelado, pero después de darme cuenta de que no y de que pasara el tiempo, él logró convertirse en la clase de persona que siempre he buscado en mi vida. Una de esas que pregunta si estás bien, una que sepa con el tono de tu voz si estás enfadada, feliz, triste; una que te haga reír siempre que pueda y cuando menos te lo esperas, una persona que..., pues eso, una persona que se preocupe por ti, una persona alucitupenda. Él lo es, ¿sabes? No lo conozco demasiado, mejor dicho, solo han pasado... ¿dos días, quizá?, desde que lo vi por primera vez, pero sé que es genial. La amistad que mantenemos, aunque extraña, es genial. Hay confianza, no sé cómo, tampoco me preguntes, pero confío en él.

Simplemente no quería que, mientras avanzaba y avanzaba la noche, pasara lo que siempre pasa y luego todo se terminara. Es más, creo que todo se ha terminado. Y eso está mal, ¿sabes? Amistades así de raras deberían durar por lo menos toda la vida. O sea, no es que a todo el mundo le pase, pero quien tiene la suerte debería disfrutarla por mucho tiempo.

Se queda callado, está muy callado. ¡Qué soso es! Levanto la mirada y de nuevo me quedo contemplando el cielo despejado.

—¿Sabes? Yo creo que tu vecino tampoco quiere que una amistad tan buena se acabe, como tú dices. Deberías hablar con él.

Lo miro y me río.

—¿Para qué? Hoy me ha dejado plantada, eso dice mucho. Además, él acaba de romper con su novia de seis años y yo acabo de salir de una relación de ocho años. La vida solo nos ha unido para ser amigos. Es una pena, pero es la verdad.

Ahora me mira él y esboza una sonrisa.

—Sigo creyendo que deberías hablar con él. Sin emborracharte, claro.

Asiento.

—Sí, quizá tengas razón.

—¿Sabes? Él también cree que eres guapa. Bueno, guapa no. Guapísima. Sobre todo el contraste de tus ojos con tu pelo. Y cómo se arruga tu nariz cuando sonríes o cuando te ríes.

Arrugo la nariz y me cojo el pelo.

—¿Qué le pasa a mi pelo y a mis ojos?

—Bueno, tu pelo es naranja y tus ojos son azules. No es que sea una combinación muy... usual.

Hago un sonido raro e involuntario con la garganta y me echo a reír.

—Eso es verdad. Soy una zanahoria con dos círculos azules.

Me quedo callada y me toco la nariz. Sonrío y noto las arrugas que se forman en mi piel.

—Vaya, debería verme más veces en un espejo.

—Ya lo creo, Clara. Ya lo creo.

Lo miro y le sonrío. Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos.

—Ojalá Thiago hubiese venido a la cita. —Resoplo, me incorporo y me pongo de pie, sacudiéndome el pantalón por la zona del culo—. Bueno, ha sido un placer charlar contigo. Hasta otra, amigo. Me voy a casa.

Sacudo una mano en su dirección, me doy la vuelta y comienzo a caminar.

Yo, Clara Martín Castro, juro solemnemente no volver a emborracharme en lo que me queda de existencia. Por el poder que le ha sido otorgado a mi cepillo de dientes, yo declaro a mi lengua libre de pecado (o como leches sea), amén. Ahora sí, agua bendita que cae del chorro del grifo, purifica y quita el mal sabor de boca que tengo. Y, para acabar, ¡yo maldigo al tipo o la tipa que inventó la cerveza! ¡QUÉ ASCO!

Ay, no, que se dice «amén».

Dos días más tarde, siento la necesidad de que me abran la cabeza para que busquen por mi memoria lo último que hice con mi vida, porque realmente no lo recuerdo. Y eso me asusta. Quizá llamé a alguien borracha, quizá corrí descalza por la calle o vomité en plena acera. Solo de pensarlo me pongo roja de la vergüenza. Por suerte, el maldito dolor de cabeza se me ha ido con todas las horas de sueño que he tenido. En serio, nunca más. Nunca más vuelvo a cometer semejante locura. Hacía unos... ¿cinco años?, desde la última vez que me emborraché, y ya recuerdo por qué fue la primera y última vez. Bueno, ahora ya no es la última, pero da igual, no volveré a hacerlo. Solo quiero darme una ducha... porque creo que huelo a... ¡Dios, qué asco! ¡Huelo a pescado podrido! O, bueno, quizá pescado no, pero a algo podrido sí. ¡Necesito una ducha!

—¿Otra vez? ¿En serio, maldito, me estás hablando en serio? ¿Otra vez te has acabado? —le digo al gel mientras lo sacudo y lo sacudo, pero él se niega a darme un miserable chorro—. Me estás vacilando, ¿verdad?

—Te lo dije, un dispensador ahora mismo te vendría de perlas.

Levanto la cabeza mirando a la ventana y mi boca se abre. ¡Thiago! Un momento... ¿Él no...? ¿Yo no...? ¿No habíamos quedado en un bar...? ¿Qué narices...? ¡No recuerdo nada de nada!

—Hola, Thiago —saludo.

—¿Estás bien? —se interesa.

—No mucho, la verdad.

—Ya. Tu voz es de «mi vida apesta y yo también».

Me río un poco y espero un momento antes de volver a hablar. No oigo nada, ¿acaso no se va a duchar? Miro fuera de la ducha, el reloj, y veo que son las nueve y cuarenta de la noche.

—¿No te vas a duchar? —pregunto.

—No, ya lo he hecho.

—Oh, vale, ¿entonces solo me estás acompañando?

No recuerdo por qué, pero creo que antes de olvidar todo prometí que hablaría con

él. Es más: creo que le prometí a él mismo que hablaría con él. O no sé. Algo extraño. Pero siento que debería hablar con él. Solo necesito recordarlo todo...

—Clara —llama.

—¿Sí?

—Necesito que veas algo, ¿puedes subir a tu terrado cuando termines de ducharte?

Arrugo mucho la frente, asombrada de que me proponga eso.

—¿A mi terrado?

—Sí, ¿puedes?

Me lo pienso.

—Mmm... Vale, ¿para qué?

—He descubierto algo que quiero que veas.

Me río.

—¿Sabes que acabas de sonar como un niño de ocho años contándome su última travesura?

Se ríe.

—Puede ser. Termina de ducharte. Hasta luego.

—Vale, hasta luego.

Oigo sus pasos alejándose y luego cuando cierra la puerta. Yo sonrío, cojo el bote de gel, lo lleno con un poco de agua y lo agito, es un truco que mi madre me recordó cuando estuve en el pueblo con ella. No sé cómo pude olvidarlo, pero no me arrepiento. Gracias a que olvidé ese viejo truco, acabé conociendo a Thiago.

Menos mal que me he secado el pelo, de no haberlo hecho estoy segura de que, al subir al terrado, la cabeza se me habría puesto como un pompón naranja.

—¿Thiago? —pregunto caminando mientras miro a todas partes. El cielo ya está oscuro y, gracias a la época del año en la que estamos, luce totalmente despejado y lleno de estrellas.

—¿Clara?

Doy un respingo y me pongo a mirar a todas partes. En uno de los muros que separa mi edificio de los demás se asoma una mano y me saluda.

—Estoy aquí.

—Anda. —Me río—. Me siento imbécil ahora mismo, no sabía esto.

Me echo a reír mucho más, sobre todo porque realmente me siento imbécil. Todo este tiempo podríamos haber subido al terrado y... Bueno..., mejor no sigo por ahí, porque lo de la ventana del baño ya es suficientemente raro como para añadirle el muro del terrado que separa nuestros edificios.

—Ten esto un momento —dice pasándome dos botellas.

—¿Té helado y cerveza? ¿Eing?

—El té es para ti; la cerveza, para mí.

Pongo cara de tonta. No es que quiera cerveza, ¡la odio!, pero ¿por qué él cerveza y yo té helado? ¿No será machista, verdad?

Dejo de comerme la cabeza cuando escucho que comienza a correr al otro lado, salta y trepa por el muro.

—Oh, Dios... Pero ¡¿qué haces?!

Acaba de trepar y con un brinco aterriza en mi terrado. Yo lo miro de pies a cabeza comprobando que no le falta nada y él me sonrío tan tranquilo.

—¿Sorprendida?

—Dios... ¿Ahora también eres Spiderman?

Se ríe y coge las botellas de mis manos.

—Deja de creer que soy un superhéroe, Clara.

—¿Qué?! ¡No! No lo he dicho en ese sentido...

—Ya, claro. Y lo de compararme con el Hombre de Acero, ¿qué? —pregunta con una sonrisa socarrona en los labios.

Me pongo roja. Estoy segura de que acabo de ponerme muy roja.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto escandalizada.

Levanta la cerveza y me pasa el té helado.

—Te emborrachaste, ¿no lo recuerdas?

Ay, madre. Ay, madre, que la he liado grande... ¿Él me vio borracha?

—Tu cara me dice que ahora mismo no te acuerdas ni de cómo te llamas —dice, y se ríe—. Te lo resumo: bar, tú, muchas cervezas, yo, un pimentero, una barra y muchas canciones.

Arrugo la cara. No he entendido nada. Pero nada de nada.

—¿Qué? —suelto completamente perdida.

—Vale, da igual. Solo que sepas que terminé enterándome de que, según tú, me parezco al Hombre de Acero.

Me muerdo el labio y me tapo la cara con una mano. ¡Qué vergüenza!

—Dios mío, ¿y de qué más te enteraste?

Me sonrío de medio lado mientras avanza por mi terraza como si fuera la de su edificio.

—¿Tienes vértigo, Clara? —pregunta.

De reojo miro el muro que está en la otra parte del terrado. Ese da a la calle.

—No.

—Bien.

Me tiende una mano y yo la acepto un poco reticente. Me ayuda a pasar al otro lado y nos sentamos en el murillo, ese que da a la calle. Debajo de nosotros solo hay unos escasos cuarenta centímetros de suelo. Es lo único que nos puede salvar si resbalamos.

—Mira —dice, bebiendo un sorbo de su cerveza y mirando hacia abajo—, tienes la ciudad a tus pies, Clara.

Me sonrío de medio lado por segunda vez y se ofrece para abrir mi té. Yo niego con la cabeza y lo abro yo misma.

—Las vistas son fantásticas —digo mientras también bebo mi té y contemplo la ciudad bajo mis pies.

¡Es impresionante! Los coches circulan, las farolas iluminan las calles, la gente camina por la acera; aunque es de noche, hay gente por la calle. Escucho que él se ríe a mi lado.

—Son alucitupendas.

Levanto una ceja y lo miro como si acabara de oír a un mono hablar.

—Eso no existe.

—Claro que sí, me lo enseñaste tú.

Me río.

Dios mío. Creo que ahora mismo desearía seguir sin recordar nada. ¿Alucitupendo? ¡Santo Dios! ¡Qué dolor de oídos! Y ya mejor ni hablo de lo que me haría mi profesora de lengua de primaria si me oyera.

—¿Se puede saber por qué te dije semejante disparate lingüístico? —pregunto después de dar otro pequeño sorbo.

Me mira, clavándome sus enormes ojos azules en la cara.

—Te pregunté sobre mí y me soltaste eso —confiesa.

Creo que el té se colapsa en mi garganta o se va por un sitio equivocado, porque me atraganto.

Lo miro con la cara más horrorizada que puedo poner. ¿Qué más le he dicho estando borracha?

Thiago se parte de la risa al ver mi expresión.

—Tranquila, no dijiste nada malo —dice, sin convencerme demasiado, pero al menos logra que ahora respire un poco tranquila.

—Thiago, estaba borracha y...

—Lo sé. Por suerte, los borrachos y los niños dicen la verdad, ¿no?

Me quedo muda y aparto la mirada.

Eso en parte es verdad.

Descubrí que Áxel me engañaba porque se le escapó a él mismo cuando estaba borracho. Lo miro un poco asustada por no recordar nada de lo que le dije. Estoy en desventaja total.

—Si te ofendí con algo que dije..., yo... lo siento. Ya te digo, estaba borracha y...

—No, tranquila. De verdad que no dijiste nada malo.

Suspiro y dejo de mirarlo para observar a nuestro alrededor: los enormes edificios, los cables de tensión, el cielo, las estrellas y un trocito de luna. Todo es muy bonito. Todo parece una escena de película, mejor dicho.

—Ahora que estás sobria, ¿puedo preguntarte algo esperando que respondas con total sinceridad? —pregunta.

Se me escapa una carcajada.

Como si con la encerrona que me ha hecho pudiera negarme.

—Claro. Es decir, me acabas de subir al terrado de mi edificio y me has sentado en el muro que da a la calle, no tengo más opción.

—Supongo que eso es a lo que me he visto obligado, ya que tiendes a huir de todo.

Lo fulmino con la mirada y bebo otro sorbo.

—Pregunta, anda.

—¿De verdad pensabas que nuestra amistad podría terminar? ¿De verdad te asustaba eso?

Me aparto la botella de los labios y lo miro.

—¿Te dije eso también?

Thiago asiente. Aparto la mirada y miro de nuevo a la ciudad allí abajo.

—Es que... no espero que me entiendas, ¿vale?, pero... perdí mucho tiempo de mi vida al lado de un hombre al que quise. Solo quería que me amara, que fuera la clase de persona con la que puedes contar para llorar en plena madrugada, para tener sexo, para ponerse cursi, para ver una peli, para cantar en la ducha, para salir a pasear o con amigos. Solo le pedía que fuera amable conmigo y que me quisiera. Pero nunca lo fue y perdí mucho tiempo esperando. Luego apareciste tú, justo el tipo de persona que quería que Áxel fuera y nunca fue, y me desbarataste los planes de vida que había hecho. O sea, no porque me enamorara de ti apenas te vi, porque en un principio no te vi, sino porque fuiste esa persona que siempre quise tener a mi lado. Yo... —Mi voz comienza a temblar y bebo un sorbo del té para aclararla. No quiero empezar a ponerme blandengue ahora—. Con cada conversación que teníamos a través de la ventana parecía como si de verdad te interesara saber de mi día, de mi estado de ánimo o de mí simplemente. Me divertías, me hacías reír y te ganaste mi confianza. Te convertiste en un buen amigo para mí y sé que es penoso que hiciera un amigo a través de la ventana del baño, pero en este caso eso no es lo importante. Lo importante para mí es que encontré a una persona que reunía las características que yo buscaba en alguien. —Miro en otra dirección y cierro los ojos con fuerza, tomando respiraciones calmadas. Estoy teniendo la oportunidad de confesárselo todo, de sacar lo que llevo dentro, así que debo aprovecharla. Y eso voy a hacer—. ¿Sabes lo desesperante y horrible que es que tú estés siempre para todo el mundo y que ellos nunca estén por ti cuando los necesitas? ¿Sabes lo que se siente al esperar y esperar a que algún día la vida sea justa contigo y ponga a una persona en tu camino que sea como tú eres con los demás? Buena, comprensiva, amable, que se interese y se preocupe por ti, que esté ahí. Nunca la he tenido, Thiago. Siempre he sido así para todos, pero nunca nadie ha sido así conmigo, salvo tú. Y, la verdad, no quiero perder nuestra amistad tan rápido. Esto es... bastante genial. Solo quería que durara un poco más, que no acabara de la manera equivocada aquella noche.

Me callo y aparto la mirada. Jugueteo con mi botella y espero a que pase el tiempo. Thiago carraspea y dice:

—No tiene por qué acabar.

—Todo acaba. Somos amigos, creo. Si algo hubiera pasado..., no sé. Las amistades siempre se fastidian cuando se mezclan depende de con qué tipo de sentimientos erróneos.

Toca mi hombro para que lo mire y cuando lo hago está negando con la cabeza.

—Thaddeus y Claudia, ellos son mi mejor ejemplo de que las amistades no se fastidian cuando se mezclan depende de con qué sentimientos. —Aparta la mano de mi hombro y la usa para rodear su botella—. En diez años han pasado de casi enemigos a

amigos, mejores amigos, algo raro, ligues, novios, prometidos, futuros padres y futuros marido y mujer. Y ¿sabes qué?, ahora, después de todo eso, siguen siendo los mismos que aquellos amigos leales de bachillerato que se contaban sus cosas y que lloraban viendo una película de amor. Las amistades no se fastidian por los sentimientos, Clara. Las personas fastidiamos las amistades porque queremos. Se puede perfectamente estar enamorado de tu mejor amiga, querer hacerla reír y querer llevártela a la cama porque estás loco por ella. Se puede. Mi hermano es un claro ejemplo y no tengo otro mejor que él. Lo conozco y sé que daría la vida por Claudia. Siendo su mejor amiga o siendo la madre de sus hijos, estaría en la misma condición.

Agacho la cabeza porque creo que me estoy ruborizando con el precioso ejemplo que me acaba de poner con su hermano y Claudia.

—Qué bonito —digo sin más.

—No te lo digo por eso, te lo digo porque creo que estás equivocada con respecto a las relaciones.

Lo miro.

—¿Adónde quieres llegar? —pregunto sin rodeos.

—A que, si tú y yo queremos, podemos seguir siendo amigos al mismo tiempo que mil cosas más.

Levanto una ceja.

—¿Mil cosas más? ¿Thiago estás...?

Me mira con expresión extrañada.

—¿Te crees que estoy ligando contigo, Clara?

Me quedo helada. Ay, madre... ¿No es eso lo que está haciendo?

—Eh...

Y de repente comienza a reírse.

—¡Qué tonta! —exclama entre carcajadas.

«¡Tierra, trágame!», grito para mis adentros.

Ahora o nunca, Clara, ¡salta y acaba con tu humillación para siempre!

—Te estás poniendo roja... —advierte, como si yo no lo supiera.

—Yo..., yo...

—¿Tú, tú, qué? —interroga.

La cara me arde. ¡Qué vergüenza! No sé, creía que... como ha dicho «ser amigos al mismo tiempo que ser mil cosas más», pues creía que estaba... ¡Ay, por Dios, qué vergüenza!

—Dios..., quiero lanzarme —murmuro.

—¿Qué?

—¡Nada!

—Clara, claro que estoy ligando contigo, mujer —confiesa finalmente.

Parece que el trozo de luna que hay en el cielo me cae directo en la cabeza, porque me quedo tonta de repente.

—¿Qué?

—¿Te has puesto roja porque creías que no?

—Madre mía, me estoy comportando como una adolescente. ¡Dios mío, tengo veintiocho años ya, joder!

Se ríe de mí un buen rato antes de decirme:

—Respira, anda.

Le hago caso y respiro. Bebo unos cuantos sorbos de té hasta que me lo termino, y me relajo un poco más.

—Solo quería que supieras que nuestra amistad no se iba a acabar porque en algún momento alguno de los dos sintiera otra clase de sentimientos más... más serios.

Suspiro fuerte. Me armo de valor, me aferro con fuerza al borde del muro y le pregunto:

—¿Tú has sentido alguno?

Se queda callado. Muy callado. No dejo de mirarlo a la espera de cualquier gesto que lo delate, pero él tampoco deja de mirarme fijamente.

—No me había dado cuenta, pero... sí —confiesa después de un rato.

Creo que en este momento sí puedo desmayarme y caerme. Ya no lo miro, prefiero desviar la mirada arriba o abajo, menos a él.

—Ah —suelto, porque no sé qué más decir.

Se ríe.

—¿Solo «ah»?

—Bueno, ¿hay que añadirle que me gustas bastante desde que te vi y dije por dentro: «Guau, pero si se parece al Hombre de Acero»?

Se ríe más y yo le sigo.

—O sea, ya me caías muy bien sin verte, pero cuando te vi quizá me pillé un poquito más.

—Mi turno —dice levantando una mano y luego bebiendo un sorbo de cerveza antes de añadir—: Cuando te vi, babeé mentalmente.

Dejo escapar una sonora carcajada. El comentario me ha pillado totalmente desprevenida.

—¿En serio? Pues necesito que me expliques eso, pero ahora me toca a mí. —Carraspeo—. Cuando te oí cantar por Ricky Martin, me enamoraste. Pero solo un poco, ¿eh?

Vuelve a reír.

—Tú me alegraste el día con tu conversación con el gel. Realmente necesitaba reírme en ese momento.

Lo miro, creo que muy sorprendida y muy halagada. Eso no me lo había dicho y, aunque sea algo tarde, me hace sentir bien.

—Pues yo agradezco que me preguntaras si estaba bien después de mi caída.

Sonríe con malicia.

—«¿Jesús? ¿Eres tú?» —me imita, poniendo voz chillona.

Golpeo su hombro juguetonamente y me río.

—No seas malo, anda.

—Oh, y el «lo siento, yo no soy virgen, no te valgo».

Me tapo la cara, avergonzada. ¿Cómo puede acordarse de eso?

—¡Para ya, por favor! —ruego.

—Fue genial, tanto como cuando cantaste estando borracha o cuando soltaste «alucitupendo» de repente.

Suelto una carcajada.

No recuerdo haber cantado estando borracha, pero si sobria ya canto fatal, borracha debió de ser digno de ver.

De pronto, se toca el pómulo derecho indicándome que yo haga lo mismo.

—Tienes algo ahí —avisa.

—¿Sí? —Me toco el pómulo.

—Sí, deja que te lo quite y de paso te robe un beso.

Abro los ojos sorprendida por este cambio de escenario tan repentino, y cuando quiero ser consciente de qué papel estoy representando yo ahora, me veo cara a cara con Thiago.

Se me escapa una risita nerviosa.

—Qué directo con eso de robar un beso, ¿no?

Sonríe al igual que yo antes de unir sus labios con los míos. Cierro los ojos al instante y me dejo arrastrar por el flujo de emociones tontas que están brotando en mi interior. No me creo que a esta edad, en la que se supone que soy madura y tengo otra perspectiva más seria de la vida, yo siga reaccionando como cuando tenía quince años.

Noto su pulgar acariciando mi pómulo mientras el resto de su mano acuna mi cara. Se me escapa otra risita y me aparto.

—Ya te lo he quitado —bromea.

Voy a seguirle la broma, pero no puedo porque un grito nos interrumpe desde abajo:

—¡¿Van a saltar?!

Debo decir que me han entrado ganas de reírme como una loca cuando me he dado cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Lo has oído? —pregunto a Thiago. Él asiente mirando abajo.

—¡No saltéis! ¡No vale la pena! —gritan desde abajo.

Veo que Thiago arruga la frente y me mira. Yo me tapo la boca con una mano, pero empiezo a reír de todas formas.

—¿Se creen que...?

—¡Sí! —confirmo, asintiendo mientras me sigo riendo.

—Qué fuerte. Se creen que nos vamos a suicidar.

Echa la cabeza hacia atrás y comienza a reír también.

—¡No, no lo hagáis! —Se escucha, y ambos nos carcajamos más fuerte. Sé que la pobre gente de allí abajo debe de estar pasándolo mal, pero desde arriba es la bomba.

—¿Crees que deberíamos dejar de hacerlos sufrir? —pregunta, y yo asiento. Levanto un brazo, pero Thiago me lo baja al segundo—. Ellos no van a creer que es un saludo, sino que te despides. No los asustes más.

Me río y le hago caso.

Vaya lío con la gente. El malentendido que se ha creado solo por estar sentados en el muro de nuestro terrado con las piernas colgando...

Él es el primero en bajar y, cuando está al otro lado, me tiende una mano, pero espero un momento antes de aceptarla.

—¿Sabes?, mi opinión con respecto a las relaciones no va a cambiar de la noche a la mañana. Quizá lleves razón y yo esté equivocada, pero necesito un tiempo para darme cuenta. Necesito descubrir por mí misma si me he equivocado.

Frunce el ceño, pero no aparta la mano que me ha ofrecido para ayudarme a bajar.

—¿Cómo? —pregunta.

—Podemos seguir siendo amigos, ¿verdad? Necesito seguir aclarando mis ideas.

Asiente.

—Claro. Eso era lo que quería decirte.

Sonrío.

—¿Qué te parece si empezamos de cero? Ya sabes..., como suele comenzar la gente normal.

Sonríe, asiente y yo le tiendo una mano.

—Clara Martín. Encantada.

Me acepta el saludo estrechando mi mano.

—Thiago Suárez, lo mismo.

Sonrío un poco más.

—¿Suárez?

—¿Qué pasa? ¿Es el apellido que querías que llevaran tus hijos? Me lo han dicho mucho.

Le aparto la mano, le golpeo levemente el brazo y me río.

—¡Qué engreído!

Se ríe un poco.

—Lo siento, solo bromeaba. Me gusta cuando te ríes.

Finalmente, doy un salto desde el muro hacia el otro lado para volver a poner los pies en tierra firme. Recogemos nuestras botellas y nos quedamos delante de la puerta de mi terrado.

—Te invitaría a...

—Déjalo. Iba a pedirte la cuarta cita —confiesa sin cortarse ni un pelo.

Yo lo miro vacilante.

—¿En serio? ¿Esta no cuenta? ¿No sería la quinta?

Se encoge de hombros.

—Pues la quinta.

—Vale. Iré —digo como si me diera lo mismo.

—Más te vale. Ahora no solo sé dónde vives, ahora sé que puedo saltar a tu terrado, bajar por tu ascensor y colarme en tu casa por una ventana.

Me río en su cara.

—Por Dios, Thiago, deja de creerte un superhéroe.

Me fulmina con la mirada. Le sonrío juguetona y doy un paso hacia dentro de mi edificio.

—Hasta la próxima, Thiago —me despido.

Él se queda mirándome mientras me alejo, cierro la puerta y echo la llave. Si alguna de las señoras de mi edificio descubre que he dejado la puerta del terrado abierta, me condenan a la guillotina.

—¡No te quedes ahí! —digo desde el otro lado de la puerta—, ¡vete a casa!

—No te preocupes, Spiderman ya se va —bromea, y yo me parto de la risa.

Nunca creí que pasaríamos de estar hablando por la ventana del baño a estar a punto de tener una cita en uno de los restaurantes más bonitos de la ciudad. Realmente es un lugar precioso, o sea, mucho más que un baño, eso está claro.

Creo que me estoy poniendo nerviosa al verme en el espejo. Ya no tengo a nadie a quien impresionar, o sea, él ya me ha oído y me ha visto en muchas de las peores situaciones de mi vida, como lo son acabar de romper una relación amenazando a mi exnovio con el desatascador del váter o simplemente borracha como una cuba. Pero, aun así, estoy de los nervios. Creo que el vestido... No sé si es demasiado. Es bonito, pero... Ay, no sé. El restaurante es uno de mis favoritos y siempre he ido arreglada a comer allí, como todo el mundo que va, pero ahora...

¡A la mierda! El vestido es mono, el maquillaje está controlado y yo estoy pasable. ¡Arreando que es gerundio y adiós a tanta tontería!

—¿Clara Martín? —digo a la chica. Bueno, más que decirle le he preguntado, pero eso es debido a lo nerviosa que estoy.

—Sígame, señorita.

Hago como me indica y la sigo mientras el vuelo de mi vestido se mece al andar. El vestido es de esos que no requieren llevar sujetador y te queda toda la espalda al descubierto. Me lo he puesto porque me encanta el color vino que tiene, pero, Dios, mientras me voy acercando más adonde se supone que me está esperando Thiago, me entran más las dudas sobre si he hecho una buena elección.

Inmediatamente, las palabras de mi madre se repiten en mi cabeza como un disco rayado, infundiéndome valor: «Las mujeres no somos lo que vestimos, eso solo es ropa, tela. Las mujeres somos la seguridad que usamos al vestir, cariño». Quién diría que es la misma mujer que el otro día me amenazó diciendo que no quería verme combinando chanclas con calcetines.

—Joder... —Oigo que se le escapa cuando me acerco a él detrás de la chica.

Suelto una carcajada y, agachando la cabeza, me rasco la nuca para que no note que

me acabo de sonrojar.

Pero si tenemos que decidir quién reacciona más..., es mi turno, porque él está guapísimo... ¡Clara, mira al frente, que te comes la silla!

—Ay, lo siento —me disculpo de inmediato.

—No pasa nada, tranquila —dice el hombre con cuya silla acabo de tropezar.

—¿Estás bien? —me pregunta Thiago levantándose, y yo asiento.

—Sí, sí, tranquilo. Estás... muy guapo.

—Lo mismo digo, Clara. Ahora estoy babeando mentalmente mucho más.

Pongo los ojos en blanco y escondo una risotada detrás de una leve sonrisa.

—Para ya o pasará de zanahoria a tomate —susurro en su oído.

—Como quieras. —Se ríe.

Me dirijo a mi asiento, con Thiago procediendo según los formalismos, atento para apartar la silla por mí y esperar a que me siente. Y eso es lo que voy a hacer, me voy a sentar y a preguntarle qué tal le ha ido el día, pero mis ojos chocan con otros y me paralizan. En todos los sentidos, ni siquiera he terminado de tomar asiento, creo que he dejado mi culo en el aire sobre la silla y tengo la boca abierta.

—¿Qué pasa? —pregunta Thiago al ver que no me siento.

—Mira qué sorpresa, pero si es mi Clara...

Mi pecho comienza a subir y a bajar mientras él se acerca a nuestra mesa.

—¿Qué haces aquí, Áxel? —pregunto poniéndome de pie al instante. Él observa brevemente a Thiago, pero no repara más en él, pues mira directamente mi pecho.

—Pues... —Se mete las manos en los bolsillos y se balancea con los pies—... Lo mismo que tú, supongo: comer.

Mi expresión debe de ser de enfado, porque así es como me siento por dentro al verlo ahí, justo en mi restaurante favorito.

—¿Tenías que venir a comer aquí precisamente hoy? —pregunto, siendo todo lo maleducada que puedo.

Se encoge de hombros.

—Yo, a diferencia de ti, puedo venir cuando me salga de los huevos.

Le lanzo una mirada asesina.

Su desfachatez y su falta de educación nunca dejarán de sorprenderme.

—Aparte de porque yo no tengo huevos, ¿por qué tú sí puedes venir cuando te dé la gana y yo no?

Sonríe de medio lado y abre los brazos, como queriendo abarcar con ese gesto todo aquel espacio enorme.

—Porque este restaurante es mío. Lo he comprado, Clarita.

¿Qué? No habrá sido capaz de... ¡Oh, Dios, pues claro que ha sido capaz! Sabía que este restaurante era uno de mis favoritos y tenía que fastidiarlo de alguna forma.

Miro a mi alrededor y siento una repentina repugnancia. Creo que para mí se acaba de convertir en un vertedero lleno de ruedas viejas y caca de perro.

—Y mira, por ahí viene Sofia, la encargada, mi prometida.

Una chica con chaqueta y falda tubo se acerca a nosotros con una enorme sonrisa.

¿Qué? ¿Ha comprado el estúpido restaurante para su puñetera novia? O sea, para su... ¿prometida? ¿Cómo? Dios mío... Creo que tengo ganas de vomitar.

—Buenas noches, mucho gusto. ¿Les puedo servir en algo?

Doy un paso atrás y niego con la cabeza. Miro sus dedos entrelazados y veo un anillo con una enorme piedra brillante. Cierro los ojos y agarro el pequeño bolso que traía conmigo. Él nunca hizo ese tipo de cosas por mí. En cinco años nunca me dejó ni una miserable camiseta conscientemente, y a ella la ha hecho su prometida, le ha regalado ese pedrusco y le ha comprado uno de los restaurantes más bonitos y a la vez más caros de la ciudad.

El lugar no para de darme vueltas y más vueltas. Oh, sí, voy a vomitar.

—¿Clara? —Escucho decir a Thiago, y entonces ellos dos, la hermosa parejita de mi ex y su Sofia, lo miran.

—Tengo... Necesito aire —me excuso.

Me balanceo sobre los tacones al darme la vuelta porque me siento mareada, pero en cuanto puedo mantenerme erguida, comienzo a andar, directa hacia la puerta.

—¡Maldita sea! —grito, no estoy muy segura de si ha sido para mis adentros como pretendía, pero ya no importa.

Dejo el lugar llorando como una tonta. Quiero irme a casa, olvidar este mal rato y centrarme en las cosas importantes de mi vida.

Primer fallo: he venido en taxi. Segundo fallo: los tacones son demasiado altos para correr. Tercer y más importante fallo: acabo de arruinar otra cita con Thiago. Bueno, no he sido yo la única culpable, pero también estoy mezclada en la colada para que esta cita finalmente acabara, de nuevo, en fracaso.

—¡Clara! —llama, y me giro secándome las lágrimas de idiota que estoy soltando. Más que dolor siento indignación.

—¡Es un imbécil! —chillo, señalando en dirección al restaurante—. ¿Sabes que te dije que ese restaurante era uno de mis favoritos, verdad? Incluso por eso quedamos aquí. Y ahora él viene y me suelta que lo ha comprado y lo ha puesto bajo la dirección de su... «prometida». Esa ni siquiera era con la que me ponía los cuernos. Seguro que a ella también la engañaba conmigo. ¡Oh, Dios! ¡Me siento tan sucia! ¡Tan indignada! ¡Es un imbécil!

No dejo de gritar, y aunque quiero parar, todo lo que acaba de pasar es demasiado injusto para mí. No tengo otra forma más de desahogarme que esta.

—Solo... Solo quiero irme a casa. Tengo ganas de vomitar.

Comienzo a andar por la acera, pero él me detiene sujetándome por los hombros. Me da la vuelta y señala hacia el otro lado de la calle.

—Tienen que devolverme el coche.

Me muerdo el labio y asiento. Pensaba irme sola, pero bueno, si se apunta da igual. Me monto en su coche y pego la frente a la ventanilla. Quizá no haya una idiota con tanta mala suerte en el mundo como yo, y me acabo de dar cuenta. Cuatro de cinco citas terminadas totalmente en fracaso. ¡Qué grande! ¡Qué grande soy!

—Lo siento —me disculpo antes de cerrar los ojos y sumergirnos los dos en un completo silencio.

Thiago no dice nada. ¿Estará enfadado? Bueno, si lo está, no me importa. Tiene todo el derecho a estarlo.

—No te preocupes por dejarme en casa, puedo bajar contigo y caminar. Necesito caminar y darme con una farola en la cabeza, a ver si así se me va la idiotez.

No lo miro porque no espero ninguna respuesta. Hace lo que le pido y se detiene en su edificio. Albergaba una ligera esperanza de que me llevara a casa, pero al parecer sí que está enfadado.

—Lo siento, otra vez. Respetaré si me quieres mandar a la mierda. Yo lo haría —digo disponiéndome a salir del vehículo.

Salgo del coche y comienzo a andar. Después de un momento, me doy cuenta de que él también está caminando conmigo.

—¿No vas a tu casa? —pregunto extrañada.

—Me has dicho que no te acompañe en coche a tu casa, no que no te acompañe a pie.

Sonríó débilmente y sigo andando. Su respuesta ha sido un bonito detalle por su parte.

Las farolas crean sombras delante de nosotros que al caminar se van hacia atrás, desaparecen y de nuevo aparecen otras delante. Las observo unos segundos antes de detenerme en mitad de la calle.

—¡No! ¡Me niego! —suelto de repente.

Thiago también se detiene y me mira, confuso.

—¿Qué pasa?

—Me niego a que Áxel arruine un segundo más de mi vida. Ya me arruinó ocho años, ¡no le daré ni un mísero segundo más de mi existencia!

Frunce los labios, pero no dice nada, solo asiente, supongo que apoyándome.

—Muy bien..., supongo —se limita a decir.

Lo miro. Sé que no me cree.

—¡Lo digo muy en serio!

—Bien, me alegra de verdad.

Él dice que sí, pero su cara le delata.

—¿No me crees?

—No, no, de verdad que sí...

Lo miro ceñuda, me envuelvo la tira del bolso en un brazo y me acerco a él. Gracias a los zapatos soy de su altura, y con eso me basta para lo que quiero hacer: sujetar su cara entre mis manos y besarlo.

En un principio, el beso solo era un «mira, ¿lo ves?, ¡estoy hablando muy en serio! Estoy dejando el tema Áxel a un lado y me estoy centrando en lo que es importante esta noche», pero ahora que mi cintura está entre sus manos y sus dedos llegan a esa parte del vestido donde no hay tela, creo que se acaba de convertir en otra cosa. En otra cosa que va mucho, mucho, pero mucho más allá.

—¿Sabes qué? Coincido contigo —digo cuando nos separamos en busca de aire para nuestros pulmones—. Coincido contigo en que las personas somos las que arruinamos las amistades, no los sentimientos. Confío en mí y confío en ti, y esto no tiene por qué

salir mal.

Arruga ligeramente la frente.

—¿Me estás pidiendo salir, Clara?

Elevo una ceja con desdén.

—¿Yo? ¡Pff, por favor! Yo no pido nada, yo te estoy dando el honor de ser mi novio —bromeo.

Él suelta una carcajada y luego pega su frente contra la mía.

—¿Qué queda más cerca, tu casa o la mía? —pregunto con una sonrisa maliciosa en los labios.

Se aparta, sonrío de la misma forma que yo, entrelaza mis dedos con los suyos y tira de mí para besarme de nuevo.

—Hoy, mi casa.

Mis manos sujetan la parte superior del vestido porque ya no está atado a mi cuello, y me estoy riendo de la lucha que está teniendo Thiago con su puerta.

—Maldita llave —murmura, y me río más—. Pero... ¿qué le pasa?

Ni él mismo entiende por qué su llave no entra en la cerradura, y la situación me provoca más y más risa. Estiro de su mano y me pasa la llave. Al intentarlo, aún sujetando el vestido con una mano, la puerta se abre de golpe y doy un chillido. Al segundo me doy cuenta de que acabo de dejar caer la prenda y me cubro el pecho con los brazos. La versión tatuada de Thiago abre los ojos de par en par y traga ostensiblemente.

—Pero ¿qué...?

Me tapo la cara con las manos, avergonzada, al tiempo que los codos me cubren el pecho, y me echo a reír.

—Lo siento...

—¿Por qué sigues aún aquí? ¿No te ibas? —Escucho preguntar a Thiago.

—Lo mismo podría preguntarte yo, ¿no tenías una cita con...? —comienza a decir Thaddeus—. ¡Ay, lo siento!

Thaddeus se echa a reír y yo tengo más ganas de que me trague la tierra.

—Menudas ganas, ¿no? —le pica su hermano.

—¡Cierra el pico! —exclama Thiago.

—¿Con quién hablas, amor? —Oigo preguntar a Claudia mientras lo que creo que son sus tacones se acercan a nosotros repiqueteando el suelo del pasillo.

¡Ay, Dios, me va a ver todo el mundo sin sujetador! Y yo no soy de las que hacen topless en la playa.

—Oh... —dice cuando se acerca a la puerta.

Ahora de verdad, quiero que me trague la tierra pero ya.

—¿Queréis algo, un plano hasta la salida quizá? —pregunta Thiago, irritado por la situación embarazosa, y ambos comienzan a reír.

—Ya nos vamos, ya —dice Thaddeus, elevando las manos al aire.

—Pasadlo bien —suelta Claudia, y carraspea—. Digo, divertíos. Madre mía, lo que quiero decir es... Nos vemos luego. Venga, adiós.

Su tono incómodo, nervioso y divertido a la vez hace que me relaje un poco. Al menos no soy la única que se siente mal por la incómoda situación que acaba de darse sin querer. Acabo de entrar en su casa y me apoyo en la pared del pasillo. Thiago hace lo mismo y queda frente a mí.

—Qué forma tan estupenda de cortar el rollo —comenta.

Asiento y me río.

—No es culpa de ellos.

Nos miramos por un segundo entero y nos echamos a reír aún más.

—Anda, ven aquí —digo estirando los brazos, sin importarme el hecho de que me falte una parte de la ropa interior: el sujetador.

Mi espalda termina apoyada en otra pared, creo que eso es una pared, o quizá sea una puerta, no lo sé. La falda de mi vestido está arrugada y levantada porque mis piernas están rodeando su cintura. Casi sin querer, echo un codo hacia atrás y le doy al pomo de una puerta, así que, sí, mi espalda sí está apoyada en una puerta. Lo malo es que, al darle, la puerta se ha abierto. Lo bueno, Thiago ha podido impedir que me abriera la cabeza.

—Dios... —murmuro antes de soltar una carcajada.

—¿Estamos siendo un poco patosos o me lo parece a mí? —bromea, pero lleva toda la razón. Estamos terriblemente patosos.

—Yo estoy siendo patosa —digo apartándome cuando mis pies tocan el suelo. Miro hacia atrás y me doy cuenta de que acabo de abrir la puerta del baño.

—¿Te apetece una ducha juntos? —propongo, mirándolo divertida—. Estoy segura de que me debes un par de duchas contigo, así que... —Me encojo de hombros—. El destino así lo quería —digo burlonamente.

—Claro, para que derrames el gel y nos caigamos los dos —bromea.

Forcejeo contra su pecho juguetonamente y señalo su ropa.

—Quien se desnude el último paga la siguiente cena.

Me mira vacilante, como si lo último que quisiera hacer en su vida fuera planear otra cena conmigo.

—¿Y cuándo te he dicho yo que cenaría contigo, después de lo que ha pasado esta noche?

Lo miro fijamente a los ojos, intentando averiguar si bromea o si lo dice en serio. Después de unos segundos en silencio, comienza a reírse.

—Deberías ver tu cara. —Señala el espejo.

Cuando le doy la espalda para hacerlo, él comienza a desabrocharse la camisa a toda prisa.

—¡Tramposo! —exclamo. Me quito lo que me queda de vestido sobre el cuerpo y lo dejo caer al suelo mientras me acerco a la bañera.

—¡Eh, eh, eso no vale! —se queja. Parecemos unos críos, jugando a esta tontería—. Tú aún llevas las bragas puestas.

—¡Por poco tiempo! —le advierto antes de acercarme las manos a la prenda de encaje.

Él es quien, a todas luces, va a pagar nuestra próxima cena.

Despierto en una cama que no es la mía, con una camiseta de un equipo de natación de hace dos años que tampoco es la mía, con unos boxers que obviamente no son míos y con el rostro de una borracha feliz.

Me río al pasar delante de un espejo y, antes de que nadie me vea, levanto el cuello de la camiseta y me escondo hasta llegar al pasillo para ir al baño. Ya dentro, me aseguro de parecer un poco más... normal.

—Buenos días —dice Claudia llenando una jarra con zumo.

Me mira de arriba abajo y se pone roja. Creo que yo también.

—Buenos días, Claudia —contesto algo cortada.

—¿Has... Has dormido bien?

—Sí, muy bien.

Nos reímos de puros nervios. Afrontar la situación de que yo haya amanecido en su casa no es tan sencilla como parece.

—¿Dónde está...?

—Aquí, estoy aquí —dice Thaddeus entrando en la cocina y dando por hecho que yo preguntaba por él.

Le sonrío, pero miro sobre su hombro buscando a Thiago.

—Ella no preguntaba por ti, imbécil —interrumpe Thiago desde el otro lado.

No me había fijado en que la cocina tiene otra puerta, que al parecer da a un pequeño patio.

—He preparado el desayuno para todos. Espero que no te importen las calorías, Clara.

Todos me miran, sobre todo Thiago y Thaddeus, a la espera de que yo diga algo. Seis ojos mirando a un solo objetivo pelirrojo y desmarañado a la espera de una respuesta sobre calorías. Parece que el tema es importante en esta casa, porque siento la presión en el aire.

—No, qué va. Sinceramente, me da igual —digo al fin.

Thaddeus mira a Thiago y asiente, como si yo acabara de decir algo realmente bueno.

—Ahora puedes casarte con ella, te doy mi bendición.

Thiago levanta una ceja, incrédulo.

—¿Acaso necesito tu bendición? —salta.

—Obviamente, soy tu hermano mayor.

—Nací yo primero, Thaddeus.

—Claro, claro —responde su hermano, y me guiña un ojo antes de susurrarme—: Le llevamos siguiendo el rollo desde hace veintiocho años.

Sin querer evitarlo, me río. La complicidad que Claudia y Thaddeus tienen conmigo se agradece, porque me hacen sentir en aquella casa como en la mía propia.

—Ah, sí, a Clara le queda muy bien tu ropa, Thiago. —Claudia lo mira como si lo estuviera chinchando y yo aprieto los bordes de su camiseta—. A Thiago no le gusta prestar su ropa —explica Thaddeus, cogiendo una loncha de queso y comiéndosela.

—¿Ah... no? Pues...

Me pongo nerviosa.

—Tranquila, si él te la ha prestado, es porque quiere que la lleves. —me tranquiliza Claudia con una sonrisa de amiga y luego un guiño.

—En otras palabras: el pequeño Thiago se enamoró de Clara.

Thiago fulmina a su versión tatuada y yo me río.

—No creo que se haya enamorado —digo mirándolo—. Aunque mi pelirrojo salvaje sea irresistible, aún tenemos muchas citas pendientes, ¿verdad, Thiago? Estamos... en lo que se dice «conociéndonos».

Thaddeus y Claudia se miran cómplices antes de añadir «ajá» al unísono.

—Cerrad el pico —brama Thiago.

—Ven conmigo, Clara. Deja que el enano gruñón termine de ayudar a Claudia mientras nosotros vamos a poner la mesa —propone Thaddeus, y cuando ve que comienzo a seguirlo me mira sobre su hombro y añade—: Por cierto, Clara, ¿dónde está Yema?

Pongo los ojos en blanco de manera exagerada y resoplo.

Como si no hubiera escuchado billones de veces ya el mismo chiste malo.

—Debes reconocer que es bastante irónico que te llames Clara siendo pelirroja —sigue diciendo sin dejar de burlarse de mí.

Finalmente, termino por reírme con él de sus chistes malos mientras le ayudo a poner la mesa para el desayuno.

Epílogo

Claudia está rascándose la tripa cuando me asomo al jardín. Está tomando el sol, recostada en esa tumbona que le gustó tanto cuando fuimos a Ikea a mirar muebles para su nueva casa.

—No te rasques la tripa, mujer —le advierto. Llevo diciéndoselo desde que comenzó a crecerle—. Parece como si fueras primeriza en esto.

Se baja las gafas de sol un poco y me mira con desdén.

—Es que yo parezco primeriza, no tengo ni una sola marca de mi último embarazo —dice muy orgullosa, y vuelve a colocarse las gafas.

—Pues si quieres seguir así, deja de rascarte —sigo insistiendo. Me acerco a ella y le aparto la mano de su abultado vientre.

Claudia se inclina un poco hacia delante y atrapa mi muñeca antes de que yo aparte el brazo por completo.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—Ven, ven —dice cogiendo mi mano para llevarla a su vientre—. Se acaba de mover.

Doy un grito de admiración y me lanzo de rodillas al suelo para tocar el vientre de Claudia a la espera de que la niña lo repita. Estamos así un buen rato, hasta que por fin siento que se mueve.

—¡Oh, Dios mío! —Me emociono, como si no hubiera vivido esto ya cuando estaba embarazada de Thomas.

—Ha sido tu voz, ¿eh? —dice—. Llevaba rato sin sentirla.

Se me llenan los ojos de lágrimas y Claudia se echa a reír.

—Brr, brr, el tren Thomas entrando en el andén.

Me levanto del suelo y me seco las lagrimillas que se me han escapado en cuanto escucho que Thiago se acerca con Thomas montado en sus hombros. Thaddeus viene detrás de ellos, con varios globos flotando.

—¿Cómo ha ido el cumple? —pregunta Claudia mirando en dirección a su marido.

—Genial —dice Thaddeus.

—Claro, no hay nada más atractivo para un hombre de treinta años que estar encerrado en un chiquipark con niños corriendo arriba y abajo —añade Thiago.

Yo frunzo el ceño en su dirección y él me saca la lengua. Deja a Thomas en el suelo y este corretea hasta su madre y le acaricia la tripa.

—Mamá.

—Dime, cariño —responde ella besando la castaña cabellera del pequeño.

Thomas le explica algo con sus palabras mal dichas y se las arregla para hacerse entender. Thaddeus le echa una mano, explicándonos que en el cumpleaños una de las madres lo había llamado Tomás y que él, apenas con dos años, había sabido responder: no, Tomás no, es Thomas.

Todos nos reímos de la anécdota. Lleva tanto escuchando esa frase de nosotros cuando corregimos a la gente que pronuncia mal su nombre que ya la ha memorizado.

El niño se pone a jugar con los juguetes que tiene en el jardín y yo me siento a su lado a observarlo. Todavía recuerdo el día que vino al mundo, cuando terminé dentro de la habitación mientras Claudia daba a luz y Thaddeus lloraba de la felicidad. «Qué día más loco aquel», digo para mí misma.

—Eh, cielo —me llama Thiago desde la otra punta del jardín, revisando los bolsillos de su pantalón como si estuviera buscando algo—, ¿tú tienes las llaves del coche? Me he dejado algo en el maletero.

Rebusco en los bolsillos de mis vaqueros y niego con la cabeza.

—No, pero espera que lo compruebe bien. —Me pongo en pie y, al meter la mano en el bolsillo izquierdo, mi dedo roza con algo que no son unas llaves. Es algo mucho más pequeño.

Lo saco y al verlo me quedo anonadada. Es un anillo.

—¿Qué...?

—Ooooooh —exclama haciendo de coro Claudia, de pie a unos metros de mí.

Por su reacción, me fijo en la cara de todos. Todos están esperando a que yo caiga en algo. Tardo dos segundos en mirar fijamente a Thiago y decirle:

—Madre mía, ¿esto es tuyo?

El chico de pelo negro y ojos azules con el que llevo saliendo casi tres años se acerca a mí y asiente con una sonrisa muy tímida. Comienzo a temblar entera y a reírme muy fuerte.

—No significa lo que yo creo que significa, ¿no? —me cercioro.

Pero al parecer no estoy en lo correcto. Aquello sí va de lo que creo que va. Thiago me quita el anillo de las manos y se arrodilla frente a mí.

—¡Ay, Dios! —digo antes de taparme la boca y de que me comiencen a temblar las rodillas de manera incontrolable.

—Clara... —comienza a decir; de reojo veo que Claudia y Thaddeus se mueven a mi

lado. Cuando los miro, ambos sostienen sus móviles en la mano—, sé que eres la mujer más independiente que existe y no planeo cambiar nada de eso pidiéndote que aceptes llevar este anillo —dice mirándome a los ojos desde el suelo, donde mantiene una rodilla hincada—, pero me encantaría convertirme en tu marido y seguir compartiendo mi vida contigo. ¿Quieres casarte conmigo, pelirroja?

Llorando a mares por la emoción, con la cara empapada, me lanzo al suelo por segunda vez en lo que va de día y lo abrazo con todas mis fuerzas sin dejar de gritar:

—¡Sí, sí, claro que sí quiero!

Thiago me abraza también y nos mantenemos en nuestra pequeña burbuja de felicidad hasta que sentimos que dos bracitos nos están estrechando a ambos. Es Thomas.

Beso al niño, beso a mi novio —ahora prometido y en un futuro, esposo— y no paro de sonreír, llorar y reír de felicidad.

Cuando Thiago coloca el anillo en mi dedo, vuelvo a saltar sobre él, besándolo como si no hubiera un mañana.

—Me alegro de haberme resbalado en la ducha aquel día —susurro en su oído.

—Y yo de no haberme reído —contesta, provocando que yo suelte una carcajada en su oreja y él en la mía.

Agradecimientos

Debo confesar algo, no me creía que esto estaba pasando de verdad hasta ahora: el momento de escribir estos agradecimientos.

Recuerdo que fue en julio del 2015 cuando empecé a escribir esta novela. Nunca pensé que llegaría tan lejos, nunca imaginé que estaría en papel ahora. En aquel entonces era verano, lo que significa vacaciones en España, y por las tardes, después de volver de la playa o de la piscina, me ponía a escribir para subir un par de capítulos a Wattpad. Mi madre me preguntaba muchas veces qué era lo que tanto escribía en el portátil, pero no le decía más que «cosas mías». Ella es a la primera persona a la que quiero darle las gracias, a mi madre, Lilia, porque pese a que no sabía nada, siempre respetó este afán mío de estar escribiendo tanto en mi portátil y por el apoyo que me dio en cuanto le conté que iba a publicar un libro en papel.

Nadie de mi alrededor, familia o amigos, era plenamente consciente de que yo escribía. Siempre quise mantenerlo como un hobby secreto, y por eso no les contaba nada. Pero a todos ellos les debo parte de las anécdotas que he vivido, gracias a las cuales he escrito historias. Me encantaría darles las gracias a mis dos adorados hermanos pequeños, Samuel y Moisés, que son con los que más aventuras vivo en mi día a día; a mis hermanos mayores, Lis, Vero, Jimmy, por el apoyo que me dieron cuando se enteraron; a mis amigos y amigas. Todos estáis representados en las historias que escribo, porque sois la gente que me ha enseñado a vivir la vida y a escribirla. Gracias. Formaréis parte de mí siempre.

Está claro que esto no sería un agradecimiento si no mencionara a mis inigualables «Bambis», el grupo de WhatsApp donde cada integrante estamos en una punta diferente del mundo, con zonas horarias distintas, pero que aun así nos las arreglamos para hablar cada día desde hace un par de añitos ya. Gracias, chicas; gracias, Anith, Cinthy, Yahii, Leen, Tati, Mada, Mica, Cecy, Nat, Vivi y Diana. Me habéis ayudado mucho. Habéis celebrado conmigo cada noticia, cada paso que daba en esto. Sois únicas, sois importantes para mí. Os quiero.

Mis queridos lectores y mis queridas lectoras de Wattpad, cómo olvidarme. Gracias

a todos vosotros esta historia ha podido salir de una plataforma como Wattpad y llegar a estar en papel en una librería. Ha sido vuestro apoyo, vuestro cariño en cada comentario y en cada mensaje lo que me animaba a seguir escribiendo y a no dejar a medias mis historias. ¡Infinitas gracias, de verdad!

¡Belén! Estoy infinitamente agradecida contigo. No solo por ofrecerme la maravillosa oportunidad de publicar con Martínez Roca, que ya es suficiente para estar agradecida, sino también por ayudarme con cada duda, aclararme cada cosa y guiarme tan bien durante el proceso de la publicación. Eres un amor, ¡muchas gracias!

Y, por último, pero no menos importante, gracias a la persona que le dio un significado muy nuestro a las «T». Gracias por vivir cada día de esto conmigo, por aguantar mis chillidos de emoción, mis lágrimas de felicidad e incluso mis momentos de bajón. Gracias por hacerme reír, por reflexionar conmigo y por ponerte serio cuando tocaba. Gracias por apoyarme tanto como lo has hecho. Sé que te sientes orgulloso, y solo quería recordarte que tú también formas parte de esto. Hay un trocito de ti en esta historia, tal vez más evidente; espero que lo sepas encontrar.

Y para acabar, gracias a ti, por haber leído esta historia, seas quien seas. Espero que te haya hecho pasar un buen rato, como lo pasé yo escribiéndola.

El chico de la ventana del baño

Lady Reynolds

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2017

© de la ilustración de la portada, Daniel Jiménez

© Lady Reynolds (Milady Zambrano), 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017

ISBN: 978-84-270-4331-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

